

Hebraico
facina

P. MANUEL F. MIGUÉLEZ, O. S. A.



La Independencia

de México

MADRID

La Ciudad de Dios

Real Monasterio de

EL ESCORIAL

Perlado, Páez y C.^ª

Sucesores de Hernando.

CALLE DEL ARENAL, NUM. 11

JT
WH

LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO
EN SUS RELACIONES CON ESPAÑA

f. 1133124

Co

Biblioteca de «La Ciudad de Dios»

LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

EN SUS RELACIONES CON ESPAÑA

POR EL

Rdo. D. MANUEL F. MIGUÉLEZ

O. S. A.

CON APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

MADRID

La Ciudad de Dios

Real Monasterio de

EL ESCORIAL

Perlado, Páez y C.^ª

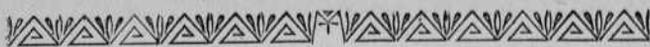
Sucesores de Hernando.

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

Al Excmo. Sr. Obispo de Ma-
drid-Alcalá, mi querido ami-
go

P. Miquelz

ES PROPIEDAD.
DERECHOS RESERVADOS



CAPÍTULO PRIMERO

PREMISAS NECESARIAS

No puede escribirse la historia de la independencia mexicana sin echar una rápida mirada retrospectiva á la historia española, para coger los hilos de sus últimos acontecimientos. Las colonias, lo mismo que las provincias de una nación, suelen ser como girasoles de las metrópolis. Es ley general en todos los pueblos de la tierra, y ninguno ha logrado sustraerse á tal influjo, cumpliéndose en ellos el dicho de Horacio: *Regis ad exemplum totus componitur Orbis*. Suben, se engrandecen, se agigantan, brillan y prosperan las hijas cuando las madres que les dieron ser y amamantaron con su leche, gozan de vida próspera y robusta. Decaen, se asoñolientan, languidecen y deprimen cuando, no pudiendo recibir la savia vital de la madre empobrecida, necesitan socorrerla para que no sucumba.

Es un hecho histórico. Si no puede negarse con justicia que América necesitó de España para los comienzos y desarrollos de su cultura, de su progreso, de su civilización moral y material, también es cierto que Es-

paña no hubiera podido sostener con tanto empeño, con tanto tesón y con tanta gloria las heroicas y costosas guerras que sostuvo con toda Europa, conjurada para abatirla, sin el oro y cuantiosos recursos que á manos llenas y generosamente le prodigaron sus colonias.

Así lo debieron de comprender naciones como Francia, Holanda, Inglaterra y Turquía, cuando invadían los mares para sorprender con sus corsarios á las naves españolas que salían de las costas americanas cargadas y abarrotadas con los preciosos metales de que España muchas veces necesitó y no disfrutó, siendo por otra parte causa y motivo de guerras más desoladoras, con las cuales se iba lentamente desangrando para mantener su hegemonía sobre el mundo.

Y en este sentido, sería curioso é interesante averiguar si España, prescindiendo de su gloria, ganó ó perdió con el descubrimiento, conquista y colonización de América. Es punto que dejamos á los historiadores y filósofos españoles. Lo indudable es que España dió á América lo que tuvo, y que América dió á España lo que pudo. Cuando España contaba en su seno con hombres verdaderamente grandes, no los escatimó á sus colonias que miraba y mimaba como hijas. Fruto espontáneo de ese amor maternal, fueron las cada vez más asombrosas *Leyes de Indias*, monumento imperecedero con que podía ufanarse el pueblo más grande de la tierra.

Pero esas leyes llegaron no pocas veces á convertirse en un monumento... de papel; porque los hombres

que en el transcurso de los tiempos estaban encargados de cumplirlas, ponían más empeño en olvidarlas, erigiendo en suprema ley su propia é intangible voluntad.

Y como era natural, las colonias se dieron pronto cuenta de esa anomalía entre las leyes escritas y los hombres que las representaban, cundiendo en la atmósfera el desencanto, la apatía y el menosprecio hacia las mismas leyes, que suelen ser los barruntos y primeros chispazos de todas las revoluciones. América ya casi nada podía esperar de la metrópoli conquistadora. Y en cambio, ligada por las leyes, estaba obligada á seguir enviando sus tesoros á la metrópoli, según las cada día más apremiantes necesidades de la misma, muchas veces con el color del más puro y acendrado patriotismo.

Perdido el equilibrio y aflojados los lazos del amor á impulsos del interés, forzosamente tenía que venir el rompimiento. No faltarian ocasiones.

Aunque remontándose á causas más altas, un ilustre pensador de los más grandes que España ha producido, anunciaba ya en el último tercio del siglo xvi y en plena Universidad de Salamanca, que España perdería el dominio y posesión de las colonias que á fuerza de tantos sudores había conquistado. La voz de aquel maestro incomparable se perdió entonces en el vacío. Sólo algunos de sus discípulos predilectos la recogieron en sus apuntes de cátedra, publicados con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Era la voz de un vidente que

clamaba en el desierto de los políticos españoles, los cuales durante dos siglos de continua decadencia parecían despreciar ó no querer ver el vuelo de las águilas, ocupados ellos solamente en la caza de los reptiles.

México, que no en vano había progresado más que otras colonias, y que por el carácter é ingenio despiertos de sus hijos, estaba en condiciones más ventajosas para apreciar los sucesos políticos de España, no podía ver con buenos ojos que se pospusiese á sus naturales en los más pingües empleos y puestos brillantes del país. Desde hacía tiempo venían observando que las sapientísimas Leyes de Indias se hallaban en completo desuso; que, con raras excepciones, sólo llegaban de España políticos aventureros, desarrapados comerciantes llenos de la más sórdida avaricia, y gentes famélicas y de poco pelo, ganosas de enriquecerse pronto y á cualquier costa, para disfrutar en sus respectivos países de todas las comodidades. ¿Podían los mexicanos pasar en silencio y sin protesta tales cosas?

En confirmación de esto, hay dos hechos que vamos á citar, por lo mismo que no los hemos visto consignados en ninguna historia. El año 1765 se descubrió el primer plan para la independencia de México. Una junta de mexicanos, presididos por un religioso, fué á Madrid para recabar de los ministros regalistas algunas concesiones favorables á estos países, ó en caso contrario, amenazar con la independencia. Recibidos y despachados de mala manera, dieron cuenta á

Inglaterra de lo sucedido, indicándole les ayudase en sus proyectos; pero aquella nación puso por base del trato que había de hacerse, la concesión de los puertos de Veracruz y San Juan de Ulúa, á cambio de los hombres y armas que les enviaría para lograr la independencia (1). No cuajó el proyecto: y en 1771 volvieron los mexicanos á la carga, dirigiéndose directamente al Rey Carlos III con un documento gravísimo, que bien merece la pena de extractarse.

Algún ministro ó prelado había dicho al Rey: «Que el espíritu de los americanos es sumiso y rendido, porque se hermana bien con el abatimiento, pero que si se eleva con facultades ó empleos, están muy expuestos á mayores yerros. Por eso convenía mucho el tenerlos sujetos, aunque con empleos medianos..., teniendo siempre por delante á los europeos, que con espíritu muy noble deseaban el bien de la patria y el sosiego del monarca.»

Con tal motivo reunióse el Ayuntamiento de México, y en nombre de toda la ciudad dirigió al Rey el siguiente documento:

«Señor: Dias há que reflejábamos, no sin el mayor desconsuelo, que se habían hecho más raras que nunca las gracias y provisiones de vuestra MAJESTAD á favor de los españoles americanos, no sólo en la línea secular sino aun en la eclesiástica, en que hasta aquí habíamos logrado atención. Observábamos esto; pero

(1) Colección de *Documentos para la historia de la independencia*. Tomo I, pág. 427.

conteníamos nuestro dolor dentro del más respetuoso silencio. No es la primera vez que la malevolencia ha atacado al crédito de los americanos, queriendo que pasen por ineptos para toda clase de honores. Guerra es esta que se nos hace desde el descubrimiento de América. En los indios ó naturales, que son nacidos ó traen su origen de ella, á pesar de las evidencias, se puso en cuestión aun la racionalidad. Con no menos injusticia se finge de los que de padres europeos hemos nacido en este suelo, que apenas tenemos de razón lo bastante para ser hombres... Y á tamaña injuria, se ha manifestado, al parecer, insensible México; cierto de que la pluma particular de cualquiera de sus hijos bastaría, como lo ha acreditado bastante la experiencia, á rebatir la calumnia. La que hoy se nos hace es de tal naturaleza, que debe excitar todos los sentimientos de este Ayuntamiento... Es el asunto, que se propuso el que extendió el Informe, alcanzar de Vuestra Majestad que los españoles americanos no sean atendidos, sino, cuando más, en las provisiones de empleos medianos; teniendo siempre por delante en más alto grado de honor colocados á los europeos. Es decir, que se nos excluya en la línea eclesiástica de las mitras y primeras dignidades de la Iglesia; y en la seglar, de los empleos militares, gobiernos y plazas togadas de primer orden. Es querer trastornar el derecho de las gentes. Es caminar, no sólo á la pérdida de esta América, sino á la ruina del Estado. Es, en una palabra, la mayor y más enorme injusticia, que no se alcanza cómo hubo animosidad bastante para proponerla á Vuestra Majestad...

»No deberemos cansar demasiado la atención de Vuestra Majestad en hacerla presente los derechos que claman por la colocación de los naturales en toda suerte de empleos honoríficos de su país, no sólo como preferencia, sino con exclusión de los extraños... ¿Qué importa que las leyes de V. M. sean santísimas y utilísimas para estas regiones y sus naturales, si el Gobernador ó Prelado que ha de cuidar de su observancia no está instruído de ellas ó del modo de practicarlas?

»Este es, Señor, el verdadero principio del atraso de las Indias y del increíble número de vasallos que faltan á V. M. en estas partes. No hay que cansarse en otros racionios; que mientras que para los empleos de estas provincias se excluyan los nacidos y criados en ellas, amantes de esta región, y no ocupados de la idea de separarse de ellas cargados de oro, han de continuar los males que se experimentan, y no hay que prometernos los ventajosos adelantamientos á que se debiera aspirar por la proporción que para ello tienen estos dominios...

»Esto no es más que una viva representación de lo que será dentro de breve la Nueva España, si á sus patricios no se les franquea la puerta de la gracia de V. M. para entrar al goce de las primeras dignidades. Capaces de ellas son los españoles americanos. No ceden en ingenios, en aplicación, en conducta, ni honor á otra alguna de las naciones del mundo.»

Hasta aquí los párrafos más substanciales del documento. No continuamos copiando, porque creemos es bastante con lo dicho.

Sin disputa alguna fué aquello el vaticinio más explícito para España de la pérdida de sus hermosas y ricas colonias. Fué el establecimiento, tan elocuente como anticipado, de la cacareada doctrina de Jacobo Monroe, antes de que Monroe pensase en su famosa teoría de: *América para los americanos*. Fué el gran toque de atención que México dió á España para hacerle ver el rumbo que irremisiblemente llevarían sus colonias. Y hay que convenir en que los que así pensaban y de ese modo se expresaron, bien merecían y estaban en condiciones de gobernarse por sí mismos, sin extrañas tutelas é ingerencias.

Con razón dice Alaman (1) «Que el mismo Gobierno español fué el que estableció el principio y origen de donde había de dimanar la pérdida de sus posesiones en el continente americano.»

El desastroso pacto de familia de Carlos III fué causa de que España se enredase en las guerras entre Inglaterra y Francia, favoreciendo indirectamente la revolución de las colonias inglesas en los Estados Unidos, dando por resultado inmediato su independencia, que empezó á despertar la emulación de México, según anunció el Conde de Aranda en la *Memoria* que con tal motivo dirigió al Rey (2) proponiendo que, para

(1) *Historia de México*.—Tomo I, pág. 126.

(2) *Historia de España bajo la Casa de Borbón*.—William Coxe.—Tomo VI.

evitar el mal ejemplo, tres Infantes estableciesen sus tronos en México, Perú y Nueva Granada, bajo el amparo y tutela de España.

Mientras tanto, el descontento cundía sordamente en todo México, aumentado en gran parte por las medidas de los últimos Virreyes, ansiosos de enviar á España todas las cantidades posibles para subvenir á las crecientes cargas del Estado.

¡Cuántos ríos de sangre se hubieran evitado, no con nuevas leyes, sino con verdaderos actos de generosidad y desprendimiento que condujesen á una bien entendida autonomía! Pero no hay que pedir á los hombres que sean profetas. Lo que sí debe pedirseles, es que estudien lo pasado para no tropezar en lo presente, ni caer en los males de lo porvenir.

Los acontecimientos desgraciados corrían para España con velocidad pasmosa, pendiendo también de ellos la suerte de México como ligada á la metrópoli. Napoleón, el gran coloso de su época, con la política taimada que siempre le distinguió, para el logro de sus ambiciosos planes, se había apoderado alevosamente del Rey Carlos IV y de su hijo Fernando VII, obligándoles á abdicar en él la corona de ambos mundos, en la célebre junta de Bayona, á que asistieron varios representantes de las Américas.

Además, las exageradas afirmaciones del infaustamente célebre Padre Las Casas, sobre las supuestas tiranías de los españoles contra los indios, muy propaladas entonces por Rainal, por los enciclopedistas, y puestas más de relieve por M. William Guthrie en

su *Geografía Universal* (París, 1802), se iban extendiendo demasiado entre los intelectuales mexicanos menos adictos á España, sin que pudieran impedirlo los Decretos de la Inquisición, á la cual apenas se la tenía ya respeto alguno; porque, en realidad, sólo era una sombra de lo que había sido, tanto en México como en España.

Las *Cartas Mexicanas* de D. Benito María de Moxó, publicadas á principios del siglo xix (Génova, 1805), dan también alguna idea del estado de México en ese tiempo. Con razón se lamentaba el autor de que en Europa se supiese tan poco de los mexicanos, causando naturalmente la indignación de éstos. «Los europeos—dice—se desdeñan generalmente de aplicarse á unos trabajos que ellos miran como demasiado serviles. Son comerciantes, factores, mayordomos, escribientes ó mineros; pero apenas se hallará uno que quiera manejar el arado ó la hoz.»

¿No había también de despertar esto el encono secreto de los naturales, disponiéndolos para cualquier levantamiento con la creencia de mejorar de fortuna?

Parecía que todo se iba preparando para un cambio radical en la política. Si á México había halagado la noticia de que parte de la familia real de España se preparaba á embarcarse para venir á regir los destinos de este país, no pudo menos de indignarse y sublevarse al saber la abdicación vergonzosa, aunque obligada, de toda la familia real española en Napoleón. Y reunido el Ayuntamiento, en nombre de toda la ciudad de México, se levantó un acta mandando se des-

conociese á todo funcionario público que llegase nombrado entonces de España (1).

Decía el Síndico, Licenciado Francisco Primo Verdad y Ramos, á nombre de toda la ciudad: «Que convenía tomar todas las precauciones para la seguridad del reino, y evitar que se apoderen de él los franceses y su Emperador, como renunciatorio de la corona de España y de las Indias, por sí, ó auxiliado de otra nación, y para salvarlo también de las miras de otra potencia, y aun de la misma España, gobernada por otro Rey que no sea el señor Carlos IV ó su legitimo sucesor el real Príncipe de Asturias. Y que para conseguirlo, esta nobilísima ciudad promueva, del modo que le es propio y característico, todo cuanto considere conveniente...; en lo cual estuvieron conformes todos los señores sin discrepar en lo más mínimo.»

Es indudable que la ciudad de México, llena siempre de amor desinteresado á la monarquía española, estaba muy lejos de pensar en aquellos momentos en la independencia. Pero también se ve que, por distintos caminos, se iban preparando los sucesos para acariciarla y conseguirla.

Y no es de extrañar que, de veras ó irónicamente, el historiador mexicano Sr. Bustamante, con estilo algo hueco, entonase este himno sangriento á Napoleón, como causa ocasional de la independencia mexicana:

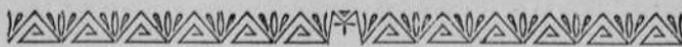
«¡A ti, genio inmortal, á ti debe la América la liber-

(1) *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de la Independencia de México.*—Tomo I, pág. 475.

tad é independencia que hoy disfruta! Tu espada dió el primer golpe á la cadena que ligaba á los dos mundos. Quéjense otros de su tiranía y despotismo; maldiganlo y exécrenlo. La América se confiesa deudora á él de la dicha que ahora posee, y exclama como los romanos del siglo de Octavio: "¡Júpiter, si el mundo se ha de regir por un tirano, haz que lo sea por hombres como Augusto ó como Darío!" (1)

(1) *Campañas del General D. Félix María Callejas.*—Su autor, Carlos María Bustamante.—México, 1828.—Un tomo en 8.º, pág. 5.





CAPÍTULO II

AIRES DE TEMPESTAD

LAS revoluciones nunca se forman ni estallan de repente. Van con más ó menos lentitud apoderándose de los ánimos, á impulsos de las ideas, que tienen más fuerza que la dinamita. El grito de independencia había resonado en muchos corazones mexicanos, antes de salir por las gargantas hiriendo los aires. Todo sería cuestión de oportunidad.

Si para México esta oportunidad se iba aproximando, hay que reconocer que los acontecimientos no podían ser más inoportunos y desagradables para el bienestar de España.

Secuestrados villanamente sus Reyes por Napoleón; suplantadas sus tropas por las de éste, que iban extendiéndose como reguero de pólvora por las provincias, con el pretexto de pasar á Portugal; desmoralizada la Corte por las intrigas de Godoy y María Luisa en contra del Príncipe heredero; ocupado Madrid por los batallones sanguinarios de Murat..., brilló el 2 de Mayo de 1808, día de luto y de gloria al mismo tiempo para la indomable nación ibera.

Al saberse que los Infantes de España se disponían á salir del Palacio Real conducidos á Francia por orden de Napoleón para seguir la misma suerte que los Reyes, bastó que una pobre mujer gritase condolida: «¡Que nos los llevan!...», para que una corriente de indignación hiciese estallar las energías de todo el pueblo madrileño, lanzándose mal armado contra las tropas napoleónicas, trabándose en calles y plazas una lucha tan sangrienta como desigual, que si por el momento sólo dió por resultado el acuchillamiento del casi indefenso pueblo, fué también el grito unánime que repercutió en todos los ámbitos de España, preparándose á la lucha contra el déspota Bonaparte.

El famoso Alcalde del pueblecillo de Móstoles, al declarar públicamente con épica aptitud la guerra al Emperador de los franceses, fué como el eco de un clarín guerrero y la encarnación de todos los Ayuntamientos de España. De la aguerrida é invencible Asturias salieron los primeros emisarios para Inglaterra, en busca de dinero y protección para fomentar y proseguir aquel levantamiento glorioso de Independencia, con que España había de humillar al gran coloso de su siglo.

Natural era que España volviese sus ojos angustiados á las colonias, ya que no en busca de hombres, en demanda de recursos para el sostenimiento del ejército. Pero como las comunicaciones se hacían entonces más difíciles por el estado de guerra en que se hallaba España, sólo se tenía en México una noticia confusa de los acontecimientos de allende el Atlántico, admi-

tiéndose las fábulas más absurdas acerca del estado de la nación, como si fuese ya totalmente presa de la avaricia napoleónica. Lo único que con certeza se sabía, era la petición de empréstitos por parte de las Juntas, más ó menos supremas, que en varias provincias se improvisaban, dando con ello á entender que allí reinaba el más completo desorden.

«Por la barca *Corza*, dice Alaman (1), salida de Cádiz el 14 de Mayo, se tuvieron las noticias de la partida de la familia real para Bayona, y de la sublevación de Madrid el 2 de aquel mes. El Virrey de México las recibió por extraordinario en la madrugada del 23 de Junio, día en que habiendo concurrido al palacio todas las autoridades por ser la Octava del Corpus, les dió conocimiento de ellas leyendo las *Gacetas*. Y estando los ánimos mal prevenidos, algunos de los concurrentes creyeron que lo hacía de una manera placentera, y que no le era desagradable la idea de continuar en el virreinato, merced á la confusión en que se iba envolviendo España.»

El 14 de Julio se supo también en México, por las *Gacetas* de Madrid, la renuncia de la familia real en manos de Bonaparte.

«Difícil es pintar—continúa Alaman—la profunda sensación que tales acontecimientos causaron, y los diversos intereses que estas noticias pusieron en acción. Este fué el momento crítico en que se comenzaron á desarrollar las semillas de las turbulencias que después tuvieron tan funesto crecimiento.»

(1) Tomo I, pág. 164.

En vano el Ayuntamiento de México protestó de la invasión napoleónica en España, prometiendo no reconocer más autoridad que la emanada de Fernando VII. De ese acto deducían algunos españoles conatos ocultos de independencia por parte del Virrey, mientras los descontentos mexicanos creían ver en ello empeño decidido de mantener unida toda la América á España; y que siendo vencida ésta por Napoleón, le serían incorporadas igualmente las colonias españolas.

No entendiéndose unos y otros, y desconfiando mutuamente de sí, se pensó adoptar la idea del alcalde Villa Urrutia, de convocar una Junta, ó Congreso, de todo el reino, compuesta de Comisiones de todos los Ayuntamientos y personas influyentes en Nueva España. Lo cual vino á aumentar la confusión, los celos y las desconfianzas; pues ya en las mismas contestaciones de varios Ayuntamientos se notaba falta completa de unidad de miras en tan azarosas circunstancias.

A todo esto el Virrey recibía de España nuevos requerimientos para que enviase nueve millones de pesos con el fin de sostener allá la guerra, pues el Erario estaba exhausto, y Napoleón les había puesto el puñal á la garganta. Una noticia sensacional vino, por el momento, á calmar los ánimos en México. El 29 de Julio, un repique general de campanas y las salvas de la artillería anunciaban á los mexicanos que España entera, sin distinción de clases, se había alzado como un solo hombre, desafiando á los ejércitos de Napoleón, proclamándose en todas partes á Fernando VII como único legítimo Rey de España y sus colonias.

El delirante entusiasmo que tal noticia causó en México repercutió por todos los demás estados con públicas aclamaciones y populares regocijos, en que fraternizaban el mexicano con el europeo, el comerciante con el artesano, el rico con el pobre, el labriego con el menestral. Lo mismo que en España, aquí no se oyó más que un grito: «Guerra á muerte al invasor». El clero casi en masa ofreció desprenderse de los bienes de las iglesias. Las personas acaudaladas no se mostraron menos munificentes. Todo parecía haber cambiado de repente. Las noticias pesimistas de antes, se trocaron en demasiado optimistas; y ya casi se daba por seguro la destrucción total de Napoleón, y la victoria absoluta de España.

¡Fogatas de virutas que no tardaron en desaparecer!

La semilla de la independencia mexicana hacía tiempo que estaba oculta en las almas, y pronto germinaría pujante.

El Ayuntamiento de México fué en aquella ocasión más hábil y diplomático que el Virrey Yturriagaray, hombre inepto, que sólo sabía nadar entre dos aguas, estarse al sol que más podía calentarle, y abrigar secretos pensamientos de una supremacía, para la cual no había nacido.

A semejanza de lo que habían hecho varias provincias en España, propuso aquél á éste, nuevamente, la formación de la Junta que en México habría de reforzar las guarniciones y oponerse á cualquier orden del intruso Napoleón, halagando de paso y secretamente la vanidad del Virrey, con la insinuación de que, dado

el rumbo que los sucesos iban tomando, pudiera él ser nombrado aquí nada menos que *rey*, si los franceses lograban apoderarse de toda España. Hiciéronle creer que esto, lejos de disminuir su autoridad, la aumentaba y fortificaba con el apoyo de la Junta de autoridades; y así podría ser «el primer rey de la Nueva España hecha independiente», según consta del papel que le dirigió el inquieto y revoltoso mercedario P. Talamantes.

Si el fatuo Virrey Yturrigaray llegó á acariciar en su mente este reinado ilusorio, no es fácil averiguarlo; aunque pudiera desprenderse la afirmativa del hecho de no haber castigado á cuantos se lo insinuaban. Y eso quizá dió motivo para que más tarde el partido europeo, de que eran alma los Oidores Aguirre y Battaller, dijese de Yturrigaray que tanto él como la vi-reina se dejaban dar el tratamiento de *majestades*, como si ya tuviesen sobre sus sienes la corona de la Nueva España.

Y como estos rumores corrieron tanto entre el vulgo y las personas ilustradas hijas del país, no es de extrañar que la idea de independencia retoñase de nuevo y se espiara el instante de ponerla en práctica.

A decir verdad, entre independizarse México de España con un hombre como Yturrigaray, ó hacerlo prescindiendo en absoluto de su tutela, nadie vacilaría en su elección. No era el Virrey el hombre que en aquellas circunstancias hacía falta para manejar con firmeza y pulso la nave bamboleante del Estado en México, y lógico era pensar en sustituirle de algún modo:

los españoles, deponiéndolo; los mexicanos, tratando de aprovecharse de aquellas circunstancias para fines ulteriores.

Estos fines asoman bien patentes en los papeles cogidos al P. Talamantes, y que son como *specimen* ó idea matriz de la independencia, con ó sin la Junta de autoridades que luego se formó el 9 de Agosto para tratar puntos tan importantes, como eran el Gobierno provisional y la autoridad del Virrey; todo ello con manifiesta repugnancia de la Audiencia, la cual entonces vió claramente adónde se caminaba. El Licenciado Verdad, Síndico del Ayuntamiento, desarrolló en aquella Junta la teoría democrática de que faltando el monarca, la soberanía venía al pueblo del cual emanaba. Lo difícil era saber qué se entendía entonces por *pueblo*, y cómo manifestaría éste su voluntad en recobrar la soberanía, si con un plebiscito ó con las armas en la mano. Cuestión bizantina y nudo gordiano que no tardaría en resolverse y desatarse prácticamente en los campos de batalla.

A todo esto, el plan de independencia redactado por Talamantes circulaba con profusión. Véanse sus principales cláusulas, pues bien merecen ser consignadas en esta historia:

«El Congreso nacional americano debe ejercer todos los derechos de la soberanía, reduciendo sus operaciones á los puntos siguientes:

1.º Nombrar al Virrey Capitán general del reino, y confirmar en sus empleos á todos los demás.

2.º y 4.º Proveer todas las vacantes civiles y ecle-

siásticas..., convocando un Concilio provincial para acordar los medios de suplir aquí lo que está reservado á Su Santidad.»

«7.º y 8.º Conocer y determinar los recursos que las leyes reservan á Su Majestad. Extinguir todos los Mayorazgos, vínculos, capellanías y cualesquiera otras pensiones pertenecientes á individuos existentes en Europa, incluso el estado y marquesado del Valle.»

«9.º y 13.º Declarar terminados todos los créditos activos y pasivos de la metrópoli con esta parte de las Américas. Y nombrar embajador que pasase á los Estados Unidos á tratar de alianza y pedir auxilios. Hecho todo esto, debe reservarse para la última sesión del Congreso americano el tratar de la Corona de España y de las Indias, etc.» (1)

*
**

Según se ve, Talamantes no se contentaba con la independencia civil y militar, sino que aspiraba también á la independencia eclesiástica: á formar en México una especie de Iglesia nacional separada de Roma, supremo ideal acariciado en Europa, entonces y después, por varios descontentos cismáticos. Y eso que Talamantes no era mexicano sino natural del Perú, de donde había venido casi expulsado de su Orden.

No contento con haber publicado tal plan de independencia, puso algunas notas chispeantes y contundentes á la proclama con que el Virrey anunció al

(1) *Colección de Documentos*, etc.—Tomo I, pág. 494.

pueblo los acuerdos de la Junta del 9 de Agosto ya mencionada.

Decía Yturrigaray en su hinchada y retórica proclama: «Concentrados en nosotros mismos, nada tenemos que esperar de otra Potestad que no sea la legítima de Fernando VII; y cualesquiera Juntas que en clase de supremas se establezcan para aquellos y estos Reinos, no serán obedecidas si no fuesen formadas por Su Majestad.»

A lo cual añadía con lógica el P. Talamantes: «El rey no existe para nosotros. El mismo Virrey ha publicado su prisión y la dificultad que salga de ella. Lo mismo debe creerse de los demás individuos de la real familia que pasaron á Francia. Luego, jamás llegará el caso de que el Virrey obedezca las órdenes del Monarca. ¿Y qué deberemos prometernos, estando él en esa independencia, y sujetos nosotros á sus caprichos?...»

Poco importaba, pues, que Yturrigaray desplegara todo el fausto posible para la proclamación de Fernando VII, el día 13 de Agosto, como Rey legítimo de España y de las Indias; ni que el Ayuntamiento de Querétaro, con espontaneidad admirable, se comprometiera á poner sobre las armas, y á disposición del Virrey, «diez mil indios armados de honda y piedra» para el caso que los necesitase, aunque suponemos que no serian para combatir con tales armas á Napoleón. Poco importaba también que otras ciudades se desataran en fiestas y regocijos, y que se acuñasen monedas en honor del Rey de España, etc. La caída de

Yturrigaray era inminente, y deseábanla por distintos motivos mexicanos y españoles, cansados de tanta fatuidad, de tan poco tino, y de miras tan rastreras. Cuando la autoridad viene á depositarse en individuos como Yturrigaray, se desprestigia y corre peligro de sucumbir.

En vano daba la Inquisición decretos sobre los folletos y papeles públicos que, en su concepto, perjudicaban el honor de España y de la religión; en vano los Cónsules reunidos elevaban á Yturrigaray una mesurada exposición de los males de que temían ante «los insultos de una rebelión popular contra los miembros de su cuerpo y de todas las personas pudientes». El Virrey á nada proveía. Y cayó y fué encarcelado por un movimiento popular que dirigió el célebre D. Gabriel Yermo, el 15 de Septiembre de 1808, hallándose en el registro hasta «las perlas que se habían comprado para la Reina de España, cuyo valor ascendía á sesenta mil pesos de oro, las cuales estaban en las cajas reales, de donde las hizo sacar el Virrey luego que supo los sucesos de Bayona, teniéndolas en su poder» (1).

El pueblo irritado se satisfizo por el momento con aquella prisión; y al día siguiente se le anunció que había sido nombrado interinamente por la Junta de autoridades, el Mariscal de Campo don Pedro Garibay, como Virrey. El pueblo empezaba á deponer au-

(1) *Colección de Documentos*, etc.—Tomo I, pág. 590.—«Inventario de las alhajas encontradas.»—Este Inventario es curiosísimo para la Historia.

toridades y á instituir otras que fuesen de su gusto, como se vió en esta ocasión entrando en la sala de la Audiencia para intervenir en sus deliberaciones (1).

Aceptado Garibay por casi todos los Ayuntamientos, que vieron con aplauso la caída de su antecesor, dirigió el 4 de Octubre una proclama exhortando á todos para que le facilitasen recursos, con el fin de que España sostuviese la guerra contra los franceses. Después de relatar los heroicos sacrificios que el pueblo español hacía defendiendo su honra y su territorio, decía á los mexicanos: «Igualaos en lo posible con vuestros hermanos de España. Allí dan su sangre, y aquí podéis dar vuestras riquezas; allí combaten por nuestra felicidad y nuestra ley; y ¿podremos aquí ser indiferentes? Los mares nos dividen, y no podemos combatir contra el usurpador; pero si queréis tener alguna parte en tan heroica empresa, desplegad vuestra generosidad, socorred á la península, abrid vuestros tesoros y remitidlos sin pérdida de tiempo.»

Esta proclama no dejó de dar sus resultados. El Arzobispo publicó una pastoral abriendo una subscripción entre el clero, que se mostró espléndido y generoso. Y al poco tiempo, el Marqués del Real Tesoro, que había venido en nombre de la Junta de Cádiz á recaudar caudales para atender á las contingencias de la guerra, pudo lograr que se remitiesen á España nueve millones de pesos, de catorce y medio que había depositados en la Tesorería.

(1) *Documentos.....*—Tomo I, núm. 203.

Menudearon nuevamente los pasquines en calles y plazas, y hasta durante la Semana Santa del año 1809 se repartieron en las iglesias papeles impresos invitando al pueblo á sublevarse. Ya no se tenía respeto á la autoridad de la Metrópoli; y aun en algunas de las monedas que circulaban con el busto de Fernando VII, aparecía éste como degollado.

Si los amantes de la independencia iban tomando vuelo con aquellas circunstancias, hay que decir también que no todos los españoles se mostraron entonces lo prudentes que debían, irritando con sus discusiones estériles, en los cafés y paseos públicos, las iras del partido contrario, compuesto en su mayoría de criollos, dando origen á motines como el verificado en el santuario de Guadalupe.

Los ánimos se iban poniendo cada día más tirantes y en disposición de algún levantamiento. «La independencia—dice Alaman—, se presentaba á la imaginación de los mexicanos como un campo de flores, sin riesgo de encontrar ninguna espina.» (tomo II, página 293.) Las victorias de las armas españolas contra los ejércitos de Napoleón se recibían con recelo y desconfianza, dándose demasiado crédito é importancia á los desastres sufridos, que el Virrey Garibay no ocultaba. Hasta llegó á temerse una invasión francesa en México, tanto más desastrosa cuanto no existían aquí medios de defensa, según de ello se lamentaba en una pastoral Abad y Queypo, Obispo electo de Michoacán. Y esta creencia fué aumentando al saberse la prisión del general francés Dalvimar, emisario de Bona-

parte en estas regiones, á quien más tarde supusieron injustamente en connivencia con el cura Hidalgo. El mismo fundamento tenían los rumores de que Napoleón enviase á México al desastroso Carlos IV para fomentar la división de la Monarquía, como había hecho en España. Pero como las distancias entre España y México eran grandes, y las noticias siempre escasas y confusas, todo llegó á temerse; no habiendo suceso disparatado que no se admitiera y adornara con los más vivos y espeluznantes colores. Téngase en cuenta esta observación, para luego juzgar de otros sucesos con el debido acierto. En lo que realmente se pensó y llegó á tratarse, fué en admitir ó desechar las pretensiones ridículas de la Infanta Carlota, para que se nombrase á su hijo el Infante D. Pedro, como regente del reino mexicano, á lo cual contestó la Junta con prudentes evasivas. No estaban los tiempos para medias tintas.

Poco duró Garibay en su improvisado virreinato, del cual descendió, justo es decirlo, tan pobre como había subido, por los secretos manejos del partido mexicano, para colocar en su puesto al no menos débil é irresoluto Arzobispo de México D. Francisco Xavier de Lizana. Cayó Garibay del poder el 19 de Julio de 1809, sin haber contentado á ninguno de los dos bandos que por distintos motivos le acusaban. En aquel mare mágnum de opiniones era difícil mantener en equilibrio el principio y prestigio de la autoridad; porque, á la vista de muchos, faltaba el fundamento de ella, que era el Rey.

El nuevo Virrey Arzobispo se echó en brazos del partido separatista, con el mismo entusiasmo que antes había apoyado al bando opuesto. «Este cambio de principios del Arzobispo Virrey en tan delicadas circunstancias dió el mayor impulso á la revolución; pues de él se aprovecharon diestramente los que la promovían para hacerle desconocer el peligro, y le indujeron á dictar las providencias que más directamente conducían á sus fines.» (1)

Lo primero en que pensó el Arzobispo fué en allegar nuevos caudales para calmar los continuos apremios de España, logrando reunir más de tres millones de pesos, los cuales se apresuró á llevar el comisionado inglés Cockrane. Y esas cantidades eran reunidas en su mayor parte por los españoles, y algunos pocos mexicanos, aumentadas con el secuestro injusto de los bienes del Duque de Terranova, descendiente de Hernán Cortés. Pero á nuevas remesas de dinero, nuevo descontento en el partido disidente; quedando frustrado por eso mismo el empréstito de veinte millones, que luego se hizo á instancias de la Junta de Cádiz.

Las medidas tomadas por el Arzobispo contra algunos españoles de quienes llegó á temer que le depusiesen como á Yturrigaray, alentó al partido mexicano. Comenzaron á formarse en la capital y en otras partes, como Valladolid y Querétaro, Juntas secretas conspiradoras, sin más idea por entonces, en la apa-

(1) Alaman: Tomo I, pág. 304.

riencia, que defender la causa de Fernando VII contra Napoleón, en la seguridad de que éste llegaría á apoderarse de toda España. Estas juntas secretas no tenían conexión unas con otras; cada cual obraba independientemente, flotando en todas la idea única de un levantamiento, sin prever los resultados.

Alma y nervio de la Junta de Valladolid fueron don José María Obeso, D. José Mariano de Michelena, militares, y el franciscano Fray Vicente de Santa María, á los cuales luego se agregaron el cura de Huanggo D. Manuel Ruiz de Chaves, D. José Nicolás de Michelena, Soto Saldaña, D. Mariano Quevedo, y otras muchas personas conspicuas y de carrera en su mayoría.

No deja de llamar la atención del historiador imparcial el ver que en todas estas Juntas y las que después se formaron, abundase el elemento eclesiástico, secular y regular; como si la causa que defendían con calor fuese la cosa más justa y natural del mundo. Pero no todos estaban enterados del verdadero plan, según más tarde confesaron algunos ingenuamente en las prisiones.

Contando con dos regimientos bien armados, y con unos supuestos veinte mil indios fáciles de arrastrar á la lucha si se les abolía del pago del tributo, se pensó en hacer estallar la revolución el día 8 de Diciembre del año 1809.

Descubierta la conjuración, como siempre suele suceder, por uno de los complicados en ella, el Asesor Intendente D. José Alonso Terán aprisionó el mismo

día á los principales caudillos de la intentona, los cuales declararon espontáneamente que su objeto «era defender los derechos de Fernando VII, y evitar que el reino fuese entregado á los franceses por los españoles residentes en él» (1).

Es decir, que los insurgentes se consideraban más patriotas y amantes de España que los mismos españoles, aparentando olvidar los inmensos sacrificios que estos últimos habían hecho al remitir con generosidad sus caudales á la Península, para que no desmayase en la lucha contra Napoleón. Tan tremenda acusación no tenía fundamento alguno, y la historia debe reprobársela, lamentando que la causa de la independencia se manchase desde sus comienzos con tales calumnias, con tales artes, indignas de personas serias amantes de su patria. Hubiera sido más noble declarar con ingenuidad que, cansados del dominio español, se alzaban con valentía para sacudir su yugo, según más tarde declararon otros.

Conocedor el Arzobispo-*virrey* de todo lo ocurrido obró con suma lenidad contra los presos, interrumpiendo la sumaria, y publicando el 23 de Enero de 1810 una especie de proclama entre guerrera y pastoral, disculpando lo sucedido, y dando la bendición á todos como si nada hubiera pasado. Con tales gobernantes, todas las causas se hacen justas, y de seguir Lizana en el *virreinato* se habría logrado más pronto la independencia.

(1) Alaman: Tomo I, pág. 316.

Las noticias que llegaron de España, el 25 de Abril de 1810, no podían ser más desastrosas: los franceses habían invadido las provincias andaluzas, y en México hasta los más optimistas daban por perdida la causa de aquella nación que ha sabido siempre sacar sublimes energías y heroísmos de sus propios desastres. Mientras el pueblo español gritaba enardecido ante cualquier derrota: «¡No importa! ¡Adelante!»..., aquí cundían el desaliento, el marasmo y la confusión, olvidando las grandezas inenarrables de sus progenitores, y de lo que era capaz aquella raza que no ha tenido semejantes en la historia de los pueblos. Ella, sin reyes, sin recursos, sin armas, sin soldados, se levantó airada como un solo hombre á desafiar las ambiciones del coloso del siglo, gritando con el poeta Arriaza: «Muertos, sí; pero vencidos, no», y con el poeta López García:

"Que no puede esclavo ser,
Pueblo que sabe morir."

Tan asustados quedaron el Virrey-Arzobispo y los Oidores de la Audiencia de México con las noticias de España, que decidieron invitar con la Regencia de este reino á la infanta Carlota que lo había solicitado para su hijo, si no hubiera sido porque luego se supo la instalación de la otra Regencia que se formó en España, presidida por el incorruptible Obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano, Regencia que se reconoció públicamente en México el día 7 de Mayo, y cuyas primeras determinaciones fueron des-

tituir del virreinato al Arzobispo Lizana, dorándole la píldora con la gran Cruz de Carlos III, y pasando la autoridad á la Audiencia, la cual, como gobierno de muchos con idéntico mando, no era fácil que salvase los escollos en aquel mar de opiniones encontradas.

Ya era cosa sabida: el mando de toda nueva autoridad tenía que inaugurarse con nuevos donativos y empréstitos de dinero para España, según consta en las *Gacetas* de aquel tiempo. Y aunque esas cuantiosas sumas de dinero salían generalmente de las arcas de los españoles, no se pensó lo bastante, ni en México ni en España, que de eso tomarían argumento no pocos para proseguir en sus planes de independencia.

Y hay que decirlo todo, aunque la vergüenza asome al rostro del historiador. El último y principal impulso para el desprendimiento de esta gran mole ligada á la nación española, vino con aquella célebre y estúpida soflama de la Regencia de Cádiz que, al recibir en su seno á los diputados de América y Asia, les dirigió á quemarropa esta altisonante alocución: «Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres. No sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, dejados por la codicia, y destruidos por la ignorancia...»

¿Para qué más? Desde este momento, exclamaremos también nosotros: la independencia mexicana quedó hecha. Hidalgo, Allende, Aldama, etc., la harán germinar con su sangre; Morelos la sostendrá en sus

robustos hombros, é Yturbide recogerá los frutos. Lo asombroso fué que ya en aquella ocasión no se independizasen todas las Colonias. Una racha de tempestad colada por las vertientes del Pirineo se había apoderado de los cerebros españoles. Combatiendo á Napoleón con las armas en las manos, le admitían libremente en sus espíritus. Había sonado la hora de los tristes destinos para España. No culpemos á nadie. Iba á cumplirse el vaticinio de Isaías explanado admirablemente por el inmortal exégeta fray Luis de León.





CAPÍTULO III

EL GRITO DE DOLORES



QUIÉN puede predecir adónde llegarán las turbulentas aguas de un río que sale precipitadamente de madre, engrosado por muchos afluentes? Se sabe cómo las revoluciones empiezan, nunca cómo terminarán. Hacerlas sin sangre parece una empresa superior á la condición humana. Caen confundidos y revueltos en los campos de batalla justos y culpables, y vienen á la memoria aquellos versos fatalistas de Tassara, que encierran algo de verdad:

Los pueblos con la sangre se redimen;
Su destino es la lucha, es pelear.

¡Extrañas coincidencias! Mientras el nuevo Virrey D. Francisco Xavier Venegas, hacia su entrada solemne en México, el día 14 de Septiembre de 1810, concediendo títulos y honores que sólo excitaban la risa y el desprecio, aun de los mismos agraciados; mientras mañdaba leer en su recepción la soflama separatista del poeta Quintana, se preparaban á ponerla aquí por obra los conjurados de Querétaro, chispas del mal apagado incendio de Valladolid.

La idea de la independencia había cundido con la velocidad del rayo, sacudiendo los espíritus. Enamorado del fin, no se detuvieron en aquilatar los medios. Sólo hacía falta que un puñado de hombres diesen el primer grito y rompieran la marcha, camino de la victoria, sin pensar en el reguero de sangre que dejarían tras de sí.

Y esos hombres fueron Allende, Aldama é Hidalgo. Los dos primeros eran capitanes de caballería del regimiento de la Reina, acantonado en San Miguel el Grande; el tercero, cura párroco del pueblo de Dolores; todos ellos descendientes de españoles, de cuya sangre y raza alardeaban, sin perjuicio de aborrecer con todas las fuerzas de su alma á los que apellidaban «gachupines» ¡Humanas aberraciones!

Ellos y algunos otros, que no tienen tanta importancia en la historia, reuníanse con pretextos literarios en Querétaro, en casa del presbítero D. José María Sánchez, en la calle del Licenciado Parra, y á veces en otra casa de la calle del Serafín. La marcha de los asuntos políticos solía ser la comidilla de los concurrentes, en medio de juegos y pasatiempos propios de toda animada tertulia.

Aunque no asistían á ésta, contaban con las simpatías del integérrimo magistrado y Corregidor D. Miguel Domínguez, y, sobre todo, con la cooperación secreta de la célebre Corregidora doña María Josefa Ortiz, brava hembra que no ocultaba su entusiasmo por la revolución.

D. Ignacio Allende, que entonces frisaba en los

cuarenta años, se había distinguido desde la juventud por su carácter alegre, simpático, comunicativo y mujeriego, de bella y arrogante figura, valiente, resuelto y emprendedor, sin arredrarse ante los obstáculos y peligros.

D. Juan Aldama era más mesurado y prudente: amaba la independencia, pero no se le ocultaban sus grandes dificultades; iba, como á remolque de la comunicativa elocuencia de Allende, lo mismo que el capitán Arias, el teniente Abasolo, Lanzagorta, y los hermanos Epigmenio, y Emeterio González. Allende pensaba y bullía por todos ellos.

Imaginó que para dar carácter serio y popular á la empresa, hacía falta un sacerdote de prestigio. Y nadie más á propósito que don Miguel Hidalgo y Costilla, varón de sesenta y tres años cumplidos, de variada cultura, y encanecido más que en los libros y en el ministerio pastoral en las labores de la agricultura, á la que dió grande impulso con el cultivo de la vid y la cría del gusano de seda. Por sus costumbres algo rasgadas, y algunas opiniones picantes en heterodoxia, le había procesado la Inquisición de México el año 1800 y 1801, siendo cura de San Felipe; pero no debieron de resultar grandes cargos contra él, cuando el secretario Ybarra pidió el 1.º de Octubre del mismo año, que «por ahora se anote en el registro su nombre, y se pongan los autos en su Letra» (1).

(1) *V. Inquisición.*—Registro, por orden alfabético, de los reos juzgados por la Inquisición desde el año 1794 al 1816. Es un

El historiador D. Lucas Alamán, que fué su contemporáneo, hace de Hidalgo el siguiente bosquejo: «Era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, como que pasaba de sesenta años; pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos, de pocas palabras en el trato común, pero animado en la argumentación, á estilo de colegio, cuando entraba en el calor de alguna disputa, y poco aliñado en su traje» (1). Los colegiales de San Nicolás de que fué rector solían apellidarle el «Zorro», por su carácter reconcentrado.

Anduvo reacio al principio para entrar en la revolución; y cuando Allende le hostigaba para que se pudiese al frente de ella, solía decir: «Los autores de esas empresas no gozan de ellas» (2).

Veía claramente Hidalgo que los medios con que se contaba para el levantamiento eran muy escasos, así en dinero como en municiones, y sólo se decidió á abrazar con ahinco la causa, cuando Allende le escribió que «ya las cosas habían variado, y que se le había presentado mucha gente, así en Querétaro como en las haciendas.»

Por eso, con harta razón dice Zamacois acerca de este punto: «Hidalgo y Allende son las dos figuras

tomo manuscrito y autógrafo que ha pasado oculto para los historiadores de México. Quizá tengamos precisión de citarlo nuevamente.

(1) *Historia de México*, tomo I, p. 354.

(2) Causa del cura Hidalgo, en el tomo I, de los *Documentos para la Historia de la Independencia*.

prominentes, los dos protagonistas igualmente interesantes, en el importante drama que transformó de colonia en potencia soberana el vasto y rico imperio de la Nueva España» (1).

La fecha del levantamiento se había fijado para el 8 de Diciembre, en que por ser la feria de San Juan de Lagos solían concurrir los principales comerciantes españoles, de quienes fácilmente se podrían apoderar los insurgentes sin derramamiento de sangre.

Mas, descubierta la conspiración, primero por el secretario de las Juntas, D. Mariano Galván, y más tarde por un español llamado Francisco Bueras, el día 13 de Septiembre, asegurando que era inminente el degüello de todos los europeos por haberlo sabido positivamente de boca de uno de los mozos comprometidos, los acontecimientos se precipitaron, como suele suceder en casi todas las revoluciones.

La Corregidora Doña María Josefa Ortiz, por medio del alcalde D. Ignacio Pérez, trató rápida y secretamente de avisar á los principales jefes del peligro que corrían con tal descubrimiento. No habiendo encontrado á Allende, fué comunicada la noticia á D. Juan Aldama, y mientras en casa del cura Hidalgo éste deliberaba con Allende la determinación que adoptarían, en vista de las vagas noticias que tenían de haberse descubierto el complot, y mientras en Querétaro se ponían presos á varios conjurados, se presentó Aldama en el pueblo de Dolores, dando la infausta nueva á los

(1) *Historia de México*, tomo IV, p. 517.

dos caudillos en la madrugada del día 16 de Septiembre.

No había tiempo que perder. Al oírlo Hidalgo, opinó resueltamente porque el paso se diese pronto y fuese ejecutado. A lo cual dijo Allende con energía:

—Pues bien, señor cura: echémosle el lazo, seguros de que ningún poder humano podrá quitárselo.

—Sí—exclamó Hidalgo—; aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.

A lo cual Aldama, que siempre se había mostrado más tímido ó prudente repuso: «Señor, ¿qué va usted á hacer? Por amor de Dios, vea usted lo que hace.»

Pero la suerte estaba echada. Era preciso pasar el Rubicón, ó sucumbir sin gloria en los comienzos de la empresa.

Si el cura Hidalgo se había mostrado reacio á los principios de la conjuración, ahora nada le arredraba: era el más decidido. Con un pelotón de hombres mal armados y precediéndoles á todos con la pistola cargada salió á la calle, puso en libertad á los presos; y, escoltado por ellos, se dedicó en las primeras horas á cazar gachupines indefensos, sorprendiéndolos descuidados en sus propias casas, y conduciéndolos á la cárcel de donde habían salido los presos.

Se hacía inútil la resistencia. Algunos robos, saqueos, atropellos, y desmanes, fueron los primeros frutos inevitables de aquel acto. ¿Podía esperarse otra cosa de gente indisciplinada, ansiosa de mal entendida libertad? Ese bautismo de desafueros imprimió

carácter á casi toda la campaña. Y no tuvieron que hacer poco los jefes para reprimir aquel empuje, aquel oleaje desbordado, que luego se aumentó.

Alboreaba la mañana del día 16. El primer padre de la nueva patria independiente, se acordó de que era domingo, y tocó á misa más temprano que de costumbre. Exhortó al pueblo á que se «uniese á él para defender el reino contra los españoles que trataban de entregarlo á los franceses; les dijo que en lo sucesivo no pagarían tributo alguno, que la opresión había terminado; y ofreció un duro diario al que se alistase con caballo y armas, y la mitad á los de á pie.» (1)

Este lenguaje lo entendió perfectamente el pueblo, sobre todo lo de la exención de tributos, no parándose á investigar si era cierto lo de la entrega del reino á los franceses. Se lo decía su prestigioso párroco, y había que creerle.

Allende, amante de la disciplina militar, opinaba por que no «admitiera gente abigarrada y sin orden para la lucha». Pero Hidalgo quería á todo trance apoyarse en las multitudes, cuanto más numerosas mejor, sin fijarse en los resultados. Y esto fué luego el origen de las desavenencias entre ambos caudillos de la insurrección.

Con unos seiscientos hombres de á pie y de á caballo, llevando en medio á los españoles presos montados en recuas, se dirigió Hidalgo sobre el pueblo de San Miguel el Grande. Al pasar por el santuario de

(1) V. Zamacois, tomo VI, p. 242.

Atotonilco, tomó de la sacristía un lienzo pintado con la imagen de la Virgen de Guadalupe, y colocándolo en el asta de una lanza, la entregó «á uno para que la llevase delante de la gente que le acompañaba» (según declaración del mismo Hidalgo), á manera de lábaro sagrado, símbolo de la independencia mexicana.

¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva Fernando VII, y... mueran los gachupines!... Fué desde entonces, el santo y seña de aquel improvisado ejército que á la sombra de la religión y de la patria, mermaría en concepto de muchos, los prestigios de la patria y de la religión, dando motivo para que el partido opuesto invocase esos mismos augustos nombres, y nadie se entendiera en aquella Babel. El puñado de españoles residentes en San Miguel, se preparó á vender caras sus vidas, parapetándose en las Casas Consistoriales; pero no llegaron á las manos, gracias á la intervención de Allende, el cual les aseguró no se trataba de vengar agravio alguno personal, sino de sustraerse á la dominación extranjera, según ellos entonces la entendían. Desarmados y presos aquellos pocos españoles, y puestos también en libertad los criminales de la cárcel, se desbordaron por las casas al robo y al pillaje, con el grito siniestro de «¡Mueran los gachupines!»

—Todo lo andado se pierde con este desorden —dijo Allende á Hidalgo con indignación, lanzándose espada en mano para impedir los atropellos y el bandidaje de la turba desenfrenada. Noble, pero vano empeño, que sólo contribuyó á aumentar el disgusto

entre ambos caudillos; á que se deslindasen las facultades respectivas, y á que se organizaran mejor las tropas que iban aumentando como un torrente en tiempo de lluvias.

Más de seis mil indios, reforzados con el regimiento de dragones de la Reina, salieron de San Miguel, bajo el mando supremo de Hidalgo, nombrado generalísimo de América en los campos de Celaya. Y al llegar á Querétaro para intimar á las autoridades la rendición, su número había crecido considerablemente con los campesinos de las haciendas inmediatas, aprisionando á cuantos españoles podían.

El pueblo, instintivamente, iba simplificando el grito de independencia. Ya sólo se gritaba: ¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines! Esto último, sobre todo, era á lo que se atendía. Parecía ser el santo y seña principales de la revolución. Había estallado el odio secreto de raza, mal reprimido durante algún tiempo.

Dejando autoridades de su gusto en todos los pueblos por donde pasaba, se dirigió Hidalgo con su gente armada de hondas, de lanzas, machetes, y como podía, sobre la importante y rica ciudad de Guanajuato, intimándole la rendición. El intendente, D. Juan Antonio Riaño, respondió con dignidad, preparándose para la defensa. Creyendo que no podría contar con el pueblo, por creerlo adicto á la insurrección, resolvió temerariamente hacerse fuerte en el sólido y monumental edificio de la Alhóndiga (por él acabado de construir hacía dos años), con las escasas fuerzas mili-

tares que contaba, y los europeos, que ascenderían en total á 500 hombres, dejando casi indefensa la población. En la Alhóndiga hizo introducir todos los caudales reales, y cuantos llevaron los vecinos, juzgándolos más seguros, sin atender á las justas reclamaciones del Ayuntamiento y del Cabildo eclesiástico. Encomendó las obras de defensa á su hijo el teniente coronel D. Gilberto Riaño, el cual ideó, quizá por vez primera, el empleo de las granadas de mano hechas con los frascos de azogue que se utilizaban en las minas; y pidiendo con toda urgencia refuerzos al general Calleja, acantonado en San Luis de Potosí, esperó con ánimo tranquilo el ataque de los independentes.

Merece consignarse en la Historia el documento en que el cura Hidalgo intimó la rendición de Guanajuato, por ser el primero que tal vez firmase como Generalísimo, y porque nos revela también sin ambages su pensamiento principal, que era, ni más ni menos, la independencia. Dice así: «Cuartel general en la Hacienda de Burras, 28 de Septiembre de 1810.—El numeroso ejército que comando me eligió por Capitán general y Protector de la nación en los campos de Celaya. La misma ciudad, á presencia de cincuenta mil hombres, ratificó esta elección que han hecho todos los lugares por donde he pasado; lo que dará á V. S. que estoy legitimamente autorizado por mi nación para los proyectos benéficos que me han parecido necesarios á su favor. Estos son igualmente útiles y favorables á los americanos y á los europeos que se han hecho ánimo de residir en este reino; y

se reducen á proclamar la independenciam y libertad de la nación. De consiguiente, yo no veo á los europeos como enemigos, sino solamente como á un obstáculo que embaraza el buen éxito de nuestra empresa. V. S. se servirá manifestar estas ideas á los europeos que se han reunido en esta Alhóndiga, para que resuelvan si se declaran por enemigos, ó convienen en quedar en calidad de prisioneros, recibiendo un trato humano y benigno, como lo están experimentando los que traemos en nuestra compañía, hasta que se consiga la insinuada libertad é independencia, en cuyo caso entrarán en la clase de ciudadanos, quedando con derecho á que se les restituyan los bienes de que, por ahora para las urgencias de la nación, nos servimos. Si, por el contrario, no accediesen á esta solicitud, aplicaré todas las fuerzas y ardidés para destruirlos, sin que les quede esperanza de cuartel.— Dios guarde, etc.—*Miguel Hidalgo y Costilla, Capitán general de América.*»

Junta con ese documento iba la siguiente carta particular para el mismo Riaño.—«Muy señor mío: La estimación que siempre he manifestado á usted es sincera, y la creo debida á las grandes cualidades que le adornan. La diferencia en el modo de pensar, no la debe disminuir. Usted seguirá lo que le parezca más justo y prudente, sin que esto acarree perjuicio á su familia. Nos batiremos como enemigos, si así se determinare; pero desde luego ofrezco á la señora Intendente un asilo y protección decidida, en cualquier lugar que elija para su residencia, en atención á las en

fermedades que padece. Esta oferta no nace de temor, sino de una sensibilidad de que no puedo desprenderme.—Dios guarde, etc. >

En verdad que si las obras que precedían á Hidalgo se hubieran conformado con la templanza, dignidad y mansedumbre que encierran esas palabras, los sucesos habrían cambiado seguramente de aspecto. Pero en la mente de Riaño debieron alzarse las sombras fatídicas de lo acaecido en los pueblos comarcanos, á los cuales, sin embargo, se les habían hecho semejantes ó parecidas promesas, no cumplidas por la plebe ansiosa de pillaje y de botín.

Por eso, reuniendo Riaño sobre la azotea de la Alhóndiga al puñado de españoles y de soldados hijos del país, y preguntándoles á todos qué opinaban, unánimes contestaron con un ¡Viva el Rey!, dispuestos á luchar hasta vencer ó morir. Y así se lo notificó á Hidalgo, escribiendo de paso al General Calleja para que volase en su auxilio desde San Luis de Potosí, ó más bien desde la hacienda de Gogorrón, donde accidentalmente se hallaba.

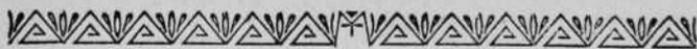
Cinco horas duró la lucha sangrienta, desesperada, rabiosa, por una y otra parte. El intendente Riaño sucumbió en los primeros momentos del combate. El heroico y bravo oficial Valenzuela, natural de Irapuato, montado á caballo, se abrió paso con la punta de su espada, sembrando el espanto y la muerte entre la multitud desordenada de indios, al grito de ¡Viva España!, pero murió con gloria, admirando su valor sus propios enemigos. El intrépido oaxaqueño, D. Diego

Berzabal, al ver ocupada ya la Alhóndiga por los asaltantes, cien veces mayor en número, se abrazó á la bandera española que había jurado defender, y envuelto en ella, luchó y cayó expirante, no queriendo soltarla ni aún en los momentos supremos de la agonía.

¿No ha de tener la Historia un recuerdo y un saludo para tales héroes? Las cinco horas de combate sin cuartel fueron como el exordio, nada más, de las escenas de luto y desolación, de muerte y pillaje que vino á alumbrar la aurora del día 29 de Septiembre. ¡Banquete de sangre con que pudo festejar su fiesta onomástica el párroco de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla!

Horrorizado debió quedar ante el espectáculo de aquellos dos mil quinientos cadáveres de indios, de criollos y españoles, primicias de más sangrientos y futuros sacrificios. Cierta que dió un bando el día 30 prohibiendo que continuasen las matanzas y los desórdenes bajo pena de muerte, pero no fué obedecido. Era ya tarde para imponer la disciplina militar á aquellas gentes. Y asentadas y admitidas las premisas, era preciso cargar con la responsabilidad de las consecuencias. Pronto vendrían las represalias. Porque la toma de Guanajuato decidió por completo el carácter de la contienda.





CAPÍTULO IV

GUERRA CIVIL Y RELIGIOSA

DEJEMOS al ejército vencedor repartiéndose el botín de aquella fácil victoria, y á sus jefes tratando de organizar las turbas, y estableciendo la fundición de armas y cañones en Guanajuato, para lanzarse sobre Valladolid, y luego acercarse á México con sus ochenta mil hombres.

¿Qué hacía el Virrey Venegas? ¿Qué hacían las demás autoridades españolas? Sorprendidas y atolondradas con el aumento y avance que tomaba la insurrección, todas sus medidas tenían que adolecer de falta de previsión, de serenidad y de prudencia.

Venegas no tenía motivos para conocer todavía el país. Necesitaba informarse de otras personas que, como el Arzobispo Lizana, ya hemos visto las muestras de candidez que habían dado ante los primeros peligros. Con los recursos y hombres de España no se podía contar. Bastante tenía que hacer España guerreando contra los seiscientos mil hombres que había lanzado contra ella Napoleón, y que tenían invadida toda la península. El ejército regular que en

todo el reino de México había, no pasaba seguramente de doce mil hombres, hijos del país, dispersos y diseminados por varias provincias ó cantones. De la excesiva confianza que antes habían mostrado las autoridades, no era difícil se pasase al excesivo recelo. Si aquellos doce mil hombres simpatizaban con la independencia, todo quedaba perdido para España. Si se mostraban adictos á ésta, entonces la cuestión tomaría el verdadero carácter de guerra civil. El problema así planteado iba á resolverse en los campos de batalla.

Hidalgo creyó ser intérprete de la voluntad nacional, al apoyarse en dos regimientos de línea y en cincuenta mil indios, cansados unos de acariciar con el arado el terruño; ansiosos otros de las jaranas militares; y los menos, seducidos por la idea de patria que creían iba á entregarse á los franceses. Veremos qué ideales el partido contrario representa; si era intérprete también de la voluntad nacional, y cuántas voluntades había aquí.

El Virrey Venegas, al tener noticia de los primeros movimientos, avisó al brigadier D. Félix Calleja para que volase á apagar el fuego, aunque fuese solamente con su escolta. Pero Calleja, más enterado de lo que ocurría y más previsor, hallándose en San Luis de Potosí, contestó al Virrey «que había descubierto en los dos regimientos de su brigada, una conspiración tramada por algunos oficiales, los cuales ofrecían pasarse al ejército insurgente con los cuerpos que mandaban; que un sacerdote complicado en la conjuración, se había suicidado al verse descubierto, y que

se habían fijado pasquines revolucionarios en San Luis, los cuales hacían temer un próximo pronunciamiento» (1).

Por eso prefirió asegurar la disciplina, y enviar una proclama á los propietarios de las haciendas inmediatas á San Luis, pidiéndoles con toda urgencia gente que, aunque bisoña, pronto instruyó en el manejo de las armas, agregándola á los dos regimientos de caballería. A todos exigió juramento de fidelidad á Fernando VII, atribuyendo la insurrección del cura Hidalgo á secretos manejos de Napoleón, enemigo de la religión y de la patria. Y siendo más los que se presentaron á defender estos ideales, que las armas con que Calleja podía contar, se lanzó con ellos en persecución de Hidalgo.

El Virrey por su parte, envió también las pocas tropas que podía á Querétaro bajo el mando de D. Manuel Flom, conde de la Cadena, para coger á Hidalgo entre dos fuegos.

Si Yturrigaray hubiese aprovechado á su debido tiempo los ofrecimientos de Querétaro y Tlasclala, cuando poco antes habían puesto á su disposición millares de indios, y los cien cañones ofrecidos por el real cuerpo de Minería (2), no se habría visto ahora en tantos apuros su sucesor el Virrey Venegas. Por su parte los siempre nobles y heroicos Tlascaltecas, recordando su firme adhesión á España desde el

(1) V. Zamacois, t. VI, p. 441.

(2) V. *Colección de Documentos para la Historia de la Independencia de México*, t. I, p. 492 y 505.

pacto de sangre que hicieron con su aliado Hernán Cortés, enviaron un documento verdaderamente conmovedor ofreciendo al Virrey vida y haciendas. Pero tales entusiasmos, no supieron, ó no quisieron aprovecharse en los momentos más álgidos de la revolución. Parecía que Dios había cegado á las autoridades españolas. O no se daba al problema toda la aterradora importancia que tenía, ó se confiaba demasiado en resolverlo con pocos elementos. Así fueron los resultados.

Los indios de Puebla hacía poco que se habían negado á pagar el tributo, porque decían que «no tenían rey». Cuando se convencieron de lo contrario, tanto ellos como los de Cholula se ofrecieron incondicionalmente, no sólo á pagar el tributo, sino á disposición del Gobierno español. La ciudad de México por conducto de su Síndico, ofrecía doce millones de pesos para libertar á Fernando VII de las garras de Napoleón, diciendo que «las riquezas de ambas Américas deben servir de peana y de pequeño homenaje de nuestra compasión y respeto á las virtudes de nuestro rey calumniado, oprimido, degradado, etcétera» (1). Lo que prueba que el amor á la monarquía aún tenía arraigo en el corazón de los mexicanos. ¿Por qué no supieron utilizarse estas fuerzas en los momentos del mayor peligro?

Las conspiraciones que luego se descubrieron tanto en la ciudad de México como en otros puntos, no iban

(1) V. *Colección de Documentos*, t. I, núm. 202.

directamente, á lo menos en la apariencia, contra el rey; aunque cansados de sus ineptos gobernantes. Se encaminaban á conseguir una independencia, que algunos, llenos de confusion en sus ideas, no conceptuaban incompatible con la monarquía española. De lo contrario habrían gritado ¡Viva Fernando VIII!... so pena de admitir en ellos una grosera hipocresía.

Venegas debió de comprender que contaba con pocos medios materiales para ahogar la insurrección, si ésta se derramaba por otras provincias. Y vió con buenos ojos, si no excitó secretamente, que los Prelados supliesen la debilidad de las armas materiales con las espirituales, máxime habiendo dado el cura Hidalgo un carácter religioso al levantamiento.

Llovieron, con tal motivo, Pastorales, Edictos y excomuniones contra Hidalgo y sus compañeros de armas; y se ordenó que en los púlpitos se predicase una especie de guerra santa contra los que se apellidaban insurgentes. Lo que se pretendía era desacreditar á Hidalgo, valiéndose de todos los medios, aunque fuesen ilícitos. Y si mal hizo éste en valerse de la religión como medio hábil de conseguir la independencia, no obraron con mayor cordura los Obispos en servirse de la religión para reprimir aquélla.

Fué el primero en romper el fuego de las armas espirituales D. Manuel Abad y Queipo, Obispo electo de Michoacán, y antiguo amigo del cura Hidalgo. Queipo, que sin ser Obispo consagrado, bullía y se movía más que todos, pareció dar una lección de celo apostólico á los demás Prelados, principalmente

al Arzobispo de México. Y sin duda para no desacreditarle tuvieron que seguir su ejemplo.

Siguió el Obispo de Puebla D. Manuel Ignacio del Campillo, el cual en su pastoral del 30 de Septiembre del año 1810, adulando al Virrey, aseguraba la «pronta dispersión de aquella gavilla tumultuaria que siguiendo los detestables principios de los franceses, ha profanado las iglesias, ha manchado sus manos en la sangre de los inocentes, y cometido las mayores torpezas».

El tribunal de la Inquisición, que el año 1800 y 1801 había dejado sin resolver los dos procesos que contra Hidalgo se iniciaron, por falta de méritos para condenarle entonces, publicó ahora tres Edictos declarándole hereje y rebelde. De todo se abusaba. Pero tales Edictos cayeron en el mayor desprecio, según declara el testigo ocular Fray Simón de Mora, mercenario, que así lo comunicó de oficio á la Inquisición el 20 de Diciembre de 1810 desde Querétaro (1). «Parece increíble, decía, lo inflamados que están los ánimos de todos los pueblos insurgentes, y el odio y rabia que manifiestan á los europeos, y la ruina que han causado en las almas muchos eclesiásticos de ambos cleros, con su escandalosa predicación, maldiciendo y quemando los Edictos».

En Valladolid de Michoacán, donde un año antes se había descubierto una importante conspiración, y

(1) *Colección de Documentos*, t. II, pág. 97 y siguientes. Son documentos curiosos é importantes para esta historia.

donde ahora se recibía con palmas á Hidalgo como libertador de la patria, una Junta de teólogos compuesta de individuos del Cabildo y demás clero regular y secular absolvía públicamente á Hidalgo de todas las excomuniones y censuras, juzgándolas injustas. Así se ponía en evidencia y contradicción el clero ante el pueblo, el cual atribuía los Edictos inquisitoriales á manejos de los *Gachupines*.

Un eclesiástico compuso el siguiente madrigal que el pueblo aprendió, y cantaba, mejor que la doctrina cristiana:

¿Quién es tu perfecta guía?
María.
¿Quién reina en tu corazón?
La Religión.
¿Y quién tu causa defiende?
Allende.
Pues, mira, escucha y atiende;
Que el valor es lo que importa;
Pues que por eso te exhorta,
María, Religión y Allende.

Al saberse en México que los independientes tomaban por patrona á la virgen de Guadalupe llevando su imagen como estandarte de la insurrección, no quisieron ser menos en puntillo de honra religiosa los Mexicanos, y sacaron en procesión con grande aparato á la Virgen de los Remedios, traída por Hernán Cortés, declarándola Capitana Generala de las tropas que luchaban á favor de España. Por lo cual se decía en Zelaya que «Nuestra Señora de Guadalupe había dicho á Nuestra Señora de los Angeles: mira niña, lo que han hecho. Mariquita de los Remedios, siendo

más fea que nosotras, más chiquita y cacarañada, sólo por ser *Gachupina* le hacen caso; y no de nosotras porque somos americanas».

Poner una Virgen en frente de otra para fines contrarios, era entonces como querer inclinar los cielos á las miserias, pasiones y veleidades de la tierra. ¡Signos de los tiempos! Y no estaban libres de esas pasiones populares los sacerdotes que en los púlpitos peroraban, enardeciendo á las multitudes en la defensa de la que llamaban: «La justa causa; la causa de la nación, la nación oprimida; la libertad de la nación, etcétera» (1).

Y como no hay guerras más pertinaces y sangrientas que las de origen religioso, no es de maravillar que ésta adquiriese proporciones tan alarmantes, no solamente en los campos de batalla, sino en los ánimos; pues hasta en los Cabildos y conventos había enconadas disputas por amor á las distintas tendencias.

Grandes y tremendas eran las acusaciones que por conducto de la Inquisición se habían hecho contra el cura Hidalgo. Los calificadores decían que en lo *subjectivo* era «sectario de la libertad francesa, hombre libertino, sedicioso, cismático, hereje formal, judaizante, luterano, calvinista y muy sospechoso de ateísta y materialista» (2), con otras cosas que tam-

(1) *Documentos para la Historia*, etc., ps. 110 y 111, t. I.

(2) *Legajos de la Inquisición: Causas de Hidalgo*, en el archivo de Puebla, tomo VI.

poco habían podido probarle ocho ó diez años antes. Por eso respondió con valentía, indignación y gravedad, el acusado en su manifiesto contra la Inquisición, haciendo alarde de su fe: «Me veo en la triste necesidad de satisfacer á las gentes sobre un punto que nunca creí se me pudiese tildar, ni menos declarármese sospechoso para mis patriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada, y para mí más amable: de la Religión Santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo. Os juro, desde luego, que jamás me he apartado ni un ápice de la creencia de la Santa Iglesia Católica; jamás he dudado de ninguna de sus verdades; siempre he estado intimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy pronto á derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos» (1).

A un hombre que así se expresaba, y luego veremos todavía más elocuentemente expresarse en la hora de la muerte, se le podrán atribuir otras debilidades; pero jamás tildarle con la nota de herejía.

El santo Tribunal de la Inquisición que, ya en aquellas fechas no era santo, ni casi siquiera tribunal, y menos de la fe, contestó á Hidalgo con otro Edicto que es una verdadera andanada sin pruebas verdaderas, llena de insultos, los cuales hubieran hecho jurídicamente procesable á dicho tribunal sentenciador. De la lenidad que había observado con Hidalgo y otros acusados á principios del siglo, había pasado

(1) *Colección de Documentos*, etc., t. I, p. 124.

al extremo opuesto, sin más datos nuevos que el haberse Hidalgo levantado en armas. ¿Qué tenían que ver las armas con la fe? Esta anomalía sólo tiene explicación, en que unos y otros abusaban de la religión católica para sus medros y fines particulares.

*
* *

Un refuerzo tan grande como inesperado vino en aquella ocasión á aumentar las fuerzas independientes de Hidalgo. D. José María Mercado, cura párroco de Ahualulco, al tener noticia de la toma de Guanajuato y de la victoria del monte de las Cruces, abrazó con ardimiento la causa de la independencia. De acuerdo con el subintendente Zea, levantó á principios de Noviembre á casi todo el pueblo, armado á la antigua usanza, con flechas, hondas, lanzas y palos, emprendió una campaña activísima por la parte de Nueva Galicia, intimando y consiguiendo, sin sangre, la rendición de Tepic, y llevando su valor y osadía, al mismo tiempo que su estrategia, hasta lograr apoderarse del puerto de San Blas, donde había gran multitud de pertrechos de guerra, sobre todo cañones, parte de los cuales se apresuró enviar á Hidalgo á través de montañas y desfiladeros.

La biografía de Mercado y su influjo en la independencia, no deja de ser muy interesante. Puede verse en los varios documentos del tomo primero, tantas veces citado.

Mercado era sacerdote de costumbres intachables,

con lo cual se tapó algo la boca á cuantos murmuraban de los curas insurgentes. No puede culparse á él del degüello de los sesenta españoles sacrificados en Cuisillo; sino á lo sumo, á Zea, que recibió tal orden de Hidalgo.

Como conclusión de este capítulo, y prueba elocuente de su encabezamiento, es el hecho que vamos á citar.

Después de apoderarse Mercado, el primero de Diciembre, del puerto de San Blas, de sus abundantes municiones de boca y guerra, de trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza, y más de trescientos españoles bien armados, con más de cien cañones de todos los calibres, vino á caer en una emboscada que le preparó otro sacerdote, hijo también del país. Había salido de Guadalajara contra Mercado el general español D. José de la Cruz con mil hombres y cuatro piezas de artillería, dando una batida á los independientes, y apoderándose de ocho de sus cañones; lo cual poco hubiera importado quedándoles muchos más. Pero ese mismo día, sin cañones, el cura Verdín, valiéndose de los mismos soldados de Mercado, á quienes cohechó, sorprendió de noche en su alojamiento á Mercado y al comandante Romero, siendo inútil su defensa. Mercado, viéndose perdido, «se arrojó por un barranco que se hallaba junto á aquella casa». Y añade el relator de este suceso, que el cura Verdín se apoderó de aquel cuerpo ensangrentado y muerto, y mando azotarlo públicamente antes de darle sepultura. «Así brilló en este cortísimo período de la historia patria la figura de Mercado, como un bólido

que al caer, sólo deja en su marcha una ráfaga de luz» (1).

Si los amantes de la independencia habían señalado sus primeros pasos con actos verdaderamente reprobables, el partido opuesto, exacerbado también en su furor, no fué escaso en las represalias. En Tepic, al llegar el general Cruz, durante veinte días no dejó de haber algún fusilamiento de insurgentes: á los cuales después de fusilarlos, colgaban en la plaza pública, mientras algún sacerdote predicaba contra la insurrección. Las guerras más sangrientas son siempre las civiles y religiosas.

Todo parecía sonreír para el cura Hidalgo y Allende, después de la toma de Guanajuato y la entrada de Valladolid y Guadalajara. Por temor, ó por simpatía, de grado ó por fuerza, los pueblos salían á recibirlos como libertadores de la nación. Y formaban verdaderas caravanas de creyentes los que seguían entusiasmados el estandarte del nuevo Mahoma de la Independencia.—Religión, monarquía y odio á los europeos, parecían ser el triple símbolo contradictorio de la misma. De la religión, ya hemos visto cómo se abusaba; pero el carácter marcadamente religioso jamás la abandonó. Había nacido al toque de una campana, y sus ecos la seguían por todas partes. Comprendían sus jefes que sin ese requisito, entonces indispensable como arma de combate, la intentona habría fracasado desde los primeros momentos. Y

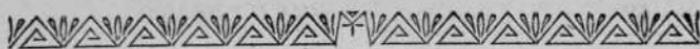
(1) *Colección de Documentos*, t. I, p. 427.

por persuasión, ó por conveniencia, tanto Allende cómo Hidalgo, alardeaban de piadosos y hasta místicos, dando proclamas á todos los pueblos, de que serían respetadas las creencias religiosas formando en algunos procesiones públicas con el Santísimo é imágenes populares, que solían llevar en andas los mismos generales del ejército independiente, Aldama, Jiménez, Arias y Abasolo (1).

Pero con respecto al carácter de monárquica que se había dado á la independencia, ya no sucedía lo propio desde el momento en que el mismo cura Hidalgo, al ser argüido por individuos del Ayuntamiento de Guanajuato, declaró con indignación y amenazándoles, que «Fernando VII era un ente que ya no existía; que el juramento no obligaba, y que no volvieran á proponer semejantes ideas, capaces de pervertirle á sus gentes, porque tendrían mucho que sentir».

Lo único, pues, que realmente quedaba del triple lema de la insurrección, era el odio á los europeos; odio que, si no puede justificarse ante la historia sincera y desapasionada, fué entonces difícil de evitar porque se hallaba muy enconado y arraigado; pero que afortunadamente va ya desapareciendo á impulsos del tiempo, de la reflexión y de una mayor cultura.

(1) V. Vindicación del Ayuntamiento de Guanajuato en la entrada de las fuerzas insurgentes.—Apéndices al tomo VII de la *Historia de México* por D. Niceto Zamacois.



CAPÍTULO V

TRIUNFOS Y DERROTAS

 EJEMOS de relatar las escaramuzas más ó menos afortunadas de una y otra parte, para fijarnos en los encuentros de mayor importancia de ambos ejércitos beligerantes.

Las fuerzas realistas de Calleja y Flom no pasarían de siete á ocho mil hombres, bien armados y disciplinados, cuando se dieron cita y reunieron en el mismo pueblo de Dolores para emprender contra Hidalgo una activísima campaña. Pero la disciplina del ejército realista no impidió que, al entrar en los pueblos insurreccionados, se cometieran idénticos vandalismos en las casas, haciendas y personas de cuantos simpatizaban ó favorecían el movimiento independiente. Era difícil evitar las represalias. El ejército de Hidalgo no bajaría seguramente de ochenta mil hombres, mal armados y peor disciplinados, cuando intentó dirigirse desde Guadalajara á México, donde contaba con no pocos partidarios. A la indisciplina de las tropas, se iba aumentando la divergencia de opiniones sobre planes de campaña entre los cau-

dillos principales, como Hidalgo y Allende, y entre algunos cabecillas, como Sánchez y Villagrán, después del fracaso de Querétaro.

El Virrey Venegas, al saber el movimiento de Hidalgo, destacó al Teniente Coronel D. Torcuato Trujillo con mil hombres de todas las armas, entre los cuales iba como voluntario el después celebrísimo independiente D. Agustín Iturbide. No había recibido Trujillo orden de atacar, sino de entretener y observar al numeroso ejército contrario, mientras la ciudad de México se preparaba más para la defensa en medio del pánico de sus habitantes.

Tan desiguales como contrarias fuerzas se hallaron en el monte de las Cruces, cerca de Toluca, el 30 de Octubre. Y cuando Trujillo, convencido de que no tenía más remedio que aceptar la batalla, arengaba y distribuía convenientemente sus tropas escasas en las posiciones principales del monte, recibió el refuerzo de dos cañones que, con cincuenta voluntarios, le enviaba el Virrey, y los trescientos negros y mulatos, criados de las haciendas pertenecientes á D. Gabriel del Vermo y D. José María Manzano. En tan pequeño ejército no había más que Trujillo y algunos oficiales. ¿Y qué significaban aquellos mil cuatrocientos hombres comparados con los ochenta mil de que se componía el ejército independiente? Lo cual prueba, una vez más, que la causa de éste tenía más simpatías entre los mexicanos, aunque no todos lo demostrasen á las claras hasta ver el rumbo que tomaban los sucesos.

Las apiñadas y abigarradas masas de indios que se extendían por el frente y los costados del campo de batalla, como las olas rugientes de un alborotado río que sale de su cauce, dando descomunales gritos y agitando en los aires sus lanzas y machetes para infundir terror en los contrarios... no pueden menos de traer á la memoria las escenas parecidas del tiempo de Hernán Cortés. Con una sola diferencia: que entonces se luchaba por una idea grande, noble, sublime, la más grande y sublime que puede agitar al humano entendimiento; la lucha gigantesca entre la civilización y la barbarie, entre la Cruz y la idolatría, entre el afán de ser hombres y dejar de serlo. Pero ahora, ¿por qué ideal se iba á derramar tanta sangre? Si á aquellos ochenta mil indios se les hubiera hecho tal pregunta, raro sería el que hubiese atinado con la respuesta. Solamente los jefes, y no todos, estaban en el secreto.

Y aquellos jefes, á la voz de mando, lanzaron las informes muchedumbres de indios á una batalla sangrienta, desesperada, encarnizada, en que la metralla de la artillería, más aun que el denuedo y furor por una y otra parte, de jinetes y peones, dejaba sembrado el suelo de cadáveres y, por mucho tiempo, indecisa la victoria. Allende, alma y brazo derecho de aquella memorable acción de armas á campo libre, trepó con osadía á ganar la cumbre de un monte que veía desocupado por las tropas realistas; pero con la misma intención caminaba por la falda opuesta para disputársela D. Agustín Iturbide, luchando casi en la cima

ambos guerreros; pero teniendo que desistir Iturbide de la empresa para acudir al socorro de Trujillo, obligado á reconcentrar sus mermadas tropas en un reducido espacio de terreno, donde se hizo más firme, esperando el ataque decisivo de todo el ejército independiente.

Entonces fué cuando admirando la bizzarria de aquel puñado de valientes, invitaron á Trujillo á que cesara la mortandad haciéndole proposiciones para que se pasase al campo revolucionario. Y aprovechando alevosamente el jefe realista esta especie de armisticio, temeroso de que le sedujesen las tropas, dejó aproximar á los contrarios haciendo encarnizado fuego sobre ellos, y dando ocasión á que con este hecho censurable se aumentara el furor de la batalla, la cual terminó á las cinco de la tarde por medio de una retirada honrosa de Trujillo, abriéndose paso, casi sin municiones y con la tercera parte de su pequeño ejército, á través de las filas contrarias hasta llegar á Santa Fe, donde pernoctó.

«Al día siguiente, dice Zamacois, tomo VI, p. 497, entró Trujillo en México al frente de los restos de su pequeño pero valiente ejército, que había patentizado al mundo con su constancia, su denuedo y su disciplina que los soldados mexicanos son capaces de los hechos más heroicos. Y aunque la victoria fué alcanzada por las armas independientes, Trujillo hizo que las fuerzas vencedoras detuvieran su marcha sobre la capital sin atreverse á atacarla. La mortandad fué tan excesiva y horrorosa, dice Luceaga, que se calcula

haber quedado en el campo más de cuatro mil cadáveres de uno y otro bando».

Allende, siempre animoso y batallador, quería seguir á Trujillo y apoderarse de México; pero el cura Hidalgo más reflexivo y prudente, conociendo que con aquellas sus tropas fatigadas y mal armadas hubiera sido imposible sostener una lucha formidable en las calles de la capital, sólo se resolvió á enviar cuatro parlamentarios al Virrey, el cual no quiso ni siquiera recibirlos; y fuera por esto, ó por que se supo que Calleja y el Conde de Cadena se dirigían á defender á México, ó ya también porque no daban señales de moverse los partidarios con que contaba en la capital el cura Hidalgo, es lo cierto que éste resolvió retirarse hasta mejor ocasión al interior del país, siendo motivo de que se acentuaran las desavenencias entre él y Allende.

La mayor prueba de que Hidalgo estaba más en lo firme al desistir de atacar á México, fué que al encontrarse en su retirada frente á frente con Calleja en el pueblo de Aculco el 7 de Noviembre, fué derrotado y vió en completa dispersión á las masas de indios que no pudieron resistir la serenidad, estrategia y mejor armamento del ejército realista, comandado por jefes tan diestros como Calleja y Flom, y en el cual jugaron papel muy importante los lanceros del Jaral al frente del conde de San Mateo Valparaíso, que los había equipado por su cuenta.

El botín de guerra que recogió Calleja en el combate de Aculco fué importante, y numerosos los pri-

sioneros que se hicieron, entre los cuales se contaron algunos eclesiásticos que acompañaban al ejército de Hidalgo, como los doctores Castañeta y Escalada, Abad y Cuadra, el franciscano P. Manuel Orozco y el agustino P. José Esquerro, á los cuales no mandó Calleja fusilar, sino encerrarlos en varios conventos.

Desalentado el ejército independiente, y en manifiesta discordia sus principales caudillos, resolvió Allende separarse de Hidalgo y refugiarse en Guanajuato para armar y disciplinar mejor á cuantos le siguieron, mientras el cura Hidalgo se dirigió con alguna fuerza de caballería á Valladolid, donde, no obstante la anterior derrota, tanto el pueblo como las autoridades que él había puesto, le recibieron con grandes festejos y alentaron á proseguir la campaña.

Si Calleja, en su parte oficial al Virrey, exageró extraordinariamente el éxito de aquel combate, faltando claramente á la verdad, también el cura Hidalgo disminuyó cuanto pudo la importancia del desastre en su bando del 13 de Noviembre dado en Celaya.

Pero ni este desastre, ni el indulto que publicó Calleja, é hizo general, ratificándolo el Virrey, logró apagar los entusiasmos por la causa independiente; antes fué ocasión de que los partidarios de ésta se preparasen mejor para reanudar la guerra, haciéndola más sangrienta. Ya no era tiempo de retroceder.

El general Calleja puso á precio las cabezas de Hidalgo, Allende, los dos Aldamas y Abasolo, prometiendo la cantidad de diez mil duros por cada una.

Y, á pesar de la cifra, nadie se presentó á entregar-selas. El pueblo cuidaba bien de sus cabezas.

Mientras tanto la insurrección cundía en Zacatecas por Colotlán, por Tabasco, por Jalapa, Juchipila y otras regiones, prevaliéndose de la absoluta falta de armamento y casi de gente con que podían contar para la defensa personas tan adictas á España como Rendón, el Conde de Santiago, de la Laguna, Apecechea y otros. Los comerciantes españoles, previendo el fin que les esperaba ante la irritada plebe, huían (los que podían) espantados á refugiarse en los pueblos ó ciudades más cercanos de la costa, con ánimo de hacerse á la mar en la primera ocasión propicia. Comprendieron que eran pocos é impotentes para oponer un pequeño dique de resistencia ante la inmensa ola revolucionaria que aparentaba cubrir todo el suelo mejicano; y no querían ser víctimas como los otros españoles sacrificados en Valladolid y en el cerro de Molcajete, camino de Pázcuaru.

Parecía que ya no había esperanza de remedio. Y mucho menos al saberse la prisión del magistrado Rendón por el guerrillero Camarena, el dominio absoluto que los independientes tenían en Guadalajara y en Aguascalientes, de cuya ciudad se había apoderado D. Rafael Iriarte; y también el levantamiento de San Luis de Potosí, llevado á cabo de una manera astuta, traidora y solapada por los dos leguitos juaninos, Fray Luis Herrera y Fray Juan Villarias, hombres corrompidos y sin pizca de honor, capaces de manchar cualquier causa, por justa que fuese. El tipo de tales legos

era entonces muy frecuente, lo mismo que el de los religiosos, los cuales, por regla general, tenían de tales el hábito solamente, que con indignidad llevaban. Mal avenidos con la observancia de sus respectivas reglas, espiaban cualquier ocasión para romper por todo, hasta por el decoro de hombres. Basta hojear los libros (inéditos por fortuna) de *Registros de la Inquisición Mejicana*, para convencerse de la espantosa relajación á que habían llegado las Ordenes religiosas en ese tiempo, lo mismo que el clero secular. Muchas riquezas y ningún espíritu evangélico.

Mas, apartemos con tristeza la vista de ese cuadro y volvámosla á los encuentros y batallas.

Hecho Iriarte dueño absoluto de San Luis de Potosí, con los desmanes, muertes y atropellos consiguientes; levantada en armas Nueva Galicia por la inercia y apatía del intendente D. Roque Abarca, más aún que por el temperamento belicoso del campesino D. José Antonio Torres, parecía que los guerrilleros brotaban espontáneamente del fondo de la tierra, cual si toda ella se hubiera minado de antemano por las predicaciones de la revolución. Huidobro, Gómez Portugal, Alatorre, Godínez y cien otros, se presentaban en todas partes al frente de compañías insurrectas, más ó menos numerosas, por los pueblos recostados á las márgenes del Rio Grande y de toda la Tierra Caliente, sin que bastaran á contener su empuje algunas compañías de voluntarios, como la improvisada y dirigida por el Obispo D. Juan Cruz Cabañas, denominada *La Cruzada*, por ser compuesta en su mayoría por cléri-

gos y frailes; y también para que no faltara á la contrarrevolución la nota del ridículo.

Y no solamente en el ridículo, sino hasta en el sacrilegio no se temía á veces incurrir con tal de obtener alguna ventaja militar. Como hizo el jefe realista D. Juan José Recacho en la Barca, cerca de Zamora, mandando que el cura llevase en un coche el Santísimo Sacramento para que los independientes no le molestasen en la vergonzosa retirada de su pequeño y mermado ejército, compuesto de jóvenes comerciantes. A esta retirada se agregó, á los pocos días, el triunfo obtenido por el independiante Torres contra el realista Villaseñor en Zacoalco, donde quedaron muertos ó prisioneros los principales jefes adictos á España. Así se indemnizaban con creces los independientes de las pérdidas de Aculco.

Mientras tanto Allende, parapetado en Guanajuato, adonde había ido á reponer sus fuerzas al separarse de Hidalgo, escribía á éste cartas muy duras y altaneras pidiéndole auxilios, lo mismo que á otros Jefes, para defenderse del ataque que temía por parte de Calleja, creyendo perder todo lo ganado si no se le auxiliaba. Tres oficiales, nada menos, le había dirigido Allende en tal sentido, y viendo que no contestaba, le escribió enojado lo siguiente: «No hallo cómo en un corazón humano quepa tanto egoísmo; mas lo veo en usted, y veo que pasa á otro extremo; ya leo su corazón y hallo la resolución de hacerse en Guadalajara de caudal, y á pretexto de tomar el puerto de San Blas, hacerse de un barco y dejarnos sumergi-

dos en el desorden causado por usted... Espero que, á la mayor brevedad, me ponga en marcha las tropas y cañones, ó la declaración verdadera de su corazón; en la inteligencia que, si es como sospecho, el que usted trata de sólo su seguridad y burlarse hasta de mí, juro á usted por quien soy que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal» (1).

Este tono de carta, tan injusto como altanero, más parecía de un superior que de un subordinado de Hidalgo, á quien el mismo Allende había reconocido por Generalísimo de toda América, cual si toda América estuviese reconcentrada en México.

La verdad es que no estaba Hidalgo en condiciones de atender á los requerimientos y amenazas de Allende. Se veía forzado por la plebe levantisca á permanecer en Guadalajara, como, casi arrastrado por la misma, se vió también precisado á dictar la nenoriana orden de degollar, sin forma alguna de proceso, á los sesenta inocentes é indefensos españoles presos en Valladolid y sacrificados en los cerros de Molcajete y de las Bateas, con circunstancias realmente salvajes, que la Historia no debe entretenerse á describir, pero que está en la obligación de condenar. Y el número de las víctimas se hubiera entonces quizá triplicado sin la hábil y caritativa intervención del Padre Caballero, Prior del Convento de San Agustín.

Con tales escenas de sangre se solazaban entonces los indios insurrectos, demostrando que, á poco que

(1) V. Zamacois, t. I, pág. 68.

se les dejara campar por sus respetos, fácilmente volverían á los tiempos de los *Teocallis*, de *Maxtlatón*, de Moctezuma y del Dios del Aire.

Mientras tanto Allende, al ver que no recibía refuerzos de ninguna parte, se resolvió á hacerse fuerte en Guanajuato y resistir el ataque que esperaba de Calleja y Flom. Guanajuato, por su posición y riqueza, parecía el punto destinado para ser casi el principal teatro de la guerra independiente. Y aunque Allende tenía bien fortificadas y minadas las afueras y avenidas de la ciudad, el hecho inexplicable de haber dado el mando en aquella acción á su lugarteniente Jiménez, y el mejor armamento y la disciplina del ejército de Calleja, fueron causa de que pronto éste se apoderara de Guanajuato, de donde huyó sin pelear Allende, más atento á reunir y llevarse las riquezas que á seguir los trances de la batalla. Pero no puede culparse á él, ni á ninguno de sus generales, de la matanza que de nuevo se hizo en la mayor parte de los 240 indefensos españoles que estaban presos en la Alhóndiga. Aquella matanza fué debida también á las iras de las turbas, irritadas al saber que Calleja triunfaba en las afueras de la ciudad. Todo, hasta el pudor, atropellaban aquellos sicarios, y según dice Liceaga, se veía salir de la Alhóndiga «á los pelotones de la plebe con las lanzas y puñales escurriendo sangre y con los colchones y toda la ropa que sacaban muy ensangrentada».

Indignado Calleja con la relación de tales salvajismos al entrar en la ciudad, mandó tocar á degüello; pero por fortuna se suspendió la orden con mayor

reflexión «para no confundir al inocente con el culpable», según él mismo dice en su parte oficial al Virrey, contentándose con dar un bando el día siguiente, 25 de Noviembre, para que todo ciudadano entregase las armas que tuviese, so pena de ser fusilado en el acto. Resultado de lo cual, y de las complicaciones que se averiguaron, fueron veintitrés los que se fusilaron por orden de Calleja. Sólo el indulto general del Virrey vino á calmar los ánimos, aterrados con tales escenas de sangre.

Al salir de Guanajuato, la necesidad más que el afecto obligó á Allende á ir en busca de Hidalgo y de sus tropas, para ver si juntos determinaban el rumbo que habían de dar á la campaña. Recibido con muestras exteriores de cordialidad en Guadalajara, de acuerdo con la Junta de gobierno, allí establecida, enviaron al joven botánico Letona á los Estados Unidos en busca de protección, con carácter de ministro plenipotenciario. Pero apresado en la Huasteca, se suicidó, frustrándose por entonces la Embajada.

Entre otras determinaciones adoptadas por Hidalgo en la ciudad de Guadalajara, fué la de publicar el periódico titulado *El Despertador Americano*, especie de Gaceta donde él publicó algunos escritos, no todos los que le atribuyen, principalmente el dirigido contra los Edictos de la Inquisición y que revelan que no era lerdo ni manco para defenderse. Para sostener al excesivo ejército y para pagar al exorbitante número de oficiales, jefes y generales, cuyo coste no bajaría de treinta mil pesos diarios, no vaciló en echar mano

de los fondos eclesiásticos y de los españoles, con el pretexto de que la nación pagaría á su debido tiempo aquellos forzados anticipos, ó más bien expoliaciones. Y al proceder así, no pensó lo bastante que quedaba sin prestigio ni autoridad para reprimir los abusos de la misma índole de sus subordinados, abusos que él lamentaba platónicamente en su Proclama del 1.º de Diciembre. Pero de alguna parte había de sacar el dinero para tapar tantas bocas. Y puede decirse que con aquellos recursos se comenzó, prosiguió y terminó la Independencia Mejicana. Justo es añadir también que no siempre aquel dinero sirvió para pagar á los pobres indios, sino para el fausto, lujo y derroche de algunos de sus jefes.

Guadalajara parecía la corte de la nueva real familia independiente, en la que sobresalía y se destacaba la figura de Hidalgo con el título de Alteza Serenísima y su correspondiente y lucida escolta, vestida como los *Guardias de Corps*. Es curioso que en todo se remedase á la España, cuyo yugo se trataba de romper. Músicas, conciertos, bailes, banquetes, iluminaciones... eran como los preludios del *Mane, Thecel, Phares* de aquella nueva corte de Baltasar.

Parecía rehacerse y tomar nuevos bríos el partido de la independencia, después de los desastres sufridos en Aculco y Guanajuato. El noble é integérrimo general Jiménez, que honraba la causa de Hidalgo, se apoderó del Saltillo y dejó en plena libertad al realista general Cordero, librándole de las iras africanas del lego Villerías. Hecho digno de aplauso que granjeó

muchas simpatías á Jiménez, aun de parte de sus adversarios.

La permanencia de Hidalgo en Guadalajara se señaló de nuevo por el número de víctimas de más españoles muertos por su orden, á instancia de la plebe. Esto concluía de irritar y exacervar á Allende hasta el extremo de pensar en la conveniencia de envenenar al cura Hidalgo, con el fin exclusivo de concluir con aquellas hecatombes que tanto deshonoraba la causa de la independencia. Pero al saberse que Calleja estaba en marcha con dirección á Guadalajara y combinaba su plan de ataque con el ejército del general Cruz, tanto Allende como Hidalgo ya sólo pensaron en defenderse creyendo segura la victoria contra todo el ejército realista.

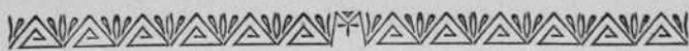
Y es verdad que tenían motivos para creerlo así. Cien mil hombres, veinte mil caballos, y unos cien cañones de distintos calibres, podían dar alientos á cualesquiera jefe para aventurar una batalla. Hidalgo, al despedirse de sus amigos de Guadalajara, se lisonjeó de ir «á almorzar en el Puente de Calderón, á comer en Querétaro y á cenar en México.»

Era el 17 de Enero de 1811. Calleja y el Conde de la Cadena, con seis mil hombres bien disciplinados se acercó al Puente de Calderón; y sin esperar al ejército de Cruz resolvió dar la batalla á los cien mil hombres de Hidalgo y de Allende, bien atrincherados con su artillería en una loma. No se explica tanta osadía por parte de Calleja, á no ser por la experiencia que ya tenía de la falta de táctica militar de los independientes, sobre todo en el manejo de la artillería.

Empeñada la acción, hubo críticos momentos de desmayo y retroceso por parte de los realistas, acosados en todas direcciones por aquellos enjambres de indios. Pero la presencia de Calleja en los sitios de mayor peligro, el disponer á tiempo y en mejor lugar los diez cañones con que contaba, y un doble y combinado ataque á la bayoneta sin dar tiempo á la caballería enemiga para que maniobrase á su placer, dió por resultado final la dispersión y el desorden de aquellos cien mil hombres, dejando el campo verdaderamente sembrado de cadáveres. El ejército realista hubo de saborear el triunfo de aquella batalla en medio de la tristeza de haber perdido á su segundo general, el Conde de la Cadena.

Llama la atención de cualquier sereno historiador, el ver que en ninguna de las acciones formales de guerra hasta entonces habidas, los independientes no tuvieran ni muertos ni prisioneros á ninguno de sus principales jefes y caudillos. ¿Sería que en los mayores peligros sabían éstos reservar sus apreciables personas para mejor oportunidad, dejando á los indios que fuesen carne de cañón?

Dejemos á Hidalgo con la pesadumbre de no haber podido aquel día cumplir su palabra de almorzar en Calderón, comer en Querétaro y cenar en México. Y dejemos también á Calleja entrar con su ejército triunfante en Guadalajara, donde se le recibió con el mismo fausto y alegría que antes se había recibido al ejército independiente. Los sucesos iban á precipitarse para los primeros caudillos de la revolución de una manera inesperada.



CAPÍTULO VI

PRISIÓN, PROCESO Y MUERTE DE LOS JEFES DE LA INDEPENDENCIA

ATRIBUYENDO Allende la derrota de Calderón á la impericia militar del cura Hidalgo, resolvió con otros jefes privarle del mando en la Hacienda del Pabellón, cerca de Zacatecas adonde caminaban las tropas destrozadas, pero sin que éstas pudieran apercibirse de tal cambio. Y desde entonces puede decirse que el cura Hidalgo, aunque con todos los honores externos de generalísimo, sólo era un prisionero de guerra de sus antiguos subordinados. Dirigiéronse por las Salinas, el Venado, Charcas, Catorce y Matehuala, degollando á cuantos españoles hallaban al paso. Al llegar al Saltillo, determinaron pasar á los Estados Unidos en busca de apoyo y protección para continuar la causa que habían abrazado con tanto empeño, quedando al frente de las tropas el licenciado Arrieta, D. Ignacio Rayón y D. José Mariano Liceaga. Ya no podía decir Allende que las matanzas eran debidas á la poca energía y falta de prestigio del cura Hidalgo.

☛ Comunicada la orden de marcha á los pueblos del

tránsito para que se les recibiera con los debidos honores y se les facilitaran recursos, esta noticia despertó en muchos la idea de que los jefes de la revolución iban huídos, y deseaban aumentar para sí los caudales que se habían allegado con destino á la causa de la independencia. Confiaba Allende demasiado en la fidelidad de los pueblos por donde había de pasar con toda su brillante comitiva, y dió muestras de conocer poco el humano corazón al salir del Saltillo sin las necesarias precauciones en tiempo de guerra.

Al llegar á la provincia de Texas, cerca de San Antonio de Béjar, fué aprisionado Aldama, que había tomado la delantera con carácter de embajador plenipotenciario, bajo el pretexto de no llevar los papeles en regla. El padre Zambrano y el teniente coronel don Ignacio Elizondo, disgustados del giro que había tomado la revolución, se valieron secretamente de los mismos ardides de Hidalgo para hacer una contrarrevolución. Y esperaron con muchos comprometidos la llegada de los expedicionarios á Monclova, en Acatita de Baján, el día 21 de Marzo. "Elizondo formó en batalla la mayor parte de su tropa, como para hacer los honores militares al paso de Allende y los demás jefes insurrectos, dejando á su retaguardia, en un recodo que hace allí el camino, un destacamento de cincuenta hombres, y adelantó otro á la vanguardia bien instruídos de lo que debían ejecutar" (1).

(1) Zamacois, tomo LXX, pág. 314.—Respecto de la prisión de Hidalgo y demás jefes existe una importantísima y curiosa relación de un testigo de vista, y se publicó en el tomo XX, página

Bien ajenos á tal emboscada, iban llegando en sus respectivos coches los caudillos de la Independencia, y según llegaban se les intimaba la rendición y los maniataban. Allende saltó del coche y tiró de pistola, llamando traidor á Elizondo, diciendo que él jamás se rendiría, al verse de aquella manera sorprendido. Pero fué inútil la resistencia. Las escasas tropas que como escolta llevaban Allende é Hidalgo se pasaron en su mayoría al partido de Elizondo; otras, como los artilleros, se hubieran defendido con los cañones á no ser por la enérgica é inmediata intervención de Hidalgo, á quien Elizondo amenazó con la muerte si no lo hacía. De esta manera dejaron en poder del mismo Elizondo á todos los caudillos y su riquísimo botín, el cual, sólo en metálico pasaba de millón y medio de pesos. "Los presos fueron conducidos á Monclova, y á su entrada se hizo una salva de artillería con la que se les había tomado, saludándalos el pueblo con las aclamaciones de ¡viva Fernando VII!, ¡mueran los traidores!, y pidiendo á gritos sus cabezas" (1). Así suele cambiar tan de repente la fortuna en todas las revoluciones.

Puestos á buen recaudo los jefes principales, unos en Monclova y otros, como Hidalgo, en Chihuahua, y fusilados en el acto algunos de menor graduación, se comunicó inmediatamente la noticia de tal acontecimiento á México, donde fué recibida con el albor-

416 en la Colección de documentos para la Historia de la independencia Mejicana.

(1) V. Bustamante, *Cuadro histórico*, tomo I, pág. 267.

zo que es de suponer, creyendo equivocadamente que así terminaría la revolución.

Se nombró una Junta ó tribunal militar, compuesta en su mayoría de mejicanos, para proceder con todas las garantías de las leyes y la mayor rapidez posible en la substanciación de las sumarias. Excepto el bandolero Marroquín, que mentía como un bellaco para librarse de la muerte, y también Abasolo, que á todo trance echaba la culpa á los demás, es indudable que todos los reos manifestaron ingenuidad y sencillez en sus declaraciones. Y no deja de llamar poderosamente la atención, al leer ahora con serenidad los procesos, que los reos, incluso Allende, echasen la culpa de todo y agravasen la responsabilidad del cura Hidalgo, mientras que éste, más sereno y resignado en la desgracia, no tuvo ni una palabra mortificante contra sus conmlitones. Sería menos guerrero y estratega, pero en presencia de la muerte demostró tener alma más grande que todos juntos.

En las tétricas soledades de la cárcel de Chihuahua, haciendo examen detenido de conciencia, como quien estaba próximo á presentarse delante de un Juez invisible é incorruptible, se despertaron por encanto las dormidas energías de su fe sacerdotal; debieron de cruzar por su mente en macabra procesión las fatídicas sombras ensangrentadas de las numerosas víctimas de Granaditas, del cerro de las Bateas y Alcojote, de Guadalajara ó Valladolid; y aterrorizado ante el recuerdo de escenas de lágrimas, de robos, de sacrilegios, de sangre, de luto, de desolación, imposibles de

describir...; no solamente declaró en su causa cuanto hacía al caso con verdad y sinceridad, sino que quiso el 18 de Mayo (dos meses y medio antes de morir) dar al mundo un noble y admirable ejemplo de espontáneo arrepentimiento, en un escrito memorable que, por ser suyo, gozará siempre en México los honores de la inmortalidad.

“¿Quién dará (exclama con estilo bíblico), quién dará agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos? ¡Quién pudiera verter por todos los poros de mi cuerpo la sangre que circula por sus venas, no sólo para llorar día y noche los que han fenecido de mi pueblo, sino para bendecir las interminables misericordias del Señor! Mis clamores debían de exceder á los que dió Jeremías instruído por el mismo Dios, para que levantando á manera de clarín sonoro la voz anunciara al pueblo escogido sus delitos; y con sentimientos tan penetrantes debía convocar al orbe entero á que vieran si hay dolor que iguale á mi dolor. ¡Mas, ay de mí, que no puedo expirar hablando y desengañando al mundo mismo de los errores que cometí! Mis días ¡con qué dolor los profiero!, pasaron veloces; mis pensamientos se disiparon casi en su nacimiento, y tienen mi corazón en un tormento insoportable.

“La noche de las tinieblas que me cegaba, se ha convertido en luminoso día; y en medio de mis justas prisiones me presenta, como á Antioco, tan perfectamente los males que he ocasionado á la América, que el sueño se ha retirado de mis ojos, y mi arrepentimiento me ha postrado en una cama. Aquí veo, no muy le-

jos, el aparato de mi sacrificio, exhalo cada momento una porción de mi alma, y me siento morir de dolor de mis excesos, mil veces antes que poder morir de una sola vez.

“Distante no más que un solo paso del tribunal divino, no puedo menos que confesar con los necios del libro de la Sabiduría: *luego erramos y hemos andado por caminos difíciles que nada nos han aprovechado*. Veo al Juez Supremo que ha escrito contra mi causas que me llenan de amargura, y que quiere consumirme por sólo los pecados de mi juventud. ¿Cuál será pues, mi sorpresa cuando veo los innumerables que he cometido como cabeza de la insurrección? ¡Oh, América, querida patria mía! ¡Oh, americanos, mis compatriotas, europeos, mis progenitores! ¡Compadeceos, compadeceos de mí! Yo veo la destrucción de este suelo que he ocasionado; las ruinas de los caudales que se han perdido; la infinidad de huérfanos que he dejado; la sangre que con tanta profusión y temeridad se ha vertido; y lo que no puedo decir sin desfallecer, la multitud de almas que por seguirme estarán en los abismos.”

Tal se reprodujo el alma del cura Hidalgo, al través del espejo de su pluma, en los supremos instantes de su vida. Tal aparécese, y no de otra suerte, el primer padre de la patria irredenta mejicana. A los hombres hay que considerarlos como son; no como algunos quisieran que hubiesen sido. Los hechos relatados no dan más de sí; y, á los hechos es preciso que la Historia se atenga. Esa proclama, tan sincera como elocuen-

te, ratificada delante de testigos el 7 de Junio de 1811 por el mismo interesado, podrá olvidarse ante las pasiones políticas de partido; pero jamás borrarse en los Anales de la Historia moderna Mexicana. Los que pretendan mutilar, atenuar ó explicar por sus conveniencias el pensamiento de Hidalgo, empequeñecerán al héroe en vez de engrandecerlo, y debieran de empezar por arrancar ó suprimir de sus estatuas la sotana y el solideo.

El 26 de Junio de 1811 fueron pasados por las armas en la plaza de Chihuahua los principales jefes militares de la Independencia D. Ignacio Allende, don Mariano Jiménez, D. Manuel Santamaría y D. Juan de Aldama. Los procesos de todos ellos son bastante conocidos y ninguna nueva luz puede arrojarse sobre los mismos. Recordando la frase de los célebres Comunes de Castilla en tiempos de Carlos V, al morir con cristiana resignación, pudieron haber exclamado como ellos estos héroes mejicanos: "Ayer fué día de pelear como caballeros; hoy es día de morir como cristianos."

D. Mariano Abasolo fué desterrado á Cádiz, donde murió, asistido por el ángel tutelar de su mujer, que tanto había trabajado para apartarle de la revolución.

Varios de los sacerdotes y religiosos apresados fueron distribuidos por diferentes conventos para hacer penitencia; y los más fueron fusilados en Durango.

Respecto de Hidalgo, aunque el Virrey Venegas deseaba que se le fusilase cuanto antes, fué requerido y reclamado con energía por la autoridad eclesiástica

para juzgarle como á sacerdote que era. Esto dió motivo á que se prolongase su vida algunos meses más, hasta que los Jueces eclesiásticos sentenciaron la degradación sacerdotal y la entrega del reo al brazo militar para ser fusilado el día primero de Agosto. Su cabeza, como la de Allende, Jiménez y Aldama, respectivamente, fué colgada de uno de los ángulos de la alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato, con cartelones infames, que mejor hubiera sido suprimir por inútiles é inhumanos, aunque entonces se creyó que eran necesarios para escarmiento y espanto de la multitud. No podía faltar en tales el correspondiente sermón, según costumbre de la época; y se creyó que con sermones del púlpito y la decapitación de los caudillos principales de la Independencia, ésta había concluído para siempre. Pero ya veremos cómo prosiguió más pujante, mejor organizada, más sangrienta y desoladora; despreciando los indultos que, como símbolo de debilidad, más bien que de clemencia, daba el Virrey Venegas y difundían sus generales (1).

Quedaría incompleto este capítulo si no dijésemos algunas palabras más en demostración del plan que Hidalgo se propuso, y que no fué otro que la independencia mejicana bien manifestada en las declaraciones del proceso. Por lo mismo que unos historiadores tan doctos y discretos como Alaman han puesto

(1) La forzosa y corta extensión de este estudio histórico, obliga á suprimir hasta los extractos de las causas formadas á los jefes de la independencia, las cuales constan en la interesante y confusa *Colección de Documentos* tantas veces citada.

este punto en tela de juicio, es preciso dejarlo bien aclarado con las mismas palabras del reo.

Las frases que con tanta frecuencia empleaba Hidalgo en sus proclamas y comunicaciones oficiales sobre el *yugo*, los *fierros*, las *servidumbres*, etc., con que España tenía sujeto al reino mejicano podían ya darnos alguna luz tocante al reojo con que miraba Hidalgo á la nación española, no en sí misma, sino en los que aquí desgraciadamente la representaban. Véanse algunas muestras, pues abundan, sin fijarnos en el estilo ni en la falta de verdad histórica de que algunas veces adolecen:

“El servil yugo y tiránica sujeción en que han permanecido estos feraces estados, el dilatado espacio de cerca de tres siglos; el que la dominante España, poco cauta, haya soltado los diques á su desordenada codicia, adoptando sin rubor el cruel sistema de su perdición y nuestro exterminio en la devastación de aquélla y comprometimiento de éstos; el haber experimentado que el único objeto de su atención en el referido tiempo sólo se ha dirigido á su aprovechamiento y nuestra opresión; ha sido el desconocido vehemente impulso que, desviando á sus habitantes del ejemplar, ó mejor diremos delincuente y humillante sufrimiento en que yacían, se alarmaron, nos erigieron en jefes y resolvimos á toda costa vivir en libertad de hombres ó morir tomando satisfacción de los insultos hechos á la nación“ (1).

(1) *Poder conferido* por el cura Hidalgo á D. Pascasio Ortiz de

“La nación, que tanto tiempo estuvo aletargada, despierta repentinamente de su sueño á la dulce voz de la libertad, corren apresurados los pueblos, y toman las armas para sostenerla á toda costa. Los opresores no tienen armas ni gentes para obligarnos con la fuerza á seguir en la deshonrosa esclavitud á que nos tenían condenados... Rompamos, americanos, esos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo; unámonos todos los que hemos nacido en este dichoso suelo; veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas, á todos los que no sean americanos“ (1). “Desde el feliz momento en que la valerosa nación americana tomó las armas para sacudir el pesado yugo que por espacio de cerca de tres siglos la tenía oprimida...” etc. (2).

*
**

Si esto no era tener en la mente un plan premeditado de independencia, no sabemos en realidad lo que significa. Lejos de rectificarse en la prisión al ser preguntado si sabía por qué estaba preso; dijo: “que aunque no se le ha dicho la causa, supone sea por haber tratado de poner en independencia este reino”. “Que

Letona para celebrar un tratado de alianza con los Estados Unidos. Está firmado por Hidalgo, Allende, Chico, Rayón, Salinas y otros; y lleva fecha del 13 de Diciembre de 1810.

(1) *Manifiesto* que D. Miguel Hidalgo hace al pueblo. Lo trae Bustamante en el *cuadro histórico*, tomo segundo.

(2) *Proclama* de D. Miguel Hidalgo, generalísimo de América-Guadalajara, 6 de Diciembre de 1810.

la expresada insurrección tuvo principio en el expresado pueblo de Dolores el día 16 de Septiembre próximo pasado, como á las cinco de la mañana; que los principales promotores de ella fueron el que declara y D. Ignacio Allende; que el declarante había tenido con anticipación varias conversaciones con D. Ignacio Allende acerca de la Independencia, sin otro objeto, por su parte, que el de puro discurso, aunque estaba persuadido de que la Independencia sería útil al reino y que los autores de tales empresas no gozaban el fruto de ellas". A la cuarta pregunta, contestó: "que su inclinación á la independencia fué lo que le obligó á decidirse con tanta ligereza y frenesí".

Y como se le preguntasen qué fundamento tuvo y han tenido los partidarios de la insurrección para calificar al Gobierno español de tiránico y despótico, que ha tenido esclavizada la América por trescientos años, etc., ingenuamente confesó: "Haber llevado el objeto de inspirar odio contra el Gobierno, no porque tuviese para ello un racional fundamento, sino porque le era necesario para sostener la empresa á que se había dedicado con ligereza, á la verdad, pero no sin inclinación, nacida de persuadirse que la independencia sería ventajosa al reino, corroborada con ver éste indefenso y expuesto á caer en poder de una potencia extranjera, especialmente de los franceses, á causa de una expresión que había leído en una *Gaceta* de México, en que se decía que América debía seguir la suerte de España".

Mas como el Juez le arguyese: "¿Cómo podía con-

ciliar su resolución decidida á la independencia con la ostentación que hacía del nombre de Fernando VII, destruyendo su real patrimonio y persiguiendo á un gran número de vasallos sin otro delito que el de ser europeos?" El cura Hidalgo sólo supo contestar que su ánimo fué siempre el poner el reino á disposición de Fernando VII, si salía de su cautiverio, que tal eran entonces sus intenciones, pero que no proveyó el estado de absoluta anarquía y despotismo á que las cosas se habían venido, y ahora había palpado por la experiencia que, seguramente, su empresa habría terminado por estas dos cosas, y por lo mismo, quisiera que á todos los americanos les hiciese saber esta su declaración, que es conforme á todo lo que siente en su corazón y á lo mucho que desea la felicidad de sus paisanos".

*
* *

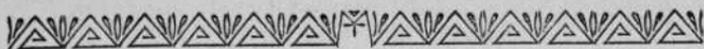
Creemos que basta con lo copiado para conocer claramente el interior del primer padre de la patria mejicana. En lo próspero como en lo adverso, en la obscuridad como en la luz de las distintas tinieblas que le agitaron, hay que atenerse á sus declaraciones, aunque resulten contradictorias en la apariencia. La idea madre que de todas ellas se desprende y salta á la vista del atento observador, es su amor resuelto y decidido á la independencia, sin medir los peligros y las dificultades de la empresa, y aún sabiendo que él no gozaría el fruto de la misma, lo cual es mas heroico.

Substanciada la causa, el Asesor letrado cargó en la

cuenta personal del cura Hidalgo el número de *cuatrocientos once* homicidios en españoles indefensos é inocentes, sin contar las mortandades que en acciones de guerra habían causado las tropas. Sobre tales cimientos de sangre empezó á levantarse el edificio de la nación americana.

Acerca de esta independencia no deja de ser curiosa la observación que hace el juicioso historiador D. Lucas Alaman. Advierte él, y á su exclusiva responsabilidad lo dejamos, que la conquista de México la hicieron los extremeños, ayudados de los indios, y que la pérdida de México para España fué llevada á cabo por los indios; excitados y dirigidos por españoles criollos, por oriundos de la Vasconia, pues casi todos los principales jefes de la insurrección eran descendientes de padres vascongados. Es decir, que el Centro une y el Norte separa.





CAPITULO VII

CONTINÚA LA GUERRA. — CONJURACIÓN EN MÉXICO
CONTRA EL VIRREY VENEGAS.—LA JUNTA SUPREMA
DE ZITÁCUARO.—EL CURA MORELOS.

LEJOS de apaciguarse la insurrección con la muerte y soflamas de tardío arrepentimiento de los primeros caudillos, tomó un vuelo extraordinario, principalmente en las provincias del centro y en las lindantes con los Estados Unidos. Parecía que de repente se había puesto *chile* en la flemática sangre de los mexicanos. Prueba inequívoca de que la idea se había apoderado de muchos cerebros, y que el ambiente era á propósito para desarrollarla.

Así como en España los franceses no tenían más terreno propio que el que pisaban, así en México las tropas realistas sólo eran dueñas de los pueblos y ciudades adonde llevaban sus armas al principio victoriosas, dejando los mismos focos de insurrección en el momento que las abandonaban. De poco les habían servido sus triunfos anteriores. Careciendo de hombres y de recursos, que era también imposible esperar de España en aquellos supremos instantes, no po-

dían acudir á sofocar los incendios en todas partes, por falta de bombas y de bomberos.

Los independientes iban aprendiendo de la madre Patria el secreto de la guerra ó el sistema de guerrillas, que solía desconcertar á sus temibles adversarios. Y si al principio hubieran adoptado aquí tal sistema, no habrían tenido que lamentar los frecuentes descalabros de las formales batallas empeñadas con las enormes é indisciplinables muchedumbres de indios, desposeídas de jefes inteligentes, pero ahora las cosas habían cambiado. Tanto el Virrey Venegas como Calleja, Trujillo y Cruz, iban á habérselas con enemigos de distinta táctica. La insurrección cundía como reguero de pólvora. Se había paralizado la agricultura, la industria, el comercio, todo, en fin. Nadie pensaba más que en atacar ó defenderse y en aprovecharse de las circunstancias que, á la verdad, en el fondo iban siendo ventajosas y favorables para la causa de la independencia, no obstante las primeras y relativas derrotas.

Alderredor de la ciudad de México se había hecho una formidable zanja para impedir cualquier sorpresa. Pero dentro de la misma población unos cuantos conjurados, amantes de la independencia, formaban á la sordina otra zanja ó trama más temible para apoderarse del Virrey y de las autoridades y entregar la ciudad al saqueo, la muerte y la rapiña.

Eran jefes ó cabezas de esa conspiración el Licenciado D. Antonio Barrer y tres religiosos Agustinos llamados Juan Nepomuceno, Castro Negreiros y Ma-

nuel Rosendi. Solían tener las juntas secretas en una casa del callejón de la Polilla y comunicarse también sus secretos en el mismo Convento de San Agustín, hoy convertido en Biblioteca Nacional.

El plan era apoderarse el 3 de Agosto de la persona del Virrey cuando saliese á dar su acostumbrado paseo por las afueras de la ciudad. Se contaba con muchos complicados en el negocio, la mayor parte pertenecientes á la hez del populacho, y algunos granaderos, á los cuales exhortó la víspera el P. Castro á ejecutar la temeraria empresa diciéndoles: «Muchachos, con el valor se hace todo.» El tal P. Castro era Superior del Convento. Así se explica lo que después se averiguó; esto es, que no pocos de aquellos religiosos estuviesen complicados en la conjura. Descubierta el complot el mismo día 3 de Agosto por la mañana, fueron presos los principales conjurados, incluso los religiosos Agustinos, formándose los correspondientes procesos, que dieron por resultado la muerte de Ferrer con otros cinco conjurados y la degradación sacerdotal y el destierro á Manila de los tres Agustinos, á los cuales no se ahorcó por una excesiva lenidad del Virrey (1), en lo que algo influyeron los Obispos de Puebla, Oaxaca y Monterrey para que no se diese en México el triste espectáculo de ser

(1) V. *Causa de los Agustinos de México que resultaron culpados en la conspiración del 3 de Agosto de 1811.*—Se halla manuscrita en el Archivo de la Catedral de Puebla, tomo VI.—De esta causa han hablado ya los historiadores Alaman, Bustamante y Zamacois, extractándola solamente.

ahorcados tres religiosos, no obstante que los jueces deseaban hacer un escarmiento.

Todas las clases de la sociedad rivalizaron en significar sus simpatías al Virrey; pero nada de eso desvirtuaba el auge que iba adquiriendo la insurrección, la cual hacía vivir á todos alerta, como si estuviesen sobre el cráter de un volcán en ebullición.

Ya no era posible seguir forjándose ilusiones respecto al carácter del levantamiento, que no tenía otro fin que el de independizarse México de España. Los eufemismos y las hipocresías iban pronto á desaparecer ante el más claro y resuelto modo de obrar del célebre cura Morelos.

D. Ignacio López Rayón, que había quedado como jefe de las tropas independientes, quiso poner algún orden y concierto en aquella anarquía, donde todos pretendían ser generales y mandones, menos al frente del enemigo, que entonces sólo sabían huir, dejando á los indios como carne propicia de cañón. Y á ese fin, estableció en Zitácuaro una Junta Suprema de Gobierno, compuesta del mismo Rayón, de Liceaga y de Verduco, para la recta administración de justicia y poner algún dique á tantos desmanes.

Al saberlo el Cura Morelos, que operaba en el Sur con buen éxito, aprobó la idea de la Junta; resolvióse á prestarle su eficaz apoyo; pero quiso conocer el plan que se adoptaría para lo sucesivo, sobre todo si había de seguirse abusando del nombre de Fernando VII, pues eso le parecía á él un engaño y un arma que no debía emplearse. La Junta le contestó el día 4 de Sep-

tiembre de 1811 que no tuviese tales escrúpulos, que el invocar el nombre del Rey de España «les había surtido el mejor efecto, pues con tal política se había conseguido que muchas de las tropas de los europeos, desertándose, se hayan pasado á las nuestras; y que, al mismo tiempo, alguno de los mismos americanos, vacilantes por el vano temor de ir contra el Rey, sean los más decididos partidarios que tenemos... Nuestros planes, en efecto, son de independenciam; pero diremos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que, en suma, viene á ser un ente de razón» (1).

Para neutralizar los efectos de dicha Junta é impedir que las tropas insurgentes vencedoras en Zitácuaro se derramasen por Toluca, el general Calleja publicó el 28 de Septiembre un bando en Guanajuato poniendo á precio la cabeza de Rayón y de cualquier otro individuo de la Junta Suprema, amenazando ir pronto contra ella al frente de sus tropas, aunque temía que con este paso se perdiese el fruto en las provincias reconquistadas, con San Luis y Guanajuato. Pero tenía que obedecer las órdenes apremiantes del Virrey y emprendió la marcha á Zitácuaro dispuesto á jugarse la parte por el todo.

La buena suerte continuaba sonriendo al general Calleja, aunque veía su ejército harto disminuido y quebrantado por las anteriores batallas y las enfermedades.

(1) Esta importante carta fué impresa más tarde en la *Gaceta*, y la copiaron Bustamante y Alaman en sus respectivas obras.

La ciudad de Zitácuaro se hallaba bien fortificada por la artillería, rodeada de un ancho foso, y defendida por treinta y cinco mil hombres. El primero de Enero de 1812 se presentó el general realista sobre las montañas que la dominan, y al ver en el horizonte una nube en forma de palma, que los marinos suelen llamar *rabos de gallo*, se volvió al coronel D. José Echegaray, diciéndole: «Echegaray, vea usted la palma, nuestra es la victoria.»

Esta frase corrió velozmente entre los soldados, animándolos á la lucha; de ella hizo un uso indebido más tarde el P. Díaz Calvillo, oratoriano, escribiendo un libro sobre tal tema, atribuyendo el hecho á milagro de la Virgen de los Remedios, lo cual, con razón, fué recibido á chacota por los insurgentes.

Lo cierto es que Calleja cayó con sus tropas sobre la importante villa como verdadera furia, con quien deseaba hacer el último esfuerzo y escarmiento. El día 2 de Enero entraba con su Ejército por las calles de la población, llevándolo todo á sangre y fuego, apoderándose de cuarenta y tres cañones, de las dos fundiciones de artillería y de un rico y cuantioso botín. Y no satisfecho con esto, mandó que todos los vecinos abandonaran la ciudad para reducirla á cenizas, como así lo hizo en su nombre el Conde de Casa Rul, jefe principal del ejército de Calleja. Pero los individuos de la Junta Suprema, que era á quienes con más interés deseaba Calleja apresar, habían huido muy á tiempo, refugiándose en Tlalchapa.

Los sucesos para la causa realista no caminaban con

viento tan próspero en la parte del Sur, donde im-
peraba y maniobraba el genio militar del cura D. José
Maria Morelos y Pavón, causando serios disgustos á
los generales españoles. Discípulo de Hidalgo en
cuanto á las letras, podía Morelos haber sido maestro
suyo, y de todos los jefes independientes en la ciencia
difícil ó arte de guerrear. Era el hombre superior que
la causa de la independencia necesitaba. Frio, sereno,
reflexivo, organizador, amante de la disciplina del sol-
dado, miraba impassible cualquier desastre de forma,
con tal de obtener alguna ventaja en el fondo, que fué
al principio entretener y mermar las fuerzas y los re-
cursos á sus adversarios, fatigándoles y distrayéndolos
á la vez en varias partes. Los más famosos cabecillas
ó guerrilleros españoles, cuyas hazañas llenan los
anales de la Historia en la guerra napoleónica, pare-
cían haber refundido su espíritu en Morelos para que
luchase contra España. Hay que hacerle justicia. Sin
él, la causa de la independencia hubiera sucumbido
para siempre con Hidalgo y Allende (1). De padres
humildes, nació Morelos en Valladolid (hoy Morelia
por su apellido) el día 30 de Septiembre de 1765. Fué
vaquero durante su juventud, y á los veinticinco años
emprendió los estudios indispensables para hacerse
Sacerdote, adquiriendo en propiedad el Curato de
Carácuaro. Al estallar la revolución fué á ver á su an-

(1) Para la biografía de Morelos puede verse con fruto la im-
portante monografía que acaba de publicar el Dr. D. Antonio Pe-
ñafiel titulada *Ciudades, colonias y capitales de la República me-
xicana*. — México, 1909;

tigo maestro el cura Hidalgo para inquirir el objeto que perseguía con su levantamiento. Hidalgo le manifestó sin ambages que no tenía otro fin que de hacer la independencia mexicana, aprovechando la ocasión de hallarse desterrado en Francia el Rey Fernando VII. Y desvaneciendo algunos escrúpulos que Morelos tenía, sobre todo respecto de las excomuniones, logró atraerle hacia la causa, nombrándole Coronel y Lugarteniente suyo, para hacer un levantamiento en el Sur, comenzando la empresa con veinticinco hombres mal armados del pueblo de Carácuaro, á los cuales se unieron pronto en Zacatula cincuenta jinetes de tropa regular, mandados por el capitán D. Mariano Martínez, y otras pequeñas milicias destacadas en varios pueblos.

Al poco tiempo ya tenía Morelos á sus órdenes tres mil hombres mejor armados y equipados que los de Hidalgo; y, sobre todo, pudo contar con gente más seria é influyente que, como los Galeanas, contribuyeron á sublevar toda la costa del Sur con facilidad pasmosa.

Asombra, verdaderamente, el abandono en que España tenía las milicias y guarniciones principales del reino de México. Los gobernantes españoles, fiados en la paz que aparentemente disfrutaban sus colonias, ni siquiera barruntaron la posibilidad de un levantamiento. Y lo peor fué que ni aun después de la independencia mexicana escarmentaron para guarnecer y fortificar mejor otras colonias, exponiéndolas siempre á las ambiciones y osadías de cualquiera nación en un *casus belli*.

Y no era de extrañar, por tanto, que el Virrey al saber los triunfos de Morelos en Acapulco, en Tres Palos y en Tixtla, comprendiera que la insurrección iba tomando un carácter más general y formidable que cuanto al principio se había imaginado. No teniendo tropas con qué acudir á tantos puntos atacados, vió con sorpresa que Morelos con las armas cogidas á los mismos realistas, se extendía victoriosamente por las provincias de Oaxaca, de Puebla y el Norte de México, indefensas por completo.

Cuando Morelos gozaba con estos triunfos, que le hicieron en tan poco tiempo tan temible y tan famoso, una secreta conspiración de algunos de sus mismos subalternos, resentidos en sus ambiciones de mando, vino á poner en peligro la vida del héroe que el resto de sus tropas aclamaba. Noticioso Morelos de la conjura tramada contra él, con la flemma y serenidad que siempre le distinguió, se presentó con su escolta en el campamento, deshizo la conjuración, y á pretexto de una comisión reservada que fingió dar para Oaxaca á dos de los principales conspiradores, fueron éstos fusilados en el camino sin más averiguación. Desde entonces no volvió á alterarse en su campo la disciplina militar.

¡Ojalá hubiera sabido conservar de igual modo la disciplina moral de sus costumbres! Entonces la historia imparcial no tendría más que elogios para su nombre. Pero el historiador Alaman, y en este punto están conformes otros historiadores, le achacan algunas debilidades y flaquezas que dieron por resultado

varios hijos naturales en otras tantas mujeres desconocidas de su pueblo. Tal vez se arrepintiese después; pues consta que jamás entraba en un combate sin antes haberse confesado, como quien iba á morir en el fragor de la lucha.

Respecto á su honradez en el manejo de los caudales de la causa independiente, siempre se manifestó integérrimo, y hasta si se quiere escrupuloso. Lo cual no fué pequeña virtud en aquellos días de pillaje y vandalismo universales.

Tal es, á grandes rasgos, la fisonomía moral del principal héroe de la independencia mexicana. Es hora de relatar sus hechos más culminantes hasta el momento de su muerte.





CAPÍTULO VIII

CABOS SUELTOS.—LAS CORTES DE CÁDIZ Y EL CONGRESO
DE CHIPALCINGO.

Los que tengan el mal gusto de buscar en la historia, no el espíritu que suele informarla, sino las guerras, las desolaciones y todos los males que constituyen su secuela, pueden prescindir en absoluto de la lectura de este capítulo; aunque juzgamos que será de los más sustanciales para conocer el estado de los ánimos en la empresa acometida. Más que las batallas es preciso estudiar las tendencias que armaron aquellos brazos hasta vencer ó morir. La tenacidad en la guerra, sólo era reflejo de la tenacidad y aferramiento de la idea que les movía al deseado fin.

Cuarenta y ocho acciones de guerra, nada menos, se habían visto en menos de un año (1). Y todas ellas no pudieron quebrantar la constancia y el vigor de los combatientes. Al principio del año de 1812 se enviaron de España tres batallones bien disciplinados, de aquellos que en cien combates habían mostrado

(1) V. Extracto de 48 batallas desde el 22 de Febrero al 18 de Septiembre, según los partes de D. José Cruz. — *Documentos*, tomo V, pág. 167.

su valor contra las tropas aguerridas de Napoleón. Y nada práctico consiguieron.

Empezaban las Cortes de Cádiz á preocuparse seriamente del giro que aquí tomaban los sucesos, y mucho más al recibir las dos exposiciones del Consulado Mexicano, las cuales despertaron una verdadera tempestad, calmada únicamente por la palabra de Cadpmany, y la intervención pacífica del Presidente Giraldo. Algunos diputados doceañistas habían creído tontamente que el levantamiento mejicano no tenía la importancia que otros le daban. Hasta llegaron á pensar que con las cataplasmas de los discursos que allá se pronunciaban, tan elocuentes como faltos de práctico sentido, los males de México y las demás colonias se curarían. Y otros, aunque más experimentados, imaginaron también que con la intervención de Inglaterra se lograría un armisticio.

Y en efecto, esta idea cundió, ya fuese propuesta por la Gran Bretaña ó ya por algunos Diputados. Unos y otros desconocían casi por completo el verdadero estado de los espíritus. De todas maneras, se intentó el remedio. El día 19 de Julio de 1811 se firmó un Tratado entre España é Inglaterra para que ésta sirviere de intermediaria con las colonias sublevadas (1). Durante quince meses se depondrían las armas por uno y otro bando, para oír y atender á los sublevados en las reclamaciones que se estimasen justas. Si pasado ese tiempo no se llegaba á un arreglo, entonces Ingla-

(1) V. *Colección de Documentos*, tomo II, pág. 112.

terra quedaría obligada á suspender todo trato con las provincias disidentes, y ayudar á España para reducir-las á su deber. De ese modo, por lo menos, se reconocía á México la beligerancia.

Era ilusorio imaginar que tanto México como la Argentina, y Cuba, que entonces empezó también á moverse, y á quienes sin disputa hacia alusión el Convenio, se aviniesen á admitirlo. Porque real y verdaderamente en el fondo del asunto no se trataba de vengar agravios concretos contra la metrópoli; sino de sustraerse á su dominio. Y esto se halla bien patente en las declaraciones de Morelos, sin los eufemismos y reticencias en que se habían embozado otros jefes.

A lo menos el cura Morelos tuvo el cívico valor de presentarse en la palestra con la visera alzada, sin importarle que algunos desertaran de sus filas como le insinuaba Rayón, cuya conducta aparece bastante equívoca, vista á la luz de los documentos contemporáneos. Y esto mismo puede afirmarse del famoso Doctor Cos, quien sólo por despechos de amor propio entró en la insurrección, á la cual antes había combatido. No conviene levantar ídolos en el severo templo de la Historia.

Ni el envío de las tropas españolas, ni el anuncio de la próxima liberación de Fernando VII, ni los desastres que en algunas provincias mejicanas tuvieron los independientes, lograron apagar los entusiasmos de éstos por la causa que defendían; ni pudieron impedir que se reuniesen los principales caudillos en el célebre *Congreso de Chipalcingo* para dar á la idea de la inde-

pendencia el carácter de estabilidad que necesitaba. Allí debía redactarse todo un programa de gobierno, ponerse orden en la anarquía imperante de que tanto se lamentaba el cura Morelos. Aquel Congreso había de ser como la luz y el norte que orientase á los espíritus en medio de la confusión de mandos, de tendencias y aspiraciones. Morelos, cuya fama de intrépido guerrero había crecido extraordinariamente, no sólo con sus acciones del Sur, sino de un modo especial durante el sitio de Cuatla haciendo frente al ejército de Calleja, era el hombre indicado para el nombramiento de Generalísimo. Y ese título se le dió casi por unanimidad al iniciarse el tal Congreso.

Comunicada oficialmente la noticia á Rayón en 18 de Septiembre de 1813 para que le reconociese, procedióse á discutir las bases de la primera *Constitución Mexicana*, previo el discurso de apertura que estuvo á cargo del mismo Morelos, ninfa Egeria, y alma y brazo principal de todo aquel estado de cosas.

El discurso de apertura no puede tener más miga é importancia para la filosofía de la Historia. Morelos no hizo otra cosa que sacar las consecuencias de las doctrinas sustentadas por las Cortes de Cádiz, y cuya Constitución del año doce había sido inmediatamente promulgada en México en medio de regocijos y fiestas... oficiales. A la Constitución gaditana, principio de todos los males que luego aquejaron á la nación española, y fundamento de una nueva época histórica para la misma, opusieron los independientes mejicanos otra Constitución, como quien alza cátedra contra cá-

tedra, sin perjuicio de tomar de aquélla conceptos y hasta frases que aplicaban á las necesidades de este país.

Por lo mismo que los acuerdos y leyes formuladas en el Congreso de Chipalcingo no son bastante conocidas, bueno será extractarlas y copiar algunos párrafos, aunque no sea más que como mera curiosidad histórica.

Empezó diciendo Morelos en su discurso de apertura: «Nuestros enemigos se han empeñado en manifiestarnos hasta el grado de evidencia, ciertas verdades importantes que nosotros no ignorábamos, pero que procuró ocultarnos cuidadosamente el despotismo del Gobierno bajo cuyo yugo hemos vivido oprimidos: tales son... *Que la soberanía reside esencialmente en los pueblos... Que transmitida á los monarcas, por ausencia, muerte ó cautividad de éstos, refluye hacia aquéllos... Que son libres para reformar sus instituciones políticas siempre que les convenga... Que ningún pueblo tiene derecho para sojuzgar á otro, si no precede una agresión injusta...* ¿Y podrá la Europa, principalmente la España, echar en cara á la América como una rebeldía este sacudimiento generoso que ha hecho para lanzar de su seno á los que al mismo tiempo que decantan y proclaman la justicia de estos principios liberales, intentan sojuzgarla tornándola á una esclavitud más ominosa que la pasada de tres siglos? ¿Podrán nuestros enemigos ponerse en contradicción consigo mismos, y calificar de injustos los principios con que canonizan de santa, justa y necesaria su actual revolución contra el Emperador de los franceses?»

«¡Gracias á Dios que el torrente de indignación que ha corrido por el corazón de los americanos les ha arrebatado impetuosamente, y todos han volado á defender sus derechos, librándose en las manos de una Providencia bienhechora que da y quita, erige y destruye los imperios, según sus designios! Este pueblo oprimido, semejante con mucho al de Israel trabajado por Faraón, cansado de sufrir, llevó sus manos al cielo, hizo oír sus clamores ante el solio del Eterno, y compadecido éste de sus desgracias, abrió su boca y decretó, en presencia de los serafines, que el *Anahuac fuese libre*. En el pueblo de Dolores se hizo oír esta voz muy semejante á la del trueno; y propagándose con la rapidez del crepúsculo de la aurora y del estallido del cañón, he aquí trasformada la presente generación en briosa, impertérrita, y comparable con una leona que atruena las selvas, y buscando sus cachorrillos se lanza contra sus enemigos, los confunde y persigue. No de otro modo, la América irritada y armada con los fragmentos de sus cadenas opresoras, forma escuadrones, organiza ejércitos, instala tribunales y lleva por todo el continente sobre sus enemigos la confusión, el espanto y la muerte.»

«¡Manes de las Cruces, de Aculco, Guanajuato y Calderón de Zitácuaro y Cuatla! ¡Manes de Hidalgo y Allende, que apenas acierto á pronunciar, y que jamás pronunciaré sin respeto, vosotros sois testigos de nuestro llanto! ¡Vosotros que, sin duda, presidís esta augusta asamblea, meciéndoos plácidos en torno de ella... recibid, á la par que nuestras lágrimas, el más solemne

voto que á presencia vuestra hacemos en este día de *morir ó salvar la Patria.*» (1) «Pero nada emprendamos ni ejecutemos para nuestro bienestar, si antes no nos decidimos á proteger la Religión y también sus instituciones; á conservar las propiedades; á respetar los derechos de los pueblos; á olvidar nuestros mutuos resentimientos, y á trabajar incesantemente por llenar estos objetos sagrados...» «Vamos á restablecer el Imperio Mexicano, mejorando el gobierno; vamos á ser el espectáculo de las naciones cultas que nos observan; vamos, en fin, á ser libres é independientes. Temamos el inexorable juicio de la posteridad que nos espera; temamos á la Historia que ha de presentar al mundo el cuadro de nuestras acciones; y así ajustemos escrupulosamente nuestra conducta á los principios más sanos de la religión, del honor y de la justicia...»

Así habló el segundo y más glorioso padre de la Patria independiente. Y, á la verdad, que no podría haber hablado de otro modo el tribuno más patriota y elocuente. En sus acentos y periodos más rotundos y entusiastas, parécese oír como un eco de la inconsciente y separatista musa de Quintana, el confeccionador ardoroso de la Proclama celebérrima y la Oda á los americanos.

El discurso de Morelos era nada más que una especie de frontispicio al templo de las Leyes sanciona-

(1) *Documentos*, tomo V, pág. 163.

das, el 22 de Octubre del mismo año 1814 en Apatzingan, con el título de *Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana* (1). Y por ser el reflejo del pensamiento de aquellos primeros padres de la Patria, es oportuno dar aquí también un pequeño extracto de tal Constitución por si no conviniese olvidarla á los descendientes de aquellos héroes en el transcurso de los tiempos.

Hombres de constancia y de fe en un ideal, aquellos hombres comprendieron que así como la religión, según ellos la entendían, les había movido á empuñar las armas para lograr la independencia, así también esa misma religión debía ser la base principal y unitaria sobre la cual se alzase el edificio de las Leyes para no exponerse con el tiempo á nuevas guerras por motivos religiosos.

Por eso, sin duda, y porque del corazón les nacía, asentaron en el primer capítulo que: «La religión católica, apostólica, romana es la única que debe profesar el Estado».—Y no se contentaron aquellos legisladores con que la religión católica fuese la única del Estado, sino que, además, en cuanto á los individuos, sería requisito indispensable el profesar la misma religión si querían ser ciudadanos mexicanos. Véase el capítulo tercero: «Se reputan (dice) *ciudadanos* de esta América todos los nacidos en ella.—Los extranjeros radica-

(1) Idem. *Colección de Documentos*, tomo V, pág. 703 y siguientes. En el mismo tomo, pág. 214, se halla el *Acta de la Independencia*.

dos en este suelo que profesaren la religión católica, apostólica, romana, y no se opongan á la libertad de la Nación, se reputarán también ciudadanos de ella, en virtud de carta de naturaleza que se les otorgará, y gozarán de los beneficios de la Ley.—La calidad de ciudadanos se pierde por crimen de herejía, apostasía y lesa nación. Los transeuntes serán protegidos por la sociedad... con tal que reconozcan la soberanía é independencia de la Nación, y respeten la religión católica, apostólica, romana.»

. A continuación de esta base, viene la otra no menos explícita sobre el concepto de la soberanía que encierra la idea más amplia acerca del origen de todas las democracias, á saber: «La facultad de dictar leyes y establecer la forma de gobierno que más convenga á los intereses de la sociedad, constituye la soberanía. «Esta soberanía (artículo V), reside originalmente en el pueblo, y su ejercicio en la representación nacional compuesta de Diputados elegidos por los ciudadanos bajo la forma que prescriba la Constitución. El derecho de sufragio pertenece, sin distinción de clases ni países, á todos los ciudadanos en quienes concurren los requisitos que prevenga la Ley.»

Tampoco está mal pensado ni redactado el siguiente artículo IX que es una bellísima teoría: «Ninguna nación tiene derecho para impedir á otra el uso libre de su soberanía. El título de conquista no puede legitimar los actos de la fuerza. El pueblo que lo intente debe ser obligado por las armas á respetar el derecho convencional de las naciones.»

Ni son menos dignos de llamar la atención los tres siguientes artículos del capítulo V: «Ningún género de cultura, industria ó comercio puede ser prohibido á los ciudadanos, excepto los que forman la subsistencia pública.—La instrucción, como necesaria á todos, debe ser favorecida por la sociedad con todo su poder.—En consecuencia, la libertad de hablar, de discurrir y de manifestar sus opiniones por medio de la imprenta, no debe prohibirse á ningún ciudadano, á menos que en sus producciones ataque el dogma, turbe la tranquilidad pública, ú ofenda el honor de los ciudadanos.»

Causa extrañeza que tan serena y sabia legislación se redactase y promulgase entre el silbido de las balas y el estruendo de los cañones. Hasta en esto se parecieron los congresistas de Chipalcingo y Apatzingan á los Diputados doceañistas de Cádiz. Con una diferencia: que la legislación mejicana, sin disputa ni apasionamientos, tiene puntos de vista más altos y prácticos que la Constitución de Cádiz. En lo que más se parecieron fué en legislar en dos distintos *Sinats*, oyendo en lo más bajo de sus faldas el fragor del combate y el rugido de los pueblos para quienes legislaban.

Si aquellas Cortes y este Congreso hubiesen sido profetas, al descender sus individuos del nuevo Sinaí, indignados habrían roto como Moisés las novísimas Tablas de la Ley para no servir de escarnio á los fu-

turos legisladores.—De todas maneras, algo aprovechará á las presentes y venideras generaciones el mirarse en el espejo de aquellos primeros padres de la Patria; y ahora que con pompa se va á celebrar el primer centenario de la independencía, es de creer que los hijos agradecidos no olvidarán el pensamiento culminante y los consejos de tales padres.





CAPÍTULO IX

CAMPAÑAS DE MORELOS

CON las campañas de Morelos podía escribirse un libro parecido al que nos dejó Bustamante con las de Calleja, aunque no tan favorable. Pero téngase en cuenta que en una historia compendiada no pueden permitirse tales lujos que, por otra parte, resultan fatigosos para el lector; pues las batallas suelen parecerse siempre las unas á las otras, y su descripción detallada no reporta grandes enseñanzas para la historia.

Algo engreído Morelos con sus triunfos sobre varios jefes realistas, como Paris, Cosío, Fuentes, Recacho y otros á quienes había hecho abandonar toda la costa del Sur hasta el Mexcala, porque no contaban con medios suficientes para hacerle verdadera resistencia; y reforzado su ejército con el apreciable contingente de los Galeanas, Matamoros y los Bravos, se consideró con bastantes energías para sostener en Cuatla el ímpetu del primer general realista, Calleja, al cual hasta entonces nadie había logrado resistir. Estaba empeñado el amor propio de Calleja en derrotar á su más te-

rrible rival, juzgando equivocadamente que Cuatla era el último y más formidable reducto en que la causa de la independencia se guarecía, según se lo comunicaba al Virrey al demandarle con urgencia artillería gruesa de batir.

Tres meses y medio duró el sitio de Cuatla, durante el cual así Morelos como los Bravos, los Galeanas y Matamoros, demostraron una táctica y sangre fría que desesperaban y desconcertaban á Calleja, llegando éste á temer con fundamento que sus tropas, ya bastante enfermas y debilitadas, se indisciplinasen. Calleja, en sus partes al Virrey, y con su acostumbrada exageración al relatar sus hechos de armas, se comparaba nada menos que con César en el sitio de Munda. Pero (la verdad sea dicha), ni él era ningún César, ni tampoco Morelos tenía nada de aquel Pompeyo que se ufanaba de hacer brotar los ejércitos del fondo de la tierra al herirla con su pie.

Puede decirse que Calleja desplegó todo su arte militar para rendir á Cuatla, acordándose sin duda del adagio conocido: "Ciudad sitiada, ciudad tomada". Pero, por desgracia para él, no logró tomarla por asalto, ni siquiera por capitulación ó rendición. Morelos, que después de tan prolongado asedio se vió privado de víveres y con sus tropas atacadas de una epidemia, que luego se extendió por otros pueblos, supo burlar la vigilancia de Calleja (también enfermo de un ataque de bilis) para emprender en una noche oscura del día 2 de Mayo de 1812 la salida de sus tropas con buen orden y en medio de un absoluto silencio, que

nos recuerda la salida de Hernán Cortés de México en la célebre *Noche Triste*. Apercebidos algo tardíamente los sitiadores de aquella estratagema, lanzó Calleja su caballería contra los fugitivos, haciéndoles no pequeña carnicería, sin atender á que estuvieran muchos de ellos indefensos; pero no logró apoderarse de los caudillos como era su propósito. Morelos fué defendido bizarramente por su escolta, la cual prefirió morir con tal de que su amado jefe se salvase.—La particularidad del prolongado sitio de Cuatla consiste en que Morelos llegó á organizar un batallón de niños, capitaneados por un hijo suyo de doce años, llamado Juan Nepomuceno Almonte, el cual, con un valor impropio de su edad, condujo á sus compañeros de armas hasta las mismas trincheras en varias ocasiones.

No desmayó el jefe independiente por aquella contrariedad, que para él tenía todos los caracteres de un triunfo, pues no fué pequeño el de saber huir de aquella ratonera en que se había metido voluntariamente. Y reuniendo á su disperso ejército, y aumentándolo hábilmente con nuevos soldados de la Tierra Caliente por donde pasaba, en especial de Puebla, que empezaba á fermentar y simpatizar con la revolución, se preparó á nuevos encuentros. La ocupación de Tehuacán, sus expediciones por Otumba, la toma de Orizaba y principalmente la de Oaxaca, de cuya ciudad huyó vergonzosamente el Obispo Bergosa, electo Arzobispo de México, dieron á Morelos mayor nombradía de experto general. Y aunque no solía ensañarse con los vencidos, su nombre llegó á pronunciarse con

espanto en todas partes donde amenazaba entrar. En Oaxaca se contentó con fusilar á los primeros jefes, como Régules, Saravia, Bonavía y Aristi, con algunos otros de menor significación; pero dejando en libertad al resto de los españoles, de quien se convenció de que nada debía temer. Y quizá lo mismo hubiera hecho con el Obispo Bergosa, de no haber abandonado su grey en aquellos criticos momentos. Morelos solemnizó su entrada triunfal en Oaxaca con dos funciones religiosas, una en la iglesia de Belenitas y otra en la Catedral con sus respectivos sermones; y luego procedió á tomar á todos juramento de obediencia á la Junta de Zitácuaro, que entonces andaba errante y fugitiva. En aquella solemnidad estrenó el flamante uniforme de Generalísimo que Matamoros le había regalado, con el cual se le ve en sus retratos, y que luego fué enviado al Museo de Artillería de Madrid (1).

Con el cuantioso botín recogido en Oaxaca pudo, no solamente premiar espléndidamente á sus soldados, sino atender á los gastos de guerra para lo sucesivo, y apoderarse de toda aquella fertilísima provincia, causando verdadero asombro al mismo Virrey y á sus algo desconcertados subalternos. "La ocupación de Oaxaca, dice muy bien Alaman, y de su rica provincia, cambiaba enteramente el aspecto de la revolución. Toda la grande extensión de la costa del Sur desde Tehuantepec á las inmediaciones de Colima estaba en poder de los insurgentes." Y respecto al rumbo que luego

(1) V. Alaman: *Historia de México*, t. 30, pág. 327. Nota 25.^a.

tomaron las campañas de Morelos, puede consultarse con fruto el mapa recientemente publicado en la obra ya citada del Sr. Pimentel.

El mismo Morelos comprendió exactamente la suma importancia de su ventajosa posición cuando decía á Rayón en una carta: "Ya no estamos en aquel estado de aflicción, como cuando comisioné para los Estados Unidos al inglés David con Tavarés, en cuyo apuro les cedía la provincia de Texas. Ya estamos en predicamento firme. Oaxaca es el pie de la conquista del reino. Acapulco es una de las puertas que debemos adquirir y cuidar como segunda después de Veracruz, pues aunque la tercera es San Blas, pero adquiridas las dos primeras ríase usted de la tercera. Hasta ahora voy consecuente con lo que prometí y expliqué á esos pueblos. He obrado con conocimiento. Ellos han depositado su suerte en mi conducta; no puedo engañarlos, por que mil infiernos no serían capaces de castigar mi maldad. No quiero dejarlos empeñados, ni menos sacrificarlos: soy cristiano, tengo alma que salvar, y he jurado sacrificarme antes por mi patria y mi religión, que desmentir un punto mi juramento" (1).

Lo que hacía falta averiguar era si Morelos podría resistir un choque á campo descubierto con las tropas adictas á España, y que tanto valor habían demostrado siempre. Por el momento no pudo luchar con el general Calleja, que había sido nombrado Virrey en sus-

(1) V. Carta del 17 de Febrero de 1813. Alaman: t. 30, página 342.

titución de Venegas, llamado á España con el pretexto de que hacía más falta allí. Y natural era que Calleja ocupase los primeros meses de su mando enterándose de los asuntos de gobierno, los cuales por desgracia, y según los datos que él mismo imprudentemente publicó en la *Gaceta* de 24 de Abril, no podían ser más lastimosos. Las deudas del Gobierno virreynal pasaban de treinta millones de pesos, agotados todos los fondos públicos, los arbitrios comunes y algunos extraordinarios, y sin dinero para armas, municiones y vestuario del soldado. Aquello era verdaderamente el estertor de la agonía del Gobierno virreynal, de lo cual hábilmente se valieron Morelos, Osorno, Rayón, Liceaga, Cos, Aguila, los Villagranes y otros para dilatar por todas partes la insurrección, interrumpiendo las comunicaciones de varias provincias con el Centro.

Entre las varias determinaciones que Calleja tomó en los primeros meses de su mando para cumplir las órdenes de España, pueden contarse estas tres: poner en práctica la Constitución de Cádiz, menos lo relativo á la libertad de imprenta que entonces juzgó inoportuna; la supresión del tribunal de la Inquisición, á quien sin embargo luego veremos salir del sepulcro con permiso de su sepulturero, para luego morir definitivamente; y las elecciones populares, para renovar el Ayuntamiento de México. Todo lo cual, lejos de calmar los ánimos, los irritó más, aumentando el descontento contra la metrópoli al ver los primeros resultados de la famosa Constitución gaditana.

Con malos auspicios iba á entrar de nuevo Calleja

en campaña, aunque no por sí mismo, sino comisionando para ello á sus principales lugartenientes. Pasado el tiempo de las lluvias y formalizado en su mente el plan de desalojar á Morelos de los puntos conquistados, se emprendió la campaña. Pero no contó con la rapidez del ejército independiente al frente de Morelos, el cual, como hemos visto, también tenía sus planes aunque luego resultaron descabellados; comenzando por atacar la plaza fuerte de Acapulco y la isla de la Roqueta, defendidas por D. Pedro Antonio Vélez. Cuatro meses duró, con las peripecias que son de rigor en esos trances, el sitio de Acapulco, comenzado en 6 de Abril en que Morelos quiso indemnizarse con creces de la pérdida de Cuatla. Y bastante hizo Vélez con resistir tanto tiempo sin tener auxilios ó refuerzos de Calleja.

Sin citar para nada los relatos, algo extravagantes de la toma de Acapulco descrita por Rosains y otros, no menos exagerados que el *Diario* del sitio de Cuatla por el brigadier realista Sanz Espinosa, diremos sencillamente que al entregarse la guarnición con todos los pertrechos de guerra y en condiciones aceptables ante los reiterados ataques de Morelos, tanto vencedores como vencidos fraternizaron en un banquete, donde hubo sus correspondientes brindis. El de Morelos no pudo ser más breve ni más significativo: "*Brindo por España, sí; ¡viva España! pero España hermana, y no dominadora de América*" (1).

(1) V. *Ciudades y Colonias*, por el Doctor Peñafiel, pág. 85.

Frases tan sencillas no solamente encerraron su pensamiento, sino que debieron ser como el compendio y el eco de la historia de las futuras relaciones de América con España, siempre que haya sentido común en sus respectivos gobernantes.

En Acapulco se presentó á Morelos la bizarra amazona Doña María Manuela Molina, natural de Tasco, india brava que, llevada de su amor á la independencia iba capitaneando una compañía de hombres, al frente de los cuales había entrado y salido ilesa de siete combates. Y esta hembra es algo más digna de recordación en la historia, por sus épicas hazañas, que la famosa Corregidora, de quien han hecho una especie de ídolo algunos mexicanos exagerados, mal avenidos con la seriedad histórica. La historia debe ser imparcial en todo; y ya es hora de que la sensatez y la crítica independiente se abran camino por entre algunos cerebros, si no se quiere dar motivo de risa á los extraños.

Con razón están conformes los historiadores en afirmar que el empeño de Morelos en sitiar y tomar á Acapulco, dando á esta plaza una importancia que estaba muy lejos de tener, fué el principio de sus desgracias y de que poco á poco se fuese eclipsando su buena estrella militar.

¡Quién lo diría! Iturbide, el gran Iturbide, el que no tardando había de formar con Hidalgo y Morelos una especie de trinidad histórica en la independencia mexicana, había sido comisionado por Calleja, á las órdenes de Llano, para picar la retaguardia al ejército

independiente, triunfante en Acapulco. Y ambos contendientes, Morelos é Iturbide, hijos de Valladolid, iban á medir sus armas á las puertas de la misma ciudad que los había visto nacer. Hay, realmente, en la historia de la independencia de México cosas peregrinas y estupendas que no tienen parecido con otra alguna, y que tardarán todavía algún tiempo en aclararse por las pasiones de partido enemigas de la verdad. Las acciones de guerra llamadas de la garita del Zapote y de las lomas de Santa María, en que el atrevido Iturbide en vez de un reconocimiento empenó toda una batalla, penetrando de noche hasta el campamento de Morelos y poniendo en fuga á él y sus soldados, y finalmente, la batalla de Puruarán (4 de Enero de 1814) tan desastrosa para el ejército independiente, contribuyeron á que el aura popular de Morelos se desvaneciese algo. Allí pelearon, por parte del ejército realista, Llano, Iturbide y Aguirre con los famosos *Fieles* de San Luis de Potosí, contra el núcleo principal del ejército de Morelos, comandado por Rayón, Galeana, Bravo y Matamoros, que fué hecho prisionero y fusilado en Valladolid. Y de esas acciones militares dice en compendio Rosains, el secretario de Morelos, las siguientes significativas palabras: "En toda esta expedición á Valladolid se cometieron tantos errores, cuantos Calleja, disfrazado, no pudiera inventar".

Y el sesudo historiador Alaman añade por su cuenta lo siguiente que no deja tampoco de encerrar alguna exageración: "La batalla de las lomas de Santa María, más que una función de guerra, se asemeja á las

ficciones de los libros de caballería, en que un paladín embestia y desbarataba á una numerosa hueste: en ésta Iturbide, con trescientos sesenta valientes, acomete en su propio campo á un ejército de veinte mil hombres acostumbrados á vencer, con gran número de cañones; y vuelve triunfante entre los suyos, dejando al enemigo en tal confusión que, realizándose la fábula en que la fecunda imaginación de Ariosto finge que la discordia conducida por el arcángel San Miguel por orden de Dios, se introduce al campo de los moros y hace que éstos se destruyan peleando entre sí, los insurgentes combaten unos con otros y llenos de terror se ponen todos en fuga, el primero Morelos con su escolta llamada de los cincuenta pares, abandonando artillería, municiones y todo el acopio de pertrechos para venir á ponerlo en poder del enemigo. En vano Matamoros, Galeana, Bravo, Cesma y algunos otros, trataron de contener á los que huían, casi todos los abandonaron; no pudiendo reunir doscientos hombres de tan gran multitud, tuvieron que ceder al impulso general" (1). Mas no fué eso lo peor; sino que Morelos con los dispersos que luego pudo reunir se aventurase á aceptar la batalla de Puruarán contra el parecer de todos sus oficiales, para verles completamente derrotados. No se explica tanta ceguera en un hombre que en otras ocasiones había demostrado ser prudente y hábil general.

Morelos, como en desquite de no haber podido sal-

(1) V. Alaman: T. 4.º, pág. 6.

var la vida de su intrépido y fiel Matamoros, al llegar á Tlacotepec, acordó, con el Congreso, fusilar á los doscientos prisioneros españoles que tenía en las costas de Acapulco. Pero en esa acción indigna, tan culpable fué él como Calleja, por no admitir el canje. Con razón dice el Sr. Peñafiel: "De nada había servido para hombres como Calleja la gloriosa acción de Don Nicolás Bravo, dando libertad á los prisioneros españoles, después que su padre fué ahorcado en el Ejido de la ciudad de México" (1). La verdad es que por una y otra parte había excesos reprensibles y que aquello se iba convirtiendo en una guerra sin cuartel, muy propia de tiempos en que las pasiones estaban tan incendiadas.

Iba á acontecer con Morelos lo que con su antecesor Hidalgo: esto es, que Rayón y aun los individuos del Congreso trataran de deponerle del mando militar y aun enviarle á que dijese misas en su antigua parroquia de Carácuaro. ¡Veleidades de los hombres que sólo buscan los éxitos del momento! Al saberlo Morelos, se mostró digno de sí, manifestando que si no servía como general, se le admitiera como soldado.

Privado del mando militar ya no podían recaer sobre él las responsabilidades de ulteriores hechos de armas, sino sobre la Junta ó *Comisión permanente del Congreso*, emprendiendo todos la marcha de Uruapán el 29 de Septiembre con dirección á Temascaltepec,

(1) *Ciudades y Colonias*, pág. 86.

creyendo que desorientarian al ejército realista, dispuesto á batirles dondequiera que encontrase á los restos del ejército independiente. Pero en Texmaslaca descubrió y alcanzó el realista Concha á Morelos con su gente, no teniendo más remedio éste que aceptar la batalla (5 de Noviembre de 1815), que para él sería la última. Mas al llegar á este punto tan delicado como importante, será mejor dejar que hable el historiador Sr. Orozco y Berra en su biografía de Morelos que acaba de reimprimir el Sr. Peñafiel en su obra ya citada, página 91:

«Morelos había hecho que los individuos del Congreso, Gobierno y Tribunal de Justicia, con todos los bagajes, se adelantasen todo cuanto pudieran; y para proteger su retirada, retardando el avance de los realistas ocupó dos alturas sucesivas con trozos de su gente, que sin tirar ni un tiro se retiraron al aproximarse aquéllos. Obligado por fin á empeñar una acción, presentó en las lomas contiguas su línea de batalla, dividida en tres cuerpos: el de la izquierda bajo las órdenes de D. Nicolás Bravo, el de la derecha á las de Lobato, y se reservó para sí el centro, en que colocó los dos cañones de corto calibre que tenía. En el mismo orden dispuso Concha el ataque: el capitán Gómez, con los Fieles de Potosí y dragones de España, cargó reciamente la izquierda de los insurgentes, que se sostuvo por algún tiempo; pero habiéndose puesto en fuga el ala derecha, atacada por las compañías realistas de diversos pueblos, y el centro, sobre el cual avanzó la infantería, compuesta de destacamentos de Fer-

nando VII, Zamora, Fijo de Veracruz y Tlaxcala, el desorden vino á ser general y todos tomaron la fuga. Morelos la emprendió por un cerro grande contiguo á la loma en que había formado con el centro de su gente, llevando consigo uno de los dos cañones, que tuvo que abandonar perseguido por la caballería realista. Metióse entonces por una cañada acompañado de pocos, y habiendo indicado la dirección que llevaba uno de los prisioneros por salvar su vida, se quedó solo, habiendo dicho á los que le acompañaban que se salvaran como pudieran; y para hacer él lo mismo se apeó del caballo para quitarse las espuelas y ocultarse entre las breñas con más facilidad á pie. Alcanzó entonces el teniente de la compañía de realistas de Telcuaquilco, D. Matías Carranco, con algunos de los suyos, el cual había servido bajo las órdenes del mismo Morelos cuando ocupó todo el Sur. Este, al verlo, le dijo sin alterarse; «Sr. Carranco, parece que nos conocemos»... Y Concha no se empeñó en seguirlos, hecha la presa importante de Morelos, que era el objeto principal de todos sus afanes.

De ese modo Morelos expuso su vida por salvar á la Junta del Congreso que acababa de quitarle el mando de derecho, aunque no de hecho, porque en aquellos instantes supremos de fuga ¿quién podía haber sustituido á Morelos con ventaja? La algazara y alegría que se armaron en el campo vencedor con la prisión del Generalísimo no tuvieron límites. Los jefes y oficiales del ejército realista se desvivían en Tenago, no por obsequiar, sino por ver al cura Morelos

como un bicho raro. Villasaña fué á visitarle también con el teniente coronel Concha cuando estaba la pieza de la prisión llena de oficiales, llevados por la misma curiosidad, entablándose entre ellos el siguiente diálogo, que nos ha transmitido Orozco y Berra, y que revela el carácter del león enjaulado:

—¿Me conocé usted, señor cura?—A lo cual Morelos, ya fastidiado con tantas visitas importunas, respondió:

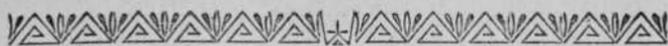
—No conozco á usted.

—Pues yo soy Villasaña, y mi compañero, el señor Concha. Pero dígame usted. ¿Si la suerte se hubiera cambiado y me hubiera usted cogido á mí ó al señor Concha?...

—Yo les doy—exclamó Morelos con intrepidez—dos horas para confesarse, y los fusilo.

—Pues las tropas del Rey no son tan crueles; dan cuartel.

Sin embargo, estas palabras fueron desmentidas en seguida por los hechos del mismo Concha, mandando fusilar á veintisiete prisioneros en presencia de Morelos y de Morales, reservándose solamente á estos dos últimos, como sacerdotes, para ser juzgados y fusilados en mejor ocasión y con más aparato. El día 22 de Noviembre entraban juntos en México, en un coche, escoltados por las tropas, de Concha, para encerrarlos en las cárceles secretas de la Inquisición. Y en seguida tanto ésta como la jurisdicción unida de la autoridad militar y eclesiástica, empezaron los correspondientes procesos de que vamos á hablar.



CAPITULO X

PROCESOS Y MUERTE DE MORELOS

NUNCA más que ahora necesita el historiador de toda serenidad y sangre fría para juzgar imparcialmente de este acontecimiento á la clarísima luz que arrojan los abundantes y numerosos datos, así impresos como manuscritos. Los procesos de Morelos y su muerte reportan graves y utilísimas enseñanzas á la historia, que nadie debe desperdiciar y que con valor vamos á exponer, pretendiendo que el fallo sea del todo en todo definitivo.

No uno, sino tres procesos diferentes se formaron al segundo padre de la Independencia mexicana. Y para proceder con método, aunque alterando un poco el orden cronológico de los mismos, empezaremos por el de la Inquisición.

No se explica fácilmente cómo el Virrey Calleja, que un año antes había dado la puntilla, por orden de España, al Tribunal del Santo Oficio, apoderándose de sus bienes, le permitió luego salir del sepulcro para juzgar á Morelos. Ni se explica tampoco el afán del Inquisidor Flores en querer llevar alguna vela en aquel

entierro de la justicia, el último á que públicamente asistió. ¡Y con qué inoportunidad! Diríase que la Inquisición mexicana había, por unos momentos, resucitado para sentenciar á Morelos y luego volverse al sepulcro á esperar allí el fallo de la Historia. Porque, aunque hubiese hecho algunos méritos durante su vida, fué una lástima para su buen nombre el que no supiera morir con mayor dignidad.

Aunque se había encerrado á Morelos en las cárceles secretas de la Inquisición mexicana, no entraba en los planes del Virrey que dicho tribunal juzgase al reo, sino el tenerle más seguro allí, por no existir otro sitio para los presos sacerdotes. Mas al saber el Inquisidor general que Morelos iba á ser juzgado por el tribunal mixto de la Jurisdicción eclesiástica y militar, no quiso ser menos en la importancia de causa tan ruidosa. Y, rebajándose de un modo inconcebible, escribió á Calleja, el 23 de Noviembre, suplicándole le permitiera intervenir en aquel asunto, porque «La intervención de aquel tribunal podría ser muy útil y conveniente á la honra y gloria de Dios, al servicio del Rey y del Estado y quizás el medio más eficaz para extinguir la rebelión y conseguir el imponderable bien de la pacificación del reino con el desengaño de los rebeldes en sus errores» (1).

¡Estériles ilusiones! Lo que se pretendía con eso era hacer pasar á Morelos por hereje, lo propio que se había hecho con Hidalgo. Condescendió el Virrey, y

(1) V. *Colección de Documentos*, t. VI, pág. 11.

la Inquisición en pleno procedió rápidamente á tomar al reo las correspondientes declaraciones. Ciertamente dicho tribunal no puso grillos ni cadenas en los pies y manos de Morelos; pero iba á ponérselos en el alma con el sambenito de herejía. ¡Desastroso afán de mezclar y amalgamar las cosas espirituales con las temporales! Morelos, acosado á preguntas, unas veces insignificantes y otras insidiosas, que nada tenían que ver con las armas, respondió clara, serena y contundentemente á todas ellas en número de veintitrés (1). Y, sin embargo, el Tribunal, después de tres días, falló: «Que el Presbítero Don José María Morelos era *hereje formal negativo*, fautor de herejías, perseguidor y perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los Santos Sacramentos, traidor á Dios, al Rey y al Papa, etcétera.», condenándole á ser desterrado al Africa en el caso improbable de que se le perdonara la vida.

Y á la verdad; considerados hoy los cargos y las respuestas á la luz de la Historia y de la Teología, sería difícil sostener la justicia de tal sentencia, que pudiera convertirse en sentencia contra la misma Inquisición. Aparte la conducta moral del reo en sus años anteriores á la revolución, de cuya conducta dió muestras de haberse después arrepentido, no hay en el Proceso inquisitorial ni una sola prueba plena que pueda justificar la nota infamante de *hereje formal*, y menos con el curioso y hasta contradictorio adita-

(1) V. *El Cenzontli*, Análisis de los cargos hechos al Sr. Morelos por la Inquisición. T. VI de la *Colección*, pág. 74 y siguientes.

mento de *negativo*. Si ni en sus cartas y proclamas, pláticas ó conversaciones había jamás combatido proposición alguna acerca de la fe, ¿cómo podía llamársele además, *fautor* de herejes, y dónde se hallaban los testigos imparciales que tales cosas depusieran, y el defensor de oficio que llevase la voz contraria? Aquello fué un juicio *á priori*, fruto espontáneo de la precipitación y ofuscación que llevaban consigo las pasiones de partido entonces imperantes. ¡Mal terminó su historia la Inquisición de México!

Con mayor madurez, tino y circunspección, y sobre todo con mayor caridad procedió el Tribunal mixto. Calleja era refractario á tales mixturas, y él hubiera cortado en seguida por lo sano fusilando al reo sin más que atenerse á la letra de la Ley Marcial. Pero la autoridad eclesiástica justamente se interpuso, no porque creyese ni pretendiese salvar á Morelos de una muerte segura, sino porque éste era sacerdote y se hacía preciso salvar los fueros de la jurisdicción. Con tal motivo hubo sus dimes y diretes entre ambas potestades, los cuales constan en los trámites del Proceso, y que juzgamos inútiles para la historia. Viniendo á resultar que para mayor rapidez en las declaraciones, se formase el llamado Tribunal mixto, con todo el aparato y formalidades que eran del caso para una causa de tal índole y un reo de tal cuenta.

Presidían dicho tribunal el subdecano de la Audiencia y auditor de la Capitanía general, D. Miguel Bata-ler; y el Provisor del Arzobispado Dr. D. Félix Flores Alatorre. Y no teniendo Morelos defensor, se le dió

por tal al joven abogado y seminarista D. José María Quiles, el cual para ser tan joven no desempeñó mal su importante papel (1).

Comenzó el proceso el 22 de Noviembre, á las once de la mañana, y hechas las preguntas generales, respondió que tenía cincuenta años y dos meses de edad, ser originario de Valladolid y español: que había tomado las armas con el fin de la independencia, y que le había hecho prisionero la división del comandante Concha en la *Temalaca*, el día cinco del corriente. Y contestando luego á las demás preguntas del proceso declaró: que si se batió con las tropas realistas, fué creyendo que eran tropas de España, pero no del Rey; pues tanto él como los que le seguían ignoraban que el Rey Fernando hubiese vuelto á España, y aun en aquel mismo momento lo ponía en duda. Que de todas maneras, él había peleado por la Independencia; y aunque el Rey no hubiese vuelto á España, como era muy probable que volviera *napoleonizado*, estaba dispuesto á seguir combatiéndole á *bandera negra* hasta lograr la Independencia mexicana. Que por eso mismo, y como consecuencia, había mandado acuñar moneda á nombre de la Nación, y por orden de la Junta de Zitácuaro. Que en los principios de la revolución no pudo prever se siguiesen tantos estragos; que se iba desengañando de que la Independencia era impo-

(1) Las noticias que aquí damos, están tomadas directamente de sus fuentes: *Causa de Morelos hasta su degradación*. Archivo de la Catedral de Puebla, tomo VI. — Idem. *Colección de Documentos*, tomo VI, pag. 51 y sig.

sible, por falta de recursos y de avenencias entre sus partidarios; y así, hasta pensó retirarse á Nueva Orleans ó Caracas, «ó si se le proporcionaba á la antigua España para presentarse al Rey Nuestro Señor, si es que se había restituido, á pedirle perdón.»

Respecto á las excomuniones que varios Obispos le habían lanzado, dijo: que no las consideraba válidas, «ni hizo aprecio de ellas, porque se calificó que no podían imponerse á una Nación independiente, como debían considerarse los que formaban el partido de la insurrección, si no es por el Papa ó algún Concilio general.»

Tocante á la pregunta de si firmó y juró la constitución americana, manifestó que sí; aunque no concurrió á su formación, sino es á los últimos artículos de ella, y que si no se nombraba en la misma á los Obispos, era porque se les creía contrarios.

Ahora bien; dos son, á nuestro modo de ver, las acusaciones más graves que á la continua le hicieron, y en las cuales puede compendiarse todo lo demás, 1.^a, el crimen de alta traición; y 2.^a, la desobediencia ó rebeldía á los señores Obispos, principalmente á su propio Prelado.—A la primera contestó que no creyó haber incurrido “en el delito de alta traición cuando se decidió por la Independencia, por cuanto al principio no había Rey en España contra quien se pudiera cometer ese delito; y como se halló después comprometido en la revolución, contribuyó con su voto á la declaración que se hizo en el Congreso de Chipalcingo de que nunca debía reconocerse á Fernando VII, ya

porque no era de esperar que volviese, ó ya por que si volvía había de ser *contaminado*. Pero que antes de votar, lo consultó con las personas más instruídas que seguían aquel partido, y le dijeron que era justo por varias razones, de las cuales una era la culpa que se consideraba en su Majestad por haberse puesto en manos de Napoleón y entregándole la España como un rebaño de ovejas.»

Y por lo que atañe á la segunda, dijo «Que en no haber oído las amonestaciones y requerimientos de los prelados eclesiásticos, se confiesa culpado; pero que al Sr. Abad y Queipo no le reconoció por legítimo Obispo por las razones que antes tiene indicadas, y otras que se contienen en un manifiesto que dió á luz el Dr. Cos sobre *defectos de Natales* (1); y también porque habiendo sido presentado por las Cortes, no reconociendo á éstas, tampoco debía reconocer á aquél.»

El abogado defensor resumió la defensa del reo en estas palabras: «Los crímenes del reo son incalculables, así por su número como su enormidad; pero séame lícito decir que todos han tenido por madre á la ignorancia, é ignorancia excusable... No ha sido injuriado Fernando, sino sus vasallos de una y otras Españas creídos por Morelos defensores de un Gobierno intruso, ó de un Fernando degenerado de su antigua

(1) El folleto del Dr. Cos tiende á probar que Abad y Queipo no era hijo legítimo; aunque el Obispo publicó otro, procurando demostrar lo contrario. El final que tuvo Queipo, procesado por la Inquisición española, más bien pertenece á la historia de España.

virtud. El error, señores, en este desgraciado eclesiástico, ha producido los inmensos males que lloramos, más bien que su odio á los españoles y á nuestro común Rey. Me ha dicho el reo que por medio del señor coronel Concha ha propuesto al Virrey que como se le perdone la vida, descubrirá planes con los que en poco tiempo se pacifique la América, y que repita á Vuestras Señorías la misma propuesta, la cual no me parece digna de despreciarse; por que según asientan los criminalistas, este es el caso en que se debe usar de clemencia, perdonando á un delincuente por salvar á una comunidad ó pueblo, ó porque de su perdón resulte mayor bien á la sociedad.»

En veinticinco horas terminó la causa el Tribunal mixto (1), pasando inmediatamente á la jurisdicción exclusivamente militar, comisionando á Concha como juez y á D. Alejandro Arana como secretario para que averiguasen de Morelos algunos secretos de la revolución, por considerarlos útiles al Gobierno. El cuestionario que Calleja propuso contiene veintiuna preguntas, y puede decirse que son las más importantes é indispensables para la historia auténtica del desarrollo de la revolución. Al contestar á ellas Morelos, dejó á todos los historiadores noticias sumamente apreciables sobre sus hechos de armas más culminantes, ya fuesen favorables ó ya adversos. De los tres procesos que se le formaron, este resulta, sin disputa, el más curioso y necesario para la historia. Mas por ser muy

(1) V. *Colección de Documentos*, t. VI, pág. 11.

largo no es posible ni siquiera extractarlo aquí, aunque en capítulos anteriores hemos dado algunas noticias de él tomadas. Pero convendría hacer una tirada aparte del mismo como complemento á la biografía Moreleana, cuando ésta llegue á escribirse con entera imparcialidad.

De poco sirvió, sin embargo, al caudillo de la Independencia su ingenuidad en las declaraciones de cada uno de los *tres Procesos*. El Tribunal militar le condenó á ser pasado por las armas, y á que su cabeza se pusiese en una jaula de hierro para ser exhibida como escarmiento ante el pueblo estupefacto. Y entonces fué cuando el Arzobispo Ponte y todas las autoridades eclesiásticas de México dirigieron al Virrey Calleja un documento gravísimo, tierno y elocuente, abogando por el indulto con toda clase de razones, divinas y humanas. Lo único que se consiguió fué impedir la brutal amputación de la cabeza del reo para meterla en una jaula y que antes de fusilarle se procediera á la degradación canónica sacerdotal, y se le diera el tiempo necesario para hacer unos ejercicios espirituales.

El 22 de Diciembre, á la una de la mañana, fué sacado de las cárceles secretas de la Inquisición y metido en un coche para ser conducido al parque de artillería, antiguo palacio llamado de San Cristóbal de Ecatepec, que se hallaba cerca del Santuario de Guadalupe. Iba acompañado Morelos de su confesor el Padre Salazar y rezando los salmos *Miserere* y *De profundis*, sin perder jamás la serenidad de espíritu

que siempre le distinguió. Al llegar al sitio del suplicio, volvió á reconciliarse, se vendó él mismo los ojos con un pañuelo blanco, y se hincó de rodillas esperando la descarga fatal que le privó para siempre de la vida.

*
* *

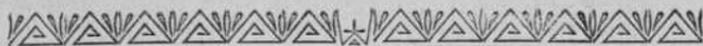
Ni las promesas de Morelos, amante de su vida, para revelar planes secretos que terminasen con la revolución, ni las razones expresivas de su abogado, ni los clamores del Ayuntamiento de México, ni las súplicas reiteradas de las autoridades de la Iglesia, lograron ablandar las entrañas del Virrey Calleja en aquellos críticos momentos para evitar la efusión de sangre. ¡Insigne torpeza á que contribuyeron las imprudentes amenazas que la Junta revolucionaria dirigió al Virrey asegurándole que le quitarían la vida si privaba á Morelos de la suya! Estas amenazas con el resultado de los procesos fueron remitidas por Calleja al Gobierno español en espera de que éste aprobara su conducta. Y efectivamente, el Ministro de la Guerra, Marqués de Campo Sagrado, con fecha 26 de Diciembre de 1816, contestó en nombre de Fernando VII aprobando el fusilamiento de Morelos (1).

Por su parte el Arzobispo de México envió también á la corte española una pesadísima y larga exposición de aquellos acontecimientos para que el Rey aprobara su modo de proceder, á lo cual no sabemos

(1) V. *Colección de Documentos*, t. VI, pág. 220 á la 269.

si se dignó contestar. Lo cierto es que la ejecución de Morelos, aunque fuese vindicación de la justicia, lejos de calmar los ánimos, contribuyó á irritarlos é incendiarlos más, preparando de ese modo el terreno para otros acontecimientos no menos graves que vamos á relatar.





CAPÍTULO XI

CONTINÚA DESALENTADA LA REVOLUCIÓN EXPEDICIÓN DE MINA



CON los datos que tan desinteresadamente dió Morelos á la jurisdicción militar, pudo apreciarse que la Revolución contaba con unos veinticinco mil hombres, mejor ó peor armados, dispuestos á continuar la lucha en la mayor parte de las provincias del reino mejicano; pero no con el brío y entusiasmo de antes. El mismo Morelos declaró ingenuamente que el jefe que más confianza le inspiraba, por su valor y estrategia, era Terán, á quien seguía Bravo. Después de éstos, seguían otros de más ó menos prestigio, en número casi incontable, preparados á seguir la lucha de guerrillas hasta donde sus fuerzas y recursos lo permitieran, sin hacer mérito por el momento del indulto amplísimo de Calleja. Entre esos jefes guerrilleros seguían abundando los sacerdotes, en cuyo ánimo nada influyó de pronto el desastroso fin de Hidalgo y de Morelos. Pero si el Gobierno virreinal no abundaba en recursos para mantener la guerra, no estaba más próspera la causa de la Independencia. El cansancio por una y otra parte comenzaba á dejarse sentir, aunque el tesón les obligase á continuar.

Para animar á los independientes, había publicado el Dr. Cos una soflama anunciando el recibo de auxilios, de hombres y armamentos venidos de los Estados Unidos; pero no llegó la noticia á confirmarse, á pesar de la indiscutible simpatía que éstos tenían por el triunfo de la Revolución mejicana, bien manifestada en las promesas incumplidas de Humbert y el Doctor Robinson.

El Virrey tomó sus medidas para batir á los insurgentes en varios puntos, sin darles tiempo á que se comunicasen entre sí, y dió el encargo de hacerlo, en los Llanos de Apán, al afortunado Coronel Concha, que había hecho la prisión de Morelos, y que desde entonces, por orden de Calleja, emprendió una campaña verdaderamente encarnizada, sin dar cuartel á cuantos caían en sus manos, ó de sus subordinados Rafols, Donallo, Rubin de Celis y otros no menos sanguinarios, á cuyos actos contestaron los independientes con idénticas represalias, como era natural, sin respetar ya ni las iglesias, que en algunos pueblos fueron incendiadas con espanto de los mismos indios, no menos afectos á éstas que á sus antiguos *Teocallis*. El haber destruído el independiente Osorno la iglesia é imágenes del pueblo de Tenango, hizo que hasta las mujeres se levantaran armadas contra las tropas insurgentes, librándose algunas refriegas ó escaramuzas, en que mostraron su valor varias indias tan enérgicas como Vicenta Castro, Ana Cuevas y la joven María Cordero, vecina de Tutotepec, la cual, capitaneando á tres hermanos suyos, dió muerte á cinco insurrectos

de los quince que la atacaron. Y hechos tan elocuentes no debe ocultarlos ninguna historia que se precie de imparcial. El resultado de todo esto fué que Osorno se vió precisado á abandonar los Llanos de Apán, y que muchos empezasen á acogerse al indulto de Calleja.

Tampoco iban siendo más afortunadas las armas independientes en la Huasteca. El Padre Villaverde, agustino y cura de Mextitlán, con su división de realistas, aumentada con indios armados de hachas y flechas, recobró en poco tiempo para la causa de España toda la región de aquel distrito fusilando sin misericordia á muchos prisioneros y concediendo el indulto á otros que juzgaba menos comprometidos.

Más heroica y llena de peripecias, aunque de escasos resultados prácticos, fué la atrevida expedición de Terán desde Oaxaca hasta las costas de Veracruz, en compañía del famoso norteamericano é historiador Mr. William Davis Robinson, para recibir de éste los cuatro mil fusiles que se había prometido á entregarle en cualquier puerto libre. A pesar del peligro que corrió Terán en el rio de Huaspala, en que vió ahogarse á no pocos de sus soldados, todavía tuvo valor para hacer frente á las tropas realistas de Topete y Núñez Castro, rechazándolas con ventaja y logrando llegar á Tehuacán. Robinson fué hecho prisionero y desterrado á Cádiz, de donde tuvo la fortuna de fugarse no tardando en un barco americano, faltando á su palabra, para luego escribir en su país las *Memorias de la Revolución de México*, publicadas en el año 1824, libro dig-

no de consulta en algunos puntos, en los cuales había sido testigo ocular y tomado parte muy activa.

Durante este tiempo que vamos rápidamente historiando, puede decirse que no hubo acciones de guerra verdaderamente importantes, reduciéndose todo á escaramuzas y á apresamientos de convoyes de mayor ó menor importancia, como si la lucha hubiese entrado de lleno en un periodo de cansancio, imposible de evitar en toda guerra civil de mucha duración.

Tal vez creyeron algunos que, quitando el mando á Calleja, se entraría más fácilmente en un periodo de paz. Y el Gobierno español no vaciló en sustituirle por D. Juan Ruiz de Apodaca, á quien Calleja entregó el Gobierno el 20 de Septiembre de 1816, con unos cuarenta mil hombres, en su mayoría hijos del país, esparcidos por toda la extensión de México. Y este número de combatientes adictos á España es muy significativo para apreciar serenamente el estado de la Revolución. Pues si los independientes se creían portavoces del reino mejicano al apoyarse en el número para seguir luchando por la independencia, del mismo argumento podían echar mano los adversarios de la Revolución para seguir combatiéndola, ya que las fuerzas casi podían equipararse.

Apodaca cambió de táctica, empezando por dar libertad á los prisioneros cogidos á Osorno y Terán en la refriega con que les sorprendieron entre Perote y Puebla, cuando aquél se dirigía á México á tomar las riendas del Gobierno con las pequeñas y bisoñas tropas que traía de la Habana. El espíritu clemente de

Apodaca pareció al principio concluir con la insurrección, pues se acogieron al indulto no pocos independientes, y mucho más se arraigó esta idea al saberse la rendición del fuerte de Cóporo, defendido por Rayón, y entregado finalmente por éste al realista D. Matías Aguirre, con todos los honores militares en que ambos ejércitos fraternizaron al grito de ¡Viva el Rey!, ¡viva la paz! Pero tal grito no tuvo eco en otras partes, sino que, al contrario, siguió la guerra, desaprobando sus defensores la conducta de Rayón, á quien el Virrey Apodaca admitió en el ejército realista con grado de teniente coronel, y á quien veremos más tarde combatiendo á sus antiguos compañeros de armas. Este hecho, y el haberse rendido al poco tiempo Terán en Tehuacán, dió por resultado la pacificación de la provincia de Puebla, en cuya capital vivió Terán, sirviendo de escribiente en una oficina, con un peso de sueldo, sin admitir el grado de teniente coronel realista que se le había ofrecido.

Aunque los jefes de la independencia podían irse persuadiendo de que por las armas no lograrían jamás el triunfo, no por eso desistían en absoluto de su empresa, pensando quizá aburrir por el cansancio á España, harto desangrada con la guerra napoleónica, y minada en su orden interior con los disgustos y las revueltas políticas á que dió margen la abolición de la Constitución el implantar de nuevo el absolutismo.

Esto dió motivo á la más famosa que eficaz expedición de Mina. ¿Quién no ha oído hablar de las hazañas de este célebre guerrillero español que, con un

puñado de valientes, tuvo en jaque á las huestes de Napoleón en las montañas de Navarra? Era D. Javier Mina el tipo perfecto del aventurero audaz, en cuyo espíritu emprendedor parecían anidar las cualidades de Gil Blas de Santillana, ó de aquellos compañeros de armas de Hernán Cortés, que se gozaban en los obstáculos de toda empresa por el placer de superarlos. Emigrado en Londres, después de sus épicas proezas en España, miró de reojo el cambio inesperado de Fernando VII y se propuso hacerle la guerra en los montes y llanuras del inmenso territorio mejicano para laborar por su independencia, con el mismo entusiasmo y arrojo que había desplegado en su patria contra los franceses. Tendría Mina unos veintiocho años cuando, ayudado de algunos ingleses, pudo fletar un barco cargado de armas y municiones y salir con medio centenar de aventureros españoles, ingleses é italianos, acompañados del celebérrimo independiente Pedro Mier, con dirección á los Estados Unidos, donde logró ver aumentada su mezquina flota y el abigarrado número de los expedicionarios que, en total, no pasaría de trescientos. Y sin embargo, Mina llegó á creerse un segundo Hernán Cortés, vuelto á la inversa. Quizá por su ánimo, poco reflexivo, cruzó la idea de que si un extremeño había conquistado la Nueva España, un navarro venía á darle la independencia, para que, en el correr de los tiempos, nada pudiera echarse en cara á la patria común de ambos. Pero ni Mina era Cortés, ni las circunstancias eran iguales.

Al llegar á Baltimore con su fachendosa expedición,

que él ponderaba hasta las nubes, ocultando el número de soldados, escribió Mina á los mejicanos una carta, con fecha 9 de Septiembre de 1816, la cual bien merece ser conocida en algunos de sus párrafos:

«Yo soy, dice, aquel mismo Mina que comenzó el sistema de partidas y guerrillas en España y organizó en Navarra una división que dió que hacer á los enemigos, y que, prisionero yo, se distinguió mucho bajo el mando de mi tío D. Francisco Espoz, que me sucedió en el mando de ella y en el nombre. Cuando Fernando, con el aparato de un conquistador, invadió á Madrid, aprisionó á la representación nacional, abolió la Constitución, objeto de tanta sangre y de sacrificios tan costosos; desterró y encadenó á la virtud y al patriotismo, y sepultó á la Nación en la esclavitud... yo fuí el primero que osó resistirle. Otros han seguido mis huellas; mas la ignorancia de los pueblos y el servilismo de los militares antiguos, los han hecho aún más desgraciados. El grito de todos los españoles capaces de raciocinio, es que en América ha de conquistarse la libertad de España. La esclavitud de ésta coincidió con la conquista de aquélla, porque los reyes tuvieron con qué asalariar bayonetas. Sepárese la América y ya está abismado el coloso del despotismo, porque independiente ella, el Rey no será independiente de la Nación. México es el corazón del coloso, y es de quien con más ahinco debemos esperar la independencia, etc.» (1).

(1) *Colección de Documentos*, t. VI, pág. 881.

¿Qué más podían haber dicho y hecho Allende, Hidalgo, Morelos, Rayón, Bravo y cien otros caudillos independientes? ¡Pobre España que tales hijos entonces producía! A Mina podía elogiársele por su valor militar y por sus empresas temerarias, pero nunca por sus conocimientos en la historia de su patria, que involucra feamente para denigrarla y avergonzarla ante sus hijas las colonias y ante la faz del mundo.

Con Mina vino, en calidad de auditor de guerra, el periodista cubano D. Joaquín Infante. Y al desembarcar la expedición en la barra de Santander, cerca de Tampico y la bahía del Jánuco, descerrajó á quemarropa á los mejicanos que les esperaban las siguientes coplas, más pedestres que las que suelen cantar los ciegos al son de la guitarra:

Acabad, mexicanos,
de romper las cadenas
con que infames tiranos
redoblan vuestras penas.

—
De tierras diferentes,
venimos á ayudaros,
y á defender valientes
derechos los más caros.

—
Mina está á la cabeza
de un cuerpo auxiliador;
él guiará vuestra empresa
al colmo del honor.

—
Si españoles serviles
aumentan vuestros males,

también hay liberales
que os den lauros á miles.

—
Forzad con noble saña,
ese yugo insolente,
que os impone la España
tan indebidamente.

¿Para qué seguir copiando? Parecía natural que los mejicanos, los más guasones, contestasen á cada estrofa: *Amén; alleluya*. Pero no contestaron nada, comprendiendo sin duda el juego. Porque es de advertir que lo primero que Mina pidió era dinero para la empresa. Con cien mil pesos se contentaba por el momento. Después, ya correría de su cuenta lo demás con las batallas que pensaba ganar, apenas desplegase en línea de combate á sus atrevidos expedicionarios.

Al principio, todo parecía marchar á pedir de boca, con unos doscientos indios que se agregaron á la expedición, y con el auxilio, no pequeño, que llegaron á prestarle el teniente coronel de realistas, D. Valentín Rubio, y su hijo D. Antonio. «Uno de los motivos de esperanza de Mina, dice Alaman (1), consistía en los mismos cuerpos expedicionarios que había en México. La masonería había hecho en España grandes progresos, especialmente en el ejército, y casi todos los oficiales de aquellos cuerpos estaban iniciados en ella, como el mismo Mina, por cuyas relaciones y por la fama de su nombre se prometía que, apenas se pre-

(1) Ob. cit., t. IV, pág. 561.

sentase, todos los adictos á aquella confraternidad se declararían por él. Esta esperanza no era infundada, pues las sociedades secretas propagadas en el ejército vinieron á ser el gran móvil de todos los sacudimientos políticos de España y de México.»

No fué pequeño triunfo para Mina el haber conseguido con sus proclamas sembrar la desconfianza y el recelo entre algunos españoles y mejicanos adictos á la causa española, al ver los negros colores con que se pintaba al Rey Fernando. Con esto, y el factor importante de la masonería, el separatismo forzosamente tenía que cundir, y la causa de la Independencia iba á arraigarse, aunque no por las armas. Porque, la verdad sea dicha, la impresión que Mina experimentó al ver los soldados insurgentes que se le agregaron, fué desastrosa, convenciéndose de que, con tales auxiliares, faltos de buen armamento y disciplina, era imposible sostener una batalla formal contra el ejército realista. Pero, organizándolos lo mejor y más pronto que pudo, logró algunas victorias, como la de Peotillos, contra Armiñán; la de San Juan de los Llanos, contra Ordóñez y Castañón; la fácil entrada y el rico botín en la Hacienda del Jaral, que abandonó sin lucha su propietario el coronel Moncada; pero empezó á eclipsarse su buena estrella en el cerro del Sombrego, que tuvo que abandonar ante los reiterados ataques de Liñán, con grandes pérdidas por una y otra parte.

Aunque desconcertado y maltrecho el ejército de Mina, todavía tuvo arranques para intimidar y hacer

estragos en los realistas sitiados en el fuerte de los Remedios, hasta que fué sorprendido y hecho prisionero por Orrantia en la Hacienda del *Venadito*, el 27 de Octubre de 1817. Y por este triunfo, en el cual ninguna parte había tomado, se le concedió luego al Virrey Apodaca, el título de *Conde del Venadito*. Y Mina fué fusilado por la espalda, arrepentido y reconciliado con la Iglesia, en el cerro del Bellaco, manifestando á Liñán en una carta «que moría con la conciencia tranquila, y que si alguna vez dejó de ser buen español, había sido por error.»

Tarde llegó á conocer este error D. Francisco Javier y Mina.

Ni por error ni por ofuscación puede justificarse ante la historia su conducta, que le hizo aparecer como traidor á su patria y á su Rey. Que trabajasen por su independencia los mejicanos, nada tenía de particular; pero que Mina corriese tantos peligros para traicionar á su bandera y destruir la gloria de sus propias hazañas en Navarra, esto, ni podían aplaudírselo sus compatriotas, ni fué mirado tampoco con buenos ojos por los mismos hijos de este país, que apreciaban la hidalguía, y que siempre estaban recelosos de las miras secretas que pudiera abrigar aquel caudillo, al cual, haciéndole demasiado favor, hoy podíamos considerar como un nuevo Quijote sin Dulcinea, ó como el último descendiente de los intrépidos abencerrajes.

De todas maneras, la desastrosa expedición de Mina, si no cambió en definitiva la faz de los sucesos en Mé-

xico, no deja de prestarse á reflexiones históricas poco honrosas para su nombre y de cuantos le ayudaron, dando la pauta para comprender hasta qué grado las ideas de patria habían sido trastornadas en España por las pasiones de partido y bandería, que han costado ríos de sangre estéril en aquel hermoso suelo.





CAPÍTULO XII

TERMINA LA REVOLUCIÓN

CN muy pocas páginas y de esta escasa novedad pueden encerrarse los sucesos de este capítulo. Si con la expedición de Mina los ánimos cobraron algunos bríos momentáneamente, creyendo lograr su fin de la independendia, á raíz de la muerte de aquél, la insurrección caminó en rápido descenso.

Unos se acogían al indulto, otros, más bravos y atrevidos, resolvieron luchar á la desesperada en varias provincias, sin plan ni rumbo fijo. Parecían los restos de un ejército en ruinas, más atentos á destruir ranchos y haciendas y á copar convoyes que no á sostener y apuntalar el cuarteado edificio de la causa que con tanto calor habían abrazado. Todos los esfuerzos de Rayón para unir y dar carácter serio á los individuos del Congreso habían fracasado. Mina sintió sobremanera aquel desconcierto y falta absoluta de verdadero plan. No había un hombre, entre todos los independientes, que se impusiese á los demás por el arrojo, el talento y la prudencia en aquellas difíciles circunstancias. Por eso, generalmente, la idea primitiva del separatismo llegó á convertirse en foco y origen

de bastardas concupiscencias, no de heroico amor á la patria mejicana, que tanto suele ponderarse en discursos poco meditados, que parecen hechos de encargo para denigrar á la verdad histórica y dar que reír á los hombres discretos y prudentes enemigos de noveleerías. Ya es hora de decir la verdad escueta y sin melindres, repitiendo con el poeta:

*Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.*

¿Qué hechos de armas, qué actos heroicos dignos de mención pueden relatarse en este período que abarca desde la muerte de Mina hasta el celeberrimo *Plan de Iguala*, de que luego se hablará? Muy pocos, verdaderamente. Casi todo se reduce á operaciones de partidas sueltas, muy sueltas, que merodeaban por algunas partes como un medio de vivir á costa de la hacienda ajena. Si algunos jefes querían oponerse, indignados, á tanto pillaje y desbordamiento de pasiones, no eran obedecidos; porque, si nunca hubo verdadera disciplina militar en las tropas independientes (excepción hecha de las que mandaba Morelos), ahora la insubordinación llegó á su colmo, haciéndose de ella como una ley general.

El Virrey ya no tenía necesidad de poner en movimiento todo el núcleo de sus tropas para batir á la revolución. Se contentaba con enviar á diversos distritos algunos jefes que concluyeran con las partidas. Así lo hizo Liñán con un paseo militar por Jamapa y Veracruz, poniendo en libertad á D. Carlos Bustamante,

preso en el castillo de San Juan de Ulúa, y haciendo con él oficios de verdadero padre. D. José Rincón y el coronel Barradas pacificaron en medio año el casi inaccesible territorio de Guyusquihui. En la Huasteca tuvieron algo más que hacer Llorente, D. Juan de Arteaga, Luvían y Gómez para dispersar á los independientes, que se habían hecho temibles en Palo Blanco. No tardó el brigadier Vicente Vargas en presentarse en Toluca á pedir el indulto con toda su partida, concediéndoseles con verdadera solemnidad ante las aclamaciones generales de ¡viva el Rey, viva Apodaca! Y, sin tanto aparato, hizo lo propio D. Rafael Villagrán con cincuenta hombres que mandaba.

D. Ignacio Rayón debió de experimentar amargos sinsabores de sus mismos antiguos compañeros de armas, que le odiaban y perseguían mucho más que los realistas, al verse desarmado por D. Nicolás Bravo en el pueblo de Sacapuato. Aquello iba siendo la descomposición de un cadáver. Sólo el independiente Bravo, que había sido bravo en todo, logró remover y soplar las cenizas mal apagadas de la insurrección, en el cerro de Cópore, fortificándolo de nuevo y resistiendo y derrotando á los realistas D. Ignacio Mora y D. José Barralás, que habían tenido la presunción de atacarle con sus regimientos de México y San Luis Potosí. Pero, por fin, asediado Bravo por lastropas que capitaneaban Donallo y... ¡quién lo diría!, el indultado D. Ramón Rayón, tuvo que desalojar el fuerte, aunque no cayó prisionero gracias á su valor y estrategia, que nunca le abandonaron, para esconderse en Huetamo y prepa-

rar desde allí nuevas sorpresas. Verdaderamente, fué Bravo uno de los héroes más simpáticos de la Independencia, ante cuyo arrojo é hidalguía es preciso descubrirse con respeto. Causa admiración y pena á la vez verle siempre desafiando los reveses de la fortuna y haciéndose superior á todos los desastres, sin miedo á despeñarse por las vertientes de Cópore y, herido y maltrecho, todavía pensar en traer en jaque al ejército de Armijo, en libertar á Verduco y sus compañeros prisioneros, para hacerse temer de nuevo en Ajuchitlan y ser sorprendido, desgraciadamente, en la sierra de Dolores. Armijo, que le hizo prisionero, no supo ocultar su alegría con tal presa cuando decia al Virrey que Bravo «era el mandarín de mayor concepto entre los de su clase, y de influjo indecible en toda la tierra caliente, por su astucia, constancia, sagacidad, atrevimiento y antigüedad en su fatal carrera y arbitrios para formar reuniones». Las cuales frases, en boca de un enemigo, son el mayor elogio que podía entonces hacerse de Bravo. El Virrey contestó en seguida mandando formar procesos á los cuatro eclesiásticos Verduco, Vázquez, Talavera y Ayala, y que, respecto á los demás prisioneros, se les aplicase la pena de muerte. Pero el mismo Armijo, con toda su guarnición, se compadeció vivamente del valiente Bravo y voló á conseguir el indulto del Virrey, pudiendo llevar con velocidad este consuelo al prisionero cuando ya se disponían á cumplimentar la primera orden del Virrey, fusilándolo en Cuernavaca. Indultado Bravo, se contentó el Virrey con tenerle preso en México como á un

monarca destronado, según la frase del mismo Apodaca cuando solía ir á verle; pero no se sabe que á ningún monarca destronado se le pusiesen los grillos y cadenas que á Bravo mandó ponerle Apodaca. De todas maneras, el insigne Bravo no salió mal parado con el indulto, y tuvo el pequeño consuelo de ver premiada su ejemplar, y quizá única en la historia, nobilísima acción, cuando, llevado de su espíritu magnánimo, dió libertad á los presos españoles y todo el dinero que tenía, en sublime venganza de la muerte injusta que habían dado á su anciano y cariñoso padre. ¡Rasgo digno de perpetuarse en bronce!

Para terminar con la revolución, sólo restaba ya al Virrey destruir el último foco de la misma en la Junta llamada de Jualilla, presidida por el Dr. San Martín y que era un simulacro de gobierno de donde partían algunas órdenes que casi nadie obedecía, y menos cuando trataba de inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos asumiéndose las regalías de la Corona sin previo conocimiento de la Santa Sede. El regimiento de Fieles de Potosí, al mando de su general Aguirre, que tanto se había distinguido desde el principio de la guerra, fué el comisionado para intimar la rendición del fuerte de Jualilla, defendido por Lara y algunos capitanes norteamericanos, últimos restos de la expedición de Mina. Ocho días duró el sitio, al terminar los cuales pudieron salvarse los individuos de la Junta saliendo de noche con la imprenta y el archivo, para instalarse en el rancho de Zárate, donde fué copada el 21 de Febrero de 1818 por Vargas y Cuesta, valiéndose de la

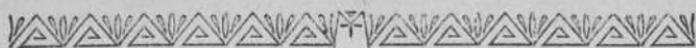
hábil estrategia de falsificar una carta. Disuelta aquella Junta, no tardó en formarse otra en Huetamo presidida por Pagola, el cual fué pronto apresado también y fusilado por Marrón el 9 de Junio del mismo año. A raíz de estos hechos puede decirse que todo iba de capa caída para la causa de la independencia.

Armijo recorrió la costa del sur hasta Zacatula batiendo y dispersando á las guerrillas de Montes de Oca y de Guerrero, los más tercios en seguir defendiéndose. Este último aun logró hacerse temible en Michoacán, tratando además de organizar otra Junta; pero fué derrotado por el realista Ruiz en Aguazarca. La misma suerte corrieron, después de varias vicisitudes el Padre Torres, Arago, y sobre todo el célebre D. Jose María Liceaga, que tan adicto se había mostrado á Mina y que tanto había trabajado siempre por la independencia. Finalmente, unos derrotados, y otros acogidos al indulto general con motivo de haberse restablecido la Constitución en España el año 1810, todos los jefes independientes iban entrando en los caminos de la paz. De Madrid llegaron órdenes terminantes para que "fuesen puestos inmediatamente en libertad todos los que se hallasen presos ó detenidos en cualquier punto del reino por opiniones políticas, pudiendo restituirse á su domicilio, igualmente que todos los demás que por las mismas causas se hallasen fuera del reino". En su consecuencia, no sólo se puso en libertad á Bravo, sino que por orden del Virrey se le restituyeron todos sus bienes. Rayón pasó á vivir pacíficamente en Tacubaya. Se sobreseyó la causa y se puso en libertad á la

famosa Corregidora Doña María Josefa Ortiz, que se hallaba en un convento, dándose á su marido la pensión anual de cuatro mil pesos, como si nada hubiera pasado. Los jefes Fagoaga y Adalid, desterrados en España, pudieron libremente venirse á México; este último condecorado nada menos que con la Cruz de Isabel la Católica. El historiador D. Carlos María Bustamante, más erudito y fecundo que veraz y juicioso, pudo gozar también inmediatamente de la amnistía, pagando en la falsa moneda de la ingratitud y de la parcialidad los favores recibidos de España.

Parecía que ésta no abrigaba en su pecho rencor alguno por los sucesos pasados. Y se habría coronado de gloria, si después de haber dejado á salvo el prestigio de sus armas hubiese dado espontánea y generosamente á México su apetecida y necesaria independencia, según lo propuso á las Cortes españolas Don Agustín Iturbide, cuya figura, realmente extraordinaria, es ya oportuno bosquejar con absoluta y entera independencia de criterio.





CAPITULO XIII

ITURBIDE Y EL PLAN DE IGUALA

Los mexicanos han sido bastante injustos con Iturbide. Cuando se vayan calmando las irritadas pasiones de partido, se comprenderá más esta verdad y el mérito de aquél. Y quien tal afirma, declara al mismo tiempo hallarse exento de toda bandera política, enemiga declarada de la historia.

Con todos sus defectos, que fueron muchos; con toda su ambición, que fué desmesurada; con su cambio de pensar, que le hizo adorar los ídolos que antes había quemado; con cuantos lunares, en fin, quieran amontonarse en torno de su figura, es lo cierto que Iturbide había nacido para llevar á término la independencia de su patria, valiéndose de la espada de dos filos, que él solamente en aquellos tiempos supo manejar, de la guerra y de la diplomacia. Comparados con él, todos y cada uno de los caudillos anteriores de la independencia, parecen figuras decorativas de retablo sin vida ni movimiento. Cierto que Hidalgo plantó el árbol, y que Morelos lo regó, pero Iturbide supo recoger el fruto. Y para recogerlo, no se contentó con sentarse á la sombra del árbol y esperar

á que cayese el fruto ya maduro; sino que lo sacudió y vareó hasta arrancárselo con habilidad y fuerza. Si en los principios y progresos de la guerra se había mostrado como buen guerrero, derrotando á Allende y sorprendiendo á Morelos en su propio campamento; si el Obispo Abad y Queipo llegó á temerlo todo de la audacia y ambición de aquel joven teniente, que solía buscar los mayores peligros en las batallas, despreciando las dificultades; si cuando la revolución caminaba de vencida y ya no hacia tanta falta su valor, supo mantenerse circunspecto y en segunda línea, no sólo no rebelándose contra la autoridad, sino aguantando con paciencia el proceso que se le formó por abusos, reales ó supuestos, cometidos en Querétaro y Guanajuato, es también indudable que al talento militar supo más tarde unir la más sagaz diplomacia para el logro de sus planes, sin los cuales hubiera para siempre reinado en este suelo la anarquía. De haberse unido con Mina, como luego se unió con O'Donoghú, la independencia no se hubiera retardado tanto. Pero tal vez Iturbide admiraba más en aquel guerrero, medio conterráneo suyo, el temerario valor que las artes diplomáticas de que estuvo exento.

Pero antes de entrar en el laberinto de los sucesos que no tardaron en desarrollarse, hagamos rápidamente la biografía del personaje que los motivó, y que fué como el centro ó eje en torno del cual giraron.

Nació D. Agustín de Iturbide el 27 de Septiembre de 1783 en Valladolid de Michoacán. Su padre, D. José Joaquín de Iturbide, era natural de Pamplona en el

abrupto reino de Navarra, y su madre, Doña Josefa de Aramburo, nacida de familia noble en Michoacán. Peligrando la vida de esta señora en el laborioso alumbramiento de su hijo, cuentan que en sus angustias invocó la intercesión del venerable P. Basalenque, apóstol y fundador de la provincia de Agustinos de Michoacán, cuya fama de santo aun se conserva con su cadáver incorrupto, ó quizá momificado, en la Iglesia de San Agustín de Morelia (1). Habiéndose aplicado á la enferma una reliquia del cuerpo de aquel venerado religioso, dió á luz con felicidad un niño, que por ese motivo fué bautizado con el nombre de Agustín. Y aunque más tarde estudió gramática latina en el seminario conciliar, no dió grandes muestras de tener vocación ni por la carrera eclesiástica ni por la literaria, dedicándose á la administración de los campos de su familia, hasta que entró en calidad de alférez en el regimiento de infantería que mandaba en Valladolid el Conde de Casa-Rul (1805). Contrajo matrimonio á los veintidós años con Doña Ana María Huarte, de familia tan distinguida como la suya. Al estallar el movimiento de Hidalgo y de Allende, Iturbide se ofreció con los pocos hombres que mandaba para ir á atacarlos, entrando en fuego por primera vez en la batalla del Monte de las Cruces, donde, como ya

(1) *Vida del venerable padre Fray Diego de Basalenque, provincial que fué de la provincia de San Nicolás de Michoacán del Orden de San Agustín.* Escrita por el Rvmo. P. Pedro Salguero. Nuevamente impresa por el P. Lucas Centeno y dedicada al Rvmo. P. General Javier Vázquez. — Roma, año 1762. — Es libro rarísimo por demás. El P. Centeno fué quien bautizó á Iturbide.

queda en otro capítulo consignado, lució su bizarria casi decidiendo la victoria contra Allende.

Si entonces hubiera tenido Iturbide las ambiciones que no tardó en demostrar, fácil le habría sido desplegar sus alas por los horizontes que Hidalgo quiso abrirle invitándole á pasarse á sus banderas con el título de Teniente general y la seguridad de que serian respetadas las haciendas de su padre. Pero él lo despreció todo, quizá comprendiendo con certera mirada que con aquellas indisciplinadas muchedumbres era imposible llevar á cabo ninguna empresa. Militó algún tiempo en el ejército del Sur, se señaló luego en casi todas las operaciones militares de Guanajuato, cometiendo verdaderas atrocidades contra los insurgentes, por las cuales fué procesado y salió ileso, tal vez porque así convenia entonces al Virrey y no porque faltasen méritos para alguna condenación. Casi á las puertas de su ciudad natal, mostró su táctica y valor indomable derrotando á su paisano Morelos, que tenía un ejército incomparablemente mayor. Y la fama de Iturbide casi llegó á su colmo cuando, con un puñado de valientes, sorprendió á su rival con veinte mil hombres en el campamento. La buena fortuna en las batallas le seguía siempre, reservándole otras victorias mayores para ocasión más propicia.

Pero no se crea por eso que al atacar á los independientes era él menos adicto en el fondo de su alma á la Independencia de México. Si le desagradaban los medios hasta allí empleados, amaba con ardor el fin que él imaginó conseguirse con otras artes. Bien lo

demostró en la batalla de Cóporo, hablando con el general Filisola de la esterilidad de la sangre que allí se vertía, y de la conveniencia que resultaría á todos con la unión de los respectivos bandos sobre la base de un plan más concreto y seguro. Idénticas conversaciones tuvo después con Bermúdez Zozaya, con Monteagudo, y hasta con el Virrey Apodaca cuando se trató de implantar en México la funesta é impracticable Constitución Española del año doce, que tanto irritó los ánimos de muchísimos españoles residentes en México, y principalmente del clero, predisponiéndolos favorablemente para un cambio radical que terminara con el despotismo é insensatez de allá, y con la anarquía amenazante aquí. Todo sería cuestión de tiempo y oportunidad.

Y esta oportunidad iban preparándola y hasta precipitándola los políticos españoles con sus medidas violentas y con su desconocimiento absoluto de las necesidades y situación interna de México. ¿Y cómo habían de interesarse y preocuparse con los sucesos de éste, si allá no hacían poco con sostener el trono vacilante, é impedir que cudiesen el descontento y las continuas asonadas y motines? Los gobiernos se sucedían en España con rapidez pasmosa, y las camarillas palaciegas ocupaban secretamente el puesto de los gobernantes para ver quién influía más en el ánimo irresoluto de Fernando VII. Los frustrados y sucesivos levantamientos de Porlier, de Lacy, de Richard, de Beltrán de Lis, y principalmente de Riego en las *Cabezas de San Juan*, podían dar la norma para

apreciar el estado de disolución y libertinaje en que se hallaba España. Nadie se entendía en aquella nueva torre de Babel. La misma persona del Rey peligraba, y bien claramente manifestó su miedo en la vergonzosa huída al Escorial, y los reparos que ponía á salir de aquel retiro para apaciguar los tumultos de Madrid con su presencia, y los Guardias de Corps que no tardaron en disolverse á instancias del populacho. Y no es de extrañar tampoco que pensase en venirse á México, según la famosa carta (auténtica ó fingida) que se dijo había dirigido al Virrey Apodaca y que tanto circuló manuscrita por este reino, haciéndose luego pública en Londres (1).

En suma: la precaria y aflictiva situación política, social y religiosa por que España atravesaba entonces, era por todos reconocida, y en México tenía que abultarse con las distancias y lo incierto de lo porvenir. El mismo Iturbide, en su póstumo Manifiesto (1827) describía exactamente aquel desorden de cosas y personas en España, con las siguientes palabras: «El estado de fermentación en que se hallaba la Península, las maquinaciones de los descontentos, la falta de moderación en los causantes del nuevo sistema, la indecisión de las autoridades y la conducta del Gobierno y de las Cortes de Madrid, *que parecían empeñadas en perder estas posesiones*, según los decretos que expedían y los discursos que por algunos Diputados se

(1) La que reproduce Alaman en los Apéndices del t. V no resiste un examen de su autenticidad.

pronunciaban, avivó en los benévolo patricios *el deseo de la independencia*. En los españoles establecidos en el país, el temor de que se repitiesen las horrosas escenas de la insurrección. Los gobernantes tomaron la actitud del que recela y tiene la fuerza. Y los que antes habían vivido del desorden, se preparaban á continuar en él. En tal estado, la más bella y rica parte de la América del Septentrión iba á ser despedazada por fracciones. Por todas partes se hacían juntas clandestinas, en que se trataba del sistema de gobierno que debía adoptarse. Entre los europeos y sus adictos, unos trabajaban por consolidar la Constitución que, mal obedecida y troncada, era el preludio de su poca duración. Otros pensaban en reformarla, por que, en efecto, tal como la dictaron las Cortes de Cádiz, era inadaptable en lo que se llamó Nueva España; y otros suspiraban por el gobierno absoluto, apoyo de sus empleos y de sus fortunas, que ejercían con despotismo y adquirían con monopolios. .

»Los americanos deseaban la independencia, pero no estaban acordes en el modo de hacerla, ni en el gobierno que debía adoptarse. En cuanto á lo primero, muchos opinaban que, ante todas las cosas, debían ser exterminados los europeos y confiscados sus bienes. Los menos sanguinarios se contentaban con arrojarlos del país, dejando así huérfanas un millón de familias. Y otros más moderados, los excluían de todos los empleos, reduciéndolos al estado en que ellos habían tenido por tres siglos á los naturales. En cuanto á lo segundo, monarquía absoluta, moderada

con la Constitución española, con otra constitución, república federal, central, etc. Cada sistema tenía sus partidarios, los que llenos de entusiasmo se afanaban por establecerle.»

Tal es la gráfica pintura que hace Iturbide de España y de México, y que seguramente nadie podrá desmentir, porque á más de ser una página triste de filosofía histórica, es un cúmulo de verdades evidentes. También de los mexicanos se había apoderado la confusión de lenguas, siguiendo á su antigua madre la Metrópoli.

Esas verdades fueron en México abriéndose camino y llegaron á penetrar en lo más hondo del ánimo de Iturbide, hasta elaborar su plan. Las cosas así era imposible que continuasen, cuando todavía fermentaba el amor decidido á la independencia, á pesar de los continuos desastres sufridos por la insurrección.

Con todo y con eso, Iturbide no se dejó precipitar por su carácter vehemente para no exponerse á un fracaso. Consultó con el Virrey, consultó con el Obispo Cabañas, consultó con generales como Cruz y Negrete, aunque quizá ocultándoles á todos por el momento el plan que en su mente acariciaba. En el fondo todos pensaban lo mismo que él. Aquella situación era insostenible. Negrete manifestó en una carta, copiada por Bustamante y Alaman: «Que aunque todos deseaban la independencia, no estaban de acuerdo en la forma. Muchos no la entienden, otros se retraen por el juramento de fidelidad al Rey, y, por consiguiente, aunque generalmente llegue á proclamarse, ya hay dema-

siados datos para conocer que el populacho entiende por libertad el libertinaje y que ya se empieza á perder toda subordinación. Como sin ésta se pierde todo orden social, es evidente que tenemos encima la anarquía, y, por lo tanto, los males generales que han de comprender á todos.»

¿Qué hacer, pues, en tan críticas circunstancias? Sin perjuicio de seguir conferenciando, ya por sí ó por conducto de otros, con Bravo, con Cruz, con Negrete, con Cabañas y con la junta secreta que se hallaba instalada en la iglesia de la Profesa, para lograr la revolución sin derramamiento de sangre, Iturbide se atrevió á dar uno de sus mayores golpes diplomáticos, exponiendo al Rey y á las Cortes la necesidad apremiante de conceder á México su anhelada independencia, en evitación de mayores males, bajo la tutela y salvaguardia de algún miembro de la familia reinante. Y decia con verdad y exactitud: «La separación de la América Septentrional es inevitable; los pueblos que han querido ser libres lo han sido sin remedio. Llena está la Historia de estos ejemplos, y nuestra generación los ha visto recientemente materiales. Hágase, pues, señor, si debe ser, sin el precio de la sangre de una misma familia; salga el glorioso Decreto del centro de la sabiduría, y sean los padres de la patria los que sancionen la pacífica separación de la América. Venga, pues, un Soberano de la Casa del gran Fernando á ocupar aquí el trono de la felicidad que le preparan los sensibles americanos, y establézcanse entre los dos augustos monarcas, en unión de los So-

beranos Congresos, las relaciones más estrechas de amistad, pasmando al mundo entero con tan dulce separación.»

Esto era poner el dedo en la llaga, y aplicar al mismo tiempo el remedio.

¿Por qué los diputados de las Cortes españolas tapiaron sus oídos á tan dulces reclamos? ¿Por qué no se atrevían en sus asambleas ni á pronunciar siquiera la palabra *Independencia*, como hizo el Conde de Toreno, encargado de contestar con frialdad y paliativos á las insinuaciones de los diputados americanos? La clave de este enigma, al parecer indescifrable, hay que buscarla en que la Constitución de Cádiz prohibía terminantemente la desmembración del territorio español sin previo acuerdo del Rey y de las Cortes; y aquellos sesudos padres de la patria no estimaban oportuno, antes bien indecoroso á su aparatosa sabiduría, modificar en sus fundamentos las leyes acabadas de promulgar desde el Sinaí de Cádiz entre los relámpagos y truenos de las tropas de Napoleón. ¿Qué dirían las naciones de tal repentino cambio de postura?

Natural era que el nudo gordiano que los diputados españoles no se atrevían á desatar, lo cortase de un tajo la espada de Iturbide.

Vino el general O'Donoghú con once buques españoles en 30 de Junio de 1821 á ver lo que pasaba en México. Y lo que pasaba era, que ya Iturbide, no pudiendo esperar más, había armado la revolución en todo México, atrayendo con suma pericia, habilidad y diplomacia hacia su causa la mayor parte de las tro-

pas realistas que unidas á las mejicanas le habían proclamado Jefe Superior de todas, dispuestas á seguirle y realizar el plan de Iguala; y que con ellas se iba apoderando de casi todas las plazas principales, jurándose la Independencia.

La sorpresa de O'Donojú fué grande, y no podia sospechar que los sucesos hubieran caminado tan de prisa. Ni sus proclamas á los militares, ni sus ruegos á los mexicanos fueron ya capaces á detener el curso de las cosas en aquella deshecha tempestad que amenazaba de nuevo. Lo mejor que pudo hacer fué escribir á Iturbide dos cartas, pidiéndole una entrevista. En la primera le daba el título de *Excelencia*, como á Jefe Superior del ejército de *Las tres garantías*. En la segunda le llamaba *amigo*, cuyo título deseaba merecer, añadiendo que todo podía arreglarse todavía, llevando á efecto las ideas de Iturbide propuestas al Virrey en el Plan de Iguala y «las medidas necesarias para evitar toda desgracia, inquietud y hostilidad, entre tanto que el Rey y las cortes aprobaban el Tratado que celebrasen y por el que tanto había anhelado Iturbide.»

De esta carta se desprende que O'Donojú no desconocía los planes de Iturbide propuestos al Rey y á las Cortes de España, aunque luego se supo que no traía misión especial y concreta para celebrar tratado alguno con Iturbide, ni con nadie, tal vez prefiriendo entretenerle y ganar tiempo con excusas diplomáticas.

Iturbide desde Puebla le contestó aceptando la entrevista y señalando la Villa de Córdoba para celebrar-

la, siempre sobre la base de su plan independiente. Al saludarse ambos el 24 de Agosto, le dijo Iturbide. «Supuesta la buena fe y armonía con que nos conducimos en este negocio, supongo que será muy fácil cosa que desatemos el nudo sin romperlo».

Dos conferencias bastaron para quedar conformes en el plan, que aceptó O'Donojú sin cambiar nada sustancial. En el preámbulo de dicho convenio se dice: «Pronunciada por Nueva España la Independencia de la antigua, teniendo un ejército que sostuviese este pronunciamiento, decididas por él las provincias del reino, sitiada la capital en donde se había depuesto á la autoridad legítima, y cuando sólo quedaban por el gobierno europeo las plazas de Veracruz y Aca-pulco desguarnecidas y sin medios de resistir á un sitio bien dirigido y que durase algún tiempo, llegó al primer puerto el Teniente General D. Juan O'Donojú con el carácter y representación de Capitan general y Jefe superior político de este reino, nombrado por S. M. C., quien deseoso de evitar los males que afligen á los pueblos en alteraciones de esta clase, y tratando de conciliar los intereses de ambas Españas, invitó á una entrevista al primer jefe del partido imperial, Don Agustín de Iturbide, en la que se discutiese el gran negocio de la independencia, desatando sin romper los vínculos que unieron á los dos continentes. Verificóse la entrevista en la Villa de Córdoba en 24 de Agosto de 1821, y con la representación de su carácter el primero, y la del Imperio Mexicano el segundo, después de haber conferenciado detenidamente sobre lo que

más convenía á una y otra nación; atendido el estado actual y las últimas ocurrencias, convinieron en los siguientes artículos, que firmaron por duplicado para darles toda la consolidación de que son capaces esta clase de documentos, conservando un original cada uno en su poder para mayor seguridad y validación».

A la continua vienen los artículos, en número de diez y siete, de los cuales por lo que atañe á la historia son los más sustanciales los tres primeros:

1.º Esta América se reconocerá por nación soberana é independiente, y se llamará en lo sucesivo *Imperio Mejicano*.

2.º El gobierno del imperio será monárquico constitucional moderado.

3.º Será llamado á reinar en el imperio mejicano, en primer lugar el Sr. D. Fernando VII, rey católico de España, y por su renuncia ó no admisión, su hermano el Serenísimo Sr. Infante D. Carlos; por su renuncia ó no admisión el Serenísimo Sr. Infante Don Francisco de Paula; por su renuncia ó no admisión, el Serenísimo Sr. D. Carlos Luis, Infante de España, antes heredero de Etruria, hoy de Luca; y por renuncia ó no admisión de éste, *el que las Cortes del Imperio designen*».

Pero ni el Rey ni las Cortes, con absoluta falta de sentido práctico, admitieron este convenio, desautorizando á O'Donjú. Y lo curioso del caso fué que los Infantes de España se disputaban á porfia el venir á reinar en México; hasta que al saber Fernando VII las entrevistas reservadas que con los Infantes tenían los

diputados mexicanos, prohibió á éstos poner los pies en Palacio, cerrando así la puerta á los miembros de la familia real para reinar en México, y abriéndosela indirectamente de par en par á Iturbide, á quien luego las Cortes mejicanas señalaron como Emperador, según las facultades que tenían por el artículo tercero del Tratado. Y no era cosa de que los mejicanos anduviesen mendigando por Europa un Rey para este codiciado imperio, pudiendo improvisar aquí mismo un emperador que, en cuanto á arrogante figura, presencia apersonada, carácter de mando, valor en los combates, y astucia y diplomacia, nada tenía que envidiar á ningún rey. Que de alguna manera han de formarse los imperios y las dinastías. Ni tuvieron origen más digno los de Saúl y David, ó los de Alejandro y Napoleón, todos los cuales tan hijos de Adán fueron como Iturbide. Si después no convenía á los mejicanos sostener el lujo y el boato de un Imperio con todas sus consecuencias, no faltaría ocasión de dar al traste con todo él, erigiéndose en República. Lo indiscutible es que á Iturbide deben la Independencia, y que ésta, por grado ó por fuerza, por falta de tino ó por muchos motivos juntos, se hizo en España antes que aquí. A cuantos hayan leído integro este trabajo y no quieran volver la espalda á los hechos históricos, no les sorprenderá tal conclusión.

En la cláusula diez y siete del tratado de Córdoba, basado sobre el Plan de Iguala, se convino que O'Donjú interpusiese su autoridad para que las tropas escasas que aún quedaban en la capital de México veri-

ficasen su salida con el Virrey último, Apodaca, sin efusión de sangre y por medio de una capitulación honrosa, como se verificó el 25 de Septiembre. Se había fijado la fecha del 27 del mismo mes para que el ejército de las *Tres Garantías* hiciese su entrada triunfal en México. Pero se halló Iturbide con que las tropas que le eran adictas estaban casi desnudas, y hubo de hacer un llamamiento á la generosidad de todos, diciéndoles en una proclama que aquel ejército «lo componían en su mayor parte los soldados que habían militado al servicio del gobierno español, el cual ni los había vestido en tiempo oportuno ni pagádoles sus alcances, pero que aun así habían conseguido la empresa sublime de hacer á la patria independiente y feliz».

Remediada de cualquier manera aquella necesidad, con la obra de misericordia que entonces era también de justicia, de vestir al desnudo, todo se preparó para que las tropas trigarantes, en número de diez y seis mil, saliesen de Chapultepec con dirección á la ciudad, á cuyas puertas entregó el alcalde Ormaechea las llaves de oro de la misma á Iturbide, el cual al recibirlas dijo: «Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que pueda hacer la felicidad común, las devuelvo á Usia fiando de su celo que procurará el bien del público á quien representa.»

Y todo fué júbilo aquel día en la gran ciudad de Guatemotzin. O'Donojú, con la Diputación provincial y todas las autoridades en pleno, presenció desde los

balcones del antiguo palacio virreynal que domina la inmensa plaza, el desfile de las tropas, por todos victoreadas. Las calles y casas engalanadas, las señoras ostentando en sus vestidos y peinados los colores de las tres garantías, el entusiasmo frenético del pueblo; el eco de las bandas militares, el canto del *Te Deum* entonado por el Arzobispo, revestido de pontifical, hacían presagiar días de prosperidad y de grandeza para el naciente imperio mejicano. Tal vez las aspiraciones de todos los espíritus estuvieron entonces encerradas en estos dos versos de la oda que publicó entonces el regidor Tagle:

¡Vivan, por don de celestial clemencia,
la religión, la unión, la independencia!

Por lo menos, si la oda tenía poco de poética, daba á entender que estaba inspirada en el Plan de Iguala, ó más bien en sus tres garantías, las cuales lograron por el momento calmar las tempestades y unir á todos los mexicanos cansados de luchas tan sangrientas por la libertad. E Iturbide pudo muy bien decir en su Manifiesto del 2 de Octubre: «Mexicanos, ya estáis en el caso de saludar á la Patria independiente como os anuncié en Iguala... Ya sabéis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices.»

Después de la entrada triunfal del día 27 en México, con el santo y seña que se dió á las tropas, de *San Agustín-Independencia*, faltaba el reconocimiento especial de aquel nuevo estado de cosas por la Junta gubernativa que se había nombrado de antemano. Y esto

tuvo lugar en día 28 del mismo Septiembre del año 1821, que es cuando de un modo público y solemne se levantó el *Acta de la Independencia*. Reunidos todos, incluso O'Donojú, en la Sala de Acuerdos del Palacio Virreynal, el Secretario D. José Domínguez dió lectura del Tratado de Córdoba y del Plan de Iguala, que en substancia venían á ser lo mismo, aunque éste constaba de veintitrés artículos basados en el trilema de: *Religión, Independencia, Unión*. Y habiendo todos los vocales de la Asamblea prestado juramento de observarlos, se procedió á levantar la célebre *Acta de Independencia del Imperio Mexicano*, que dice así:

«La Nación Mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido. Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados y está consumada la empresa eternamente memorable que un genio superior á toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó á cabo arrollando obstáculos casi insuperables. Restituída, pues, esta parte del Septentrión al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la naturaleza y reconocen por inajenables y sagrados las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo que más convenga á su felicidad, y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios, comienza á hacer uso de tan preciosos dones, y declara solemnemente, por medio de la Junta Suprema del Imperio, que es nación soberana é inde-

pendiente de la antigua España, con quien en lo sucesivo no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha en los términos que prescriben los tratados: que entablará relaciones amistosas con las demás potencias, ejecutando respecto de ellas cuantos actos pueden y están en posesión de ejecutar la otras naciones soberanas: que va á constituirse con arreglo á las bases que en el Plan de Iguala y Tratados de Córdoba estableció sabiamente el primer jefe del ejército imperial de las tres garantías; y, en fin, que sostendrá á todo trance, y con los sacrificios de los haberes y vidas de sus individuos (si fuere necesario), esta solemne declaración hecha en la capital del Imperio á 28 de Septiembre del año 1821, primero de la Independencia mexicana.»

*
* *

Así terminó la dominación española en este suelo, teatro inmenso de tantos heroismos. ¡Extraños contrastes ó providenciales coincidencias! El año 1521 se apoderó Hernán Cortés de la ciudad de México, cabeza del imperio azteca. El año 1821 dejó de brillar el sol de la vieja España en esta España Nueva. Con once naves destartadas, verdaderos barcos de papel pintado, en nombre de una nación gloriosa para quien, como Alejandro, era entonces pequeño el mundo conocido, se presentó Hernán Cortés en las inhospitalarias costas mexicanas para plantar el árbol de la cruz en medio de una raza vigorosa y grande. Con once

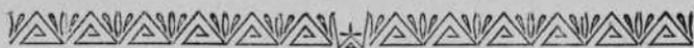
buques de guerra, armados de todas las armas, tres siglos después vino O'Donoghú á los mismos mares á presidir entre el eterno *requiem* de las olas, el comienzo de los funerales del nuevo mundo que fenecía para España. Un simple soldado raso, Bernal Díaz del Castillo, tan diestro en manejar la espada como la pluma en lenguaje tan sencillo y clásico, lleno de gravedad y de grandeza ingénita como la raza de que era intérprete, cantó la epopeya de la conquista de México en párrafos tan sobrios como inmortales. Media docena de historiadores, difusos y pesados á cual más, no han podido, á pesar de toda su ciencia, desentrañar los secretos verdaderos motivos de la inmensa cuanto ineludible tragedia, que abrumba con su pesadez, de la pérdida de las colonias americanas. Mejor que discutir, alabar ó censurar, á los protagonistas de aquella epopeya ó de esta tragedia, será bueno exclamar con Fenelón: "El hombre se mueve; pero Dios le guía".

Si España cometió errores, abusos y excesos, no tan grandes como los de otras naciones conquistadoras *soidisants* civilizadoras, bien caros le han costado. Ella fué la primera víctima. El tiempo y la verdadera historia se encargarán de vindicarla con los hechos posteriores ante la faz del mundo. Tal vez al cobijar bajo sus alas á sus hijas, que sacó de la barbarie á la luz de la civilización, no siempre pudo evitar como el águila á sus polluelos el lastimarles con el roce de sus pies.

Y en cuanto al fugaz y efímero reinado de Iturbide, raro juguete y ejemplo de las veleidades de la for-

tuna, la historia podrá siempre decir: *sic transit gloria mundi*. Emperador de opereta, cumplió como Macbeth con la honrosa misión de dar la Independencia á su Patria, y retirarse precipitadamente por el foro de la muerte acibarada con los desengaños del destronamiento y la ingratitude.





CAPÍTULO XIV

A PROPÓSITO DEL CENTENARIO



ERCA de un siglo lleva México de independencia. Pues aunque ésta, propiamente hablando, no se llevó á término hasta el año 1821, el nuevo Emperador azteca, sin plumas y sin carcax, creyó conveniente adelantar el calendario, conmemorando en mil novecientos diez como un hecho consumado lo que sólo había sido un intento de tal. Porque de celebrarse cuando realmente le corresponde, hubiera sido un modo implícito de reconocer á Iturbide sus méritos, rehabilitando su memoria y su plan; y éste no encaja bien en el molde jacobino en que todavía vive fundido el Gobierno mexicano.

Posible será que, miradas á mejor luz las cosas, y libres los entendimientos de prejuicios y fanatismos, allá para el año mil novecientos veintiuno vuelva á celebrarse con mayor ó menor pompa el verdadero centenario y sobre las bases con que la independencia se hizo, diametralmente contrarias á las ideas en que hoy viven encaramados los monopolizadores de todo, incluso del sentimiento nacional.

¿Habrá cambiado para entonces el criterio histórico de algunos mexicanos? ¿Se olvidarán éstos de ciertos héroes de pacotilla, de sectarismo y relumbrón, para encumbrar sobre el pavés á los que realmente y con miras más elevadas lo fueron, y hoy duermen en sus tumbas execrados por una inexplicable ingratitude?

Sea de ello lo que fuese, á los intelectuales de México hay que hacer tales preguntas, si no quieren que la historia de su *redenta* patria siga en prisiones dentro de las fronteras, como escrita de encargo para embrutecer, que no para ilustrar, á las ignotas é inconscientes juventudes de las escuelas y liceos laicos.

Convénzanse los escritores mexicanos. Por los cauces, derroteros y railes en que una patriotería huera y mezquina ha hecho caminar á la historia de la Independencia, jamás entrará ésta en el concierto sereno de la historia universal, antes bien seguirán cayendo sobre ella el desprecio y el ridículo.

Dos ilustres pensadores modernos, que militan en opuesto campo, acaban de reconocerlo así, expresándolo con una valentía poco común en estas tierras. Uno es el Sr. D. Trinidad Sánchez Santos, Director de *El País*, hombre de maciza y variada cultura, de formidable dialéctica y habilidad polemística. En un discurso que, con motivo del Centenario, pronunció en Puebla, no titubeó en expresarse de este modo: «García Icazbalceta percibió esta verdad grande y sombría: *La historia de México está por hacer*. Nosotros, los hombres de una generación posterior á la suya, hemos presenciado algo más doloroso; porque del libro, de

la tribuna, de todos los cauces de la doctrina, hemos visto surgir la pseudo-historia. Jamás pueblo alguno ha sido tan engañado sobre su ayer; jamás se acumuló sobre la conciencia de las muchedumbres, limpias de corazón, tan estupendo Himalaya de errores, de falsos criterios, de embustes que sublevan, de falsías que extravían, de cinismos que prostituyen y degradan inmensamente».

Si este juicio pareciese á algunos severo, allá va otro no menos duro, y también no menos merecido. Es de uno de los escritores más independientes que hoy existen y quizá han existido en la República Mexicana, de lenguaje florido, imaginación vivaz, de talento no mediocre, aunque enamorado de la contradicción y la paradoja, como cultivado en los estériles campos del racionalismo. Me refiero al Sr. D. Francisco Bulnes, el cual, en su último libro titulado *La Guerra de Independencia.—Hidalgo - Iturbide* (México, 1910), después de arremeter con inusitados bríos contra los jacobinos de México, deshaciéndose no pocas patrañas, sin perjuicio de admitir otras que aún andan brujuleando por sus algo cerriles inteligencias, concluye con este período, que conviene estampar aquí:

«¿Cómo se explica el atentado contra la memoria de Iturbide, denigrándole en nuestra historia y dirigiéndole sobre él la odiosidad del pueblo? La respuesta es tan bochornosa como fácil, dado el analfabetismo de nuestras masas y su *organización tan científica para el servilismo demagógico*. El jacobismo dispone temporalmente de todos los lugares de la historia pa-

tria, sin que en frente puedan ponérsele los pocos escritores elevados que en México se ocupan de asuntos históricos. Entre nosotros, y desgraciadamente, *la historia es una especie de club faccioso*, en cuya tribuna dominan los que hacen de la literatura un puñal, de la verdad un delito, de la lógica una ofensa á la nación, y de la justicia un vaso de embriaguez páfida y degradante. Mientras que el pueblo mexicano, en sus masas sin instrucción y moral pública, tenga por la demagogía el culto que debía tener por la civilización, no conocerá como debe á sus grandes hombres; *pues ni son todos los que están, ni están todos los que son*. No es tiempo de que entre nosotros, la crítica historia obtenga grandes victorias aplaudidas por la ilustración de nuestras masas. Espero que para el centenario de 2110, dentro de doscientos años, se habrá reconocido que los tres héroes prominentes de nuestra Independencia, fueron Hidalgo, Morelos é Iturbide. Como los muertos no se cansan de esperar en sus tumbas, Iturbide bien puede esperar algunos cientos de años á que el pueblo mexicano, en la plenitud de su cultura, le reconozca con moderados réditos lo que le debe.

Seguramente que ningún extranjero se habría atrevido á escribir frases tan inexorables sobre la crítica histórica en incultura mexicana, como esas de los Sres. Sánchez, Santos y Bulnes, sin exponerse á terribles manifestaciones de odio ó antipatía. Tal modo de pensar y de escribir puede ser un síntoma halagüeño y beneficioso para que se vayan quebrantando uno á uno los eslabones de la cadena de hierro en que gime es-

clavizada la verdad, y escarnecidos ó despreciados sus sinceros amantes y desinteresados cultivadores. A lo menos, parece esa una válvula por donde respira la justa indignación mal reprimida de los hombres rectos. Y eso ya es algo, aquí donde nada se ha hecho para reindivincar la Historia. Porque si bien es cierto que Riva Palacios en la monumental y no siempre atinada obra *México á través de los siglos*, y el laico Don Justo Sierra en su *Evolución social de México*, y últimamente D. Genaro García en el prólogo á la *Colección de documentos para la historia de México*, se atrevieron á salir de la opinión general, son sin embargo tan tímidas sus frases y protestas, y tan envueltas en circunloquios, atenuaciones y eufemismos, que no harían nunca mella en la pública opinión secuestrada por el jacobinismo encaramado y triunfante en las esferas oficiales.

Y al decir «esferas oficiales», no nos referimos precisamente al Gobierno, aunque en México el Gobierno lo es todo, sino de un modo especial á la prensa oficiosa, rastrera, servil, adulatora sempiterna del que manda y paga, inculta, iliterata, degolladora del idioma castellano, y también ¿por qué no decirlo?, al magisterio público escolar laico, donde sólo se aprende bien á prescindir de Dios y de la historia verdadera.

¿Qué arroyos ó generaciones han de salir de esas dos fuentes públicas adrede envenenadas? ¿Ni qué esperanza risueña puede haber de un porvenir más halagüeño para México mientras la mentira ocupe el trono que sólo puede reservarse á la verdad? Tal vez,

como dice el Sr. Bulnes, allá para dentro de dos siglos las cosas cambien de aspecto, si es que antes la guerra socialista, que ya asoma, al dar al traste con todos los latifundios agrarios y sociales, no derriba también de refilón los nuevos ídolos y á sus inconscientes adoradores.

Porque ídolos, verdaderos ídolos, son muchos de esos mal llamados héroes á quienes la pseudo-historia de la Independencia rinde parias y erige monumentos. Y acto de verdadera idolatría fué el espectáculo que el 16 de Septiembre se dió en la capital de la República con motivo de la llamada apoteosis de los mártires de la independencia tomados en montón.

Como las iglesias que en otros tiempos levantó á Dios y á sus santos la fe de un pueblo creyente, son hoy propiedad exclusiva del Estado oficialmente ateo, para escarnio de las leyes de libertad y del respeto al derecho ajeno, depositadas de antemano en la espaciosa Catedral las cenizas de tales héroes, desfilaron ante ellas en correcta formación más de treinta mil hombres con sendos ramilletes y estandartes tricolores que iban arrojando ante las urnas de los nuevos dioses penates de la patria, venerando laicamente sus restos con más recogimiento y ternera mística que si fuesen las reliquias de mártires y santos canonizados por la Iglesia. ¡Extraña anomalía! En México no se podrá dar culto público á Dios; pero en cambio el jacobinismo ha inventado el medio más hipócrita de suplantarlo con el culto público á ciertos hombres.

Y para dar más realce á aquella apoteosis completa.

mente pagana, se invitó á un sacerdote, semi-pagano también, llamado (sin duda por antifrasis) el patriarca de la Historia de México. Con bríos muy impropios de sus ochenta y seis años, siete meses y no sé cuantos días (como él dice en su discurso, sin que nadie le preguntase la edad que tiene) entró á bayoneta calada y raso y belloso por el campo de todas las historias, para él vírgenes, haciendo de los susodichos héroes un panegírico tal, que bien puede pasar á las futuras generaciones jacobinas como un modelo de incoherencia, de adulación, de chochez, de egolatría. El orador se sentía también héroe, sin duda porque en México aspiran á esa plaza vacante todos los impíos. Para tales héroes, tal cantor.

Ya que la naturaleza parece haber recogido al decrepito sacerdote las licencias de pensar con rectitud y espíritu cristiano, no se concibe cómo la autoridad eclesiástica no le ha retirado también definitivamente las licencias de su sagrado ministerio. Porque, á la verdad, al leer tal esperpento pseudo-literario, impío y contradictorio, sólo cabe traer á la memoria lo que dijo el célebre poeta Larra de otro sacerdote no tan liberal como éste:

En esa desdichada criatura,
ó sobra el liberal, ó sobra el cura.

Bien podía el Sr. Bulnes, con su simpático y rajante estilo, apuntar ese nuevo caso de jacobinismo para la segunda edición de su independiente libro sobre la Independencia, como reciente corolario comprobato-

rio de estas sus frases: «El cura Hidalgo fué convertido en símbolo dogmático de una democracia agresiva é intolerante que degeneraba en demagogia... Una vez triunfante el partido liberal, incendiado por rencores latinos, vegetación parasitaria de las grandes tragedias públicas, Iturbide fué condenado á sufrir una segunda ejecución: el cadalso de la execración nacional. Se apagaron las luces patrias de su santuario, se hizo leña de club político su altar, se desgarraron los cortinajes, se borró su nombre de los mármoles del Capitolio, y se prohibió en las escuelas reverenciar su gloria. Era el castigo que con arrogante crueldad saben imponer los odios de partido, siempre fanfarrones, creyendo que pueden tener acatamiento ante la Historia.»

Lo curioso ha sido que un periódico rotativo de México, llamado (no se sabe por qué) *El Imparcial*, patrocinador incansable de todas las malas causas, y antiespañol un tiempo hasta la medula del alma, mientras coreaba y publicaba íntegro *eso* del cura Rivera, se permitió el lujo de combatir por *inactua!* (como si la historia no fuese de actualidad en todo tiempo), el libro crítico histórico del Sr. Bulnes, que es un brioso y necesario despertamiento de rehabilitación histórica, principalmente de Iturbide.

Porque es preciso decirlo, aunque asombre á los escritores extranjeros: En México están proscritos y anatematizados dos nombres, Hernán Cortés é Iturbide. El primero como el más genuino y glorioso símbolo de la conquistadora y civilizadora indómita raza his-

pana que circundó la tierra con un anillo de luz que, por lo visto, y aun después de cuatro siglos, no ha penetrado todavía en ciertos entendimientos. El segundo, por el crimen de haber sido católico. Hubiera hecho Iturbide la independencia mexicana sobre las bases de una República demagógica, atea ó jacobina, como las leyes de Juarez, y entonces sí que sería su nombre venerado por los modernos escritores y estadistas que comulgan en las mismas ideas, y se le hubieran erigido estatuas y monumentos por todas partes.

No; todavía no ha llegado para México el tiempo de las grandes liquidaciones históricas. Y en este punto, como en otros muchos, vive muy atrasado á causa del ensañamiento del victorioso partido ultra radical.

El hispanófilo Sr. Rivero, director del *Diario de la Marina*, de la Habana, que vino á presenciar las fiestas del Centenario, en un artículo que ha suscitado agrias polémicas, lamentábase que nada menos que en el gran paseo de la Reforma se hubiera levantado un magnífico monumento al antropófago Cuauthemoc, mientras que ni una mala calle está dedicada á Hernán Cortés. Pero sin duda aparentó olvidar el ilustre escritor que esa precisamente es la encarnación petrificada de los inextinguibles rencores jacobinos, pésimos intérpetres de la analfabeta y ébria raza indígena que no entiende de tales cosas, siempre pegada á la gleba y harto sumisa al látigo que estalla y cruje sobre sus casi desnudas carnes.

Con el prurito y las ansias de formar patria á cual-

quier costa, se ha tratado de resucitar y cantar en todos los tonos la civilización azteca y tolteca, sin que por eso ninguno de sus aduladores quiera dar un salto atávico hacia la raza indígena de aquella tan decantada civilización, ha sido necesario que el Dr. Walter Lehmann, sabio etnógrafo alemán, de cuya amistad me honro, haya venido á demostrar en México, con sus estudios é investigaciones tan inteligentes como concienzudas, que en la arqueología y lingüística de los aborígenes no se ha dado un paso adelante, sino que es forzoso seguir las huellas científicas de los heroicos misioneros españoles.

¿De qué se ufanan, pues, los escritores mexicanos, que tanto ponderan los beneficios de la independencia?—¿Qué tienen que no hayan recibido, tanto en el orden científico como en el literario, y casi puede decirse en el material? Aun en asuntos de bibliografía mexicana no se puede prescindir de Beristain é Icalbalzeta, tan amantes de México como de España, cuyas glorias vindicaron. El primero, que escribía su obra *Biblioteca Hispano-Americana* entre el tumulto de la guerra independiente, no pudiendo consentir que se ultrajase á España como supuesta tiranizadora de México, decía en el Prólogo: "A vista del *Catálogo* de cuatro mil literatos que os presento, que han escrito en la Nueva España y publicado sus ideas sobre todas materias con la más amplia y generosa libertad de imprenta, y á vista de tantas Universidades, Seminarios, Colegios, Academias, Doctores y Cátedras que aquí se os presentan, decid y sentenciad: Si habrá

sido tirano un gobierno que ha erigido y dotado tantos Establecimientos liberales, protegido á tantos literatos y premiado y honrado á tantos Obispos, Canónigos, Doctores, Maestros y Letrados" (1).

Pues á esos cuatro mil escritores que florecieron en México bajo el despotismo español, podían agregarse los 2.400 más que solamente del siglo dieciocho ha dado á conocer recientemente el Doctor Nicolás León (2).

Si se quiere cotejar el movimiento científico y literario del tiempo virreynal con el siglo de la Independencia ¿por qué el *Instituto Bibliográfico Mexicano* no publica una Bibliografía íntegra y completa del siglo diecinueve? Es la primera condición para poder hablar con perfecto conocimiento de causa, aun prescindiendo del mérito intrínseco de las respectivas obras.

En amena literatura, á que más aficionados son los mexicanos, no ha producido la República en todo un siglo ni un Alarcón, ni un Balbuena, ni una Sor Juana Inés de la Cruz. Y ahí está para demostrarlo plenamente la nueva *Antología de poetas mexicanos del siglo diecinueve* (3), donde quizá lo que más valga es

(1) *Biblioteca*, etc. t. I, México, 1816.

(2) *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*. México, 1906.

(3) *Antología del Centenario*.—Estudio documentado de la Literatura Mexicana durante el primer siglo de Independencia. Obra compilada bajo la dirección del Lic. D. Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes; por los Sres. D. Luis G. Urbina, D. Pedro Henríquez Ureña y D. Nicolás Rangel. Dos volúmenes en 4.º mayor; México, Imprenta de Manuel León Sán-

el *Prólogo* ó Advertencia preliminar del Sr. Urbina. Porque, en cuanto á las poesías que como escogidas allí figuran, no podrán separarse media docena que no sean pedestres ó plagios más ó menos vergonzantes de poetas españoles, nada de propia inspiración.

La estéril vanidad que se ha apoderado de tantos entendimientos en México, ha hecho que á cualquier guerrillero se apellide héroe, á cualquier literatillo un genio, á cualquier erudito mediano, un Salomón, á cualquier orador ó predicador, un Demóstenes ó un Bossuet. Viviendo como viven de las migajas ajenas, se creen repletos de sabiduría.

El verdaderamente erudito D. Genaro García, Director del Museo Nacional de México, que sin alardes de relumbrón acaba de prestar un señalado servicio á la Historia y á la cultura mexicana con la publicación de la obra monumental *Documentos históricos mexicanos* (1), no teme decir en el prólogo á sus compatriotas estas verdades, por ver si se curan radicalmente de la manía de soñadas grandezas: «La historia no tiene por objeto halagar la vanidad de los pueblos, transformando á sus héroes en divinidades que están fuera de

chez, 1910. Lo que más vale de toda esta obra es la extensa *Advertencia preliminar*, prescindiendo de algunos juicios atrevidos que nada tienen que ver con la Literatura.

(1) *Documentos históricos mexicanos*. Obra conmemorativa del primer Centenario de la Independencia de México. — La publica el Museo Nacional, etc. — México, 1910. — Van impresos seis volúmenes y prometen ser diez y ocho. En su mayoría los documentos están tomados de la *Colección* tantas veces citada de Dávalos: pero en esta del Sr. García hay crítica y orden científico verdadero.

discusión, ni á sus enemigos en seres forzosamente condenables, sino indagar la verdad y decirla serenamente, aunque sea dolorosa, sin olvidar que los primeros son susceptibles de graves flaquezas, y los segundos capaces de loables acciones. Sólo de esta manera la historia, lejos de divulgar el engaño, rendir culto á falsos ídolos y habituar á la injusticia, instruirá sanamente, demolerá muchos altares y hará amable la equidad.»

Pocas veces se ven en escritores mexicanos expresiones tan sensatas, que por desgracia no harán mella en los cerrados entendimientos de los oradores de club, ni en los maestrillos ni tinterillos de la República. Estos, para seguir degollando la historia de su Patria, no necesitan, antes mirarán con olimpico desdén, esa nueva elocuente colección de *Documentos*, donde los prohombres de la independencia aparecen tales como fueron y nada más. Pero si hay empeño en seguir haciendo á muchos de ellos pasar como semidioses de un nuevo Olimpo, el desprecio y el ridículo seguirán también cayendo como acero derretido sobre las gentes mexicanas, sin que nadie las tome en serio.

Ni es tampoco necesario que para seguir cantando en verso ó en prosa todos los años la tal Independencia, se continúe, á mansalva y por la espalda, denigrando á la nación Ibera, lo cual es propio de cobardes, que á buen seguro no darían la cara ante un solo cuerpo del ejército español.

Si en los comienzos del siglo XIX, y luchando á brazo partido con el gran tirano de Europa, todavía tuvo

España algunas gotas de sangre para derramarlas estérilmente, salpicando el rostro de algunas de sus hijas, lo hizo creyendo cumplir con un *derecho* y con un *deber*, con un derecho y un deber quizá más sagrados é ineludibles que los que hoy invoca un gobierno democrático para resistir con las armas en la mano á las partidas de insurrectos que merodean por muchas partes de la República, después de treinta años de una dictadura inexplicable en los fastos de la historia humana.

Ni por su genio militar, ni por la sangre que aún hierve en sus venas, ni por los recuerdos imborrables de su raza y de su historia, ni por su religión, ni por su lengua, ni tampoco por sus materiales intereses, podía España salir de sus colonias arriando impunemente su bandera, para envolverse en ella como un sudario, sin que las augustas sombras de sus gloriosos descubridores y conquistadores salieran del sepulcro á maldecirla por cobarde.

Luchó y sucumbió; mas para sucumbir casi desangrada y exánime, más que nada por la sangría suelta de sus discordias intestinas, fué preciso que se conjurasen en contra suya, ante el silencio culpable de Europa, la hipocresía con la ambición y perfidia de un pueblo que, entre la multitud de estrellas de su bandera, no ha podido todavía colocar la estrella inmaculada del honor, y sigue espiando el momento de apoderarse del resto de la América Latina para hacerle purgar el gran pecado de su enorme ingratitud. Los yankees, sin saberlo son los providenciales vengadores

de la vieja España. Ellos no se andarán con los quijotismos de las paternas leyes de Indias. Lo que no puedan fácilmente asimilarse, lo exterminarán.

Para librarse de la expansión voraz, ilimitada y egoísta de ese gran pueblo que se presenta ante el mundo ya como un coloso, México no tendrá más remedio que apoyarse en Europa, apretando con ella á todo trance los lazos de la sincera amistad y del interés, según ha empezado á hacerlo de manera muy expresiva y elocuente con motivo del Centenario. El recibimiento que se hizo á las Embajadas extraordinarias de Alemania, Francia, y sobre todo á España, nada dejaron que desear. El efecto más práctico é inmediato del Centenario ha sido ese; porque México, por su posición topográfica, marítima y terrestre, no puede vivir en aislamiento.

Y fué cosa digna de ver el entusiasmo desbordante que estalló en la capital de la República el 17 de Septiembre, cuando el Capitán General Sr. Polavieja, en nombre de la antigua Madre España, entregó al Gobierno Federal el gran uniforme y los recuerdos que de Morelos se guardaban en el Museo de Artillería de Madrid. Los vivas á España y á Polavieja no se interrumpieron en todo el gran trayecto de la comitiva, en medio de las tropas federales, hasta el palacio de la Presidencia. Fué un grito espontáneo de amor, cuyo eco ojalá no se apague nunca; porque España no puede ser extranjera en ninguna de sus antiguas colonias, como no lo es tampoco una anciana madre en la vivienda aparte de cualquiera de sus hijos.

En los momentos de escribir estas líneas, los extensos cablegramas dan á conocer la manera hidalga y brillante con que España, donde ni siquiera se conciben ciertos odios, ha sabido corresponder á México agasajando al Embajador extraordinario, literato y novelista Sr. Gamboa. Todas las clases de la sociedad han tomado participación entusiasta en las sinceras manifestaciones de amor, más que simpatía, hechas no al representante sino á la nación representada. ¿Será todo eso un fuego fatuo que se desvanezca ante la triste realidad de otros hechos demasiado significativos por parte de México? ¿Quedará todavía en el corazón de los mexicanos, en vez de inexplicables resentimientos, algún rescoldo de ese mismo amor hacia la Madre España, á que le convidan de consuno la sangre, la lengua, la religión, los monumentos y las tradiciones? España tiene en México, sin que le preste oficialmente ninguna clase de apoyo, una porción muy numerosa y distinguida de sus predilectos hijos; los cuales, haciéndose respetar por su carácter y talento, por su prodigiosa actividad, por su acrisolada honradez y su inteligente amor al trabajo, han transformado y siguen transformando el suelo fecundo donde habitan, contribuyendo de ese modo á fomentar los intereses del mismo México. Pero, hay que decirlo también; para la paz y concordia recíprocas, no bastan que se unan los intereses materiales, si viven divorciadas las almas.

INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| CAPÍTULO PRIMERO.—Premisas necesarias..... | 1 |
| CAPÍTULO II.—Aires de tempestad..... | 13 |
| CAPÍTULO III.—El grito de Dolores..... | 33 |
| CAPÍTULO IV.—Guerra civil y religiosa..... | 47 |
| CAPÍTULO V.—Triunfos y derrotas..... | 61 |
| CAPÍTULO VI.—Prisión, proceso y muerte de los jefes de la Independencia..... | 77 |
| CAPÍTULO VII.—Continúa la guerra.—Conjuración en México contra el virrey Venegas.—La junta suprema de Zitácuaro.—El cura Morelos..... | 91 |
| CAPÍTULO VIII.—Cabos sueltos.—Las Cortes de Cádiz y el Congreso de Chipalcingo..... | 101 |
| CAPÍTULO IX.—Campañas de Morelos..... | 113 |
| CAPÍTULO X.—Procesos y muerte de Morelos..... | 127 |
| CAPÍTULO XI.—Continúa desalentada la la revolución. —Expedición de Mina..... | 139 |
| CAPÍTULO XII.—Termina la revolución..... | 151 |
| CAPÍTULO XIII.—Iturbide y el plan de Iguala..... | 159 |
| CAPÍTULO XIV.—A propósito del Centenario..... | 179 |

SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN MADRID,
EN LA
IMPRESA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3,
EL DÍA 22 DE MAYO
DEL AÑO MIL NUEVECIENTOS
ONCE.

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de 225 tomos, que se venden á
TRES PESETAS cada uno, en rústica.

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.

| | <u>Tomos.</u> |
|--|---------------|
| HOMERO: La Iliada..... | 3 |
| — La Odisea..... | 2 |
| HERODOTO: Los nueve libros de la Historia..... | 2 |
| PLUTARCO: Las vidas paralelas..... | 5 |
| ARISTÓFANES: Teatro completo..... | 3 |
| ESQUILO: Teatro completo..... | 1 |
| POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: (Demócrito, Bión y Mosco). | 1 |
| XENOFONTE: Historia de la entrada de Cyro en Asia.... | 1 |
| — La Cyropedia..... | 1 |
| — Las Helénicas..... | 1 |
| LUCIANO: Obras completas..... | 4 |
| PÍNDARO: Odas..... | 1 |
| ARRIANO: Las expediciones de Alejandro..... | 1 |
| POETAS LÍRICOS GRIEGOS: (Anacreonte, Safo, Tirteo, etc.) | 1 |
| POLIBIO: Historia romana..... | 3 |
| PLATÓN: La República..... | 2 |
| — Diálogos (en preparación)..... | * |
| DIÓGENES LAERCIO: Vidas de los filósofos más ilustres. | 2 |
| MORALISTAS GRIEGOS: (Marco Aurelio, Teofrasto, Epic- tecto, Cebes)..... | 1 |
| TUCÍDIDES: Historia de la guerra del Peloponeso..... | 2 |
| JOSEFO: Guerra de los judíos..... | 2 |
| ISÓCRATES: Oraciones políticas y forenses..... | 2 |
| EURÍPIDES: Tragedias..... | 3 |

Clásicos latinos.

| | Tomos. |
|--|--------|
| VIRGILIO: La Eneida..... | 2 |
| — Las Églogas y Geórgicas..... | 1 |
| CICERÓN: Obras didácticas..... | 2 |
| — Obras filosóficas..... | 4 |
| — Epístolas familiares..... | 2 |
| — Cartas políticas..... | 2 |
| — Vida y discursos..... | 7 |
| TÁCITO: Los Anales..... | 2 |
| — Las Historias..... | 1 |
| SALUSTIO: Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta. | 1 |
| CÉSAR: Los Comentarios á la guerra de las Galias..... | 2 |
| SUETONIO: Vidas de los doce Césares..... | 1 |
| SÉNECA: Tratados filosóficos..... | 2 |
| — Epístolas morales..... | 1 |
| OVIDIO: Las Heroidas..... | 1 |
| — Las Metamorfosis..... | 2 |
| FLORO: Compendio de la Historia romana..... | 1 |
| QUINTILIANO: Instituciones oratorias..... | 2 |
| QUINTO CURCIO: Vida de Alejandro..... | 2 |
| ESTACIO: La Tebaida..... | 2 |
| LUCANO: La Farsalia..... | 2 |
| TITO LIVIO: Décadas de la Historia romana..... | 7 |
| TERTULIANO: Apología contra los gentiles..... | 1 |
| VARIOS: Escritores de la Historia Augusta..... | 3 |
| MARCIAL y FEDRO: Epigramas y fábulas..... | 3 |
| TERENCIO: Las seis comedias..... | 1 |
| APULEYO: El asno de oro..... | 1 |
| PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE: Panegírico de Trajano y cartas.—Vidas de varones ilustres..... | 2 |
| JUVENAL y PERSIO: Sátiras..... | 1 |
| AULO GELIO: Noches áticas..... | 2 |
| SAN AGUSTÍN: La Ciudad de Dios..... | 4 |
| AMMIANO: Historia del Imperio romano..... | 2 |
| LUCRECIO: De la naturaleza de las cosas..... | 1 |

Clásicos españoles.

| | |
|--|---|
| CERVANTES: Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso... | 2 |
| — Don Quijote de la Mancha, con el comentario de Clemencín..... | 8 |
| — Teatro completo..... | 3 |
| CALDERÓN: Teatro selecto..... | 4 |

| | |
|---|----|
| HURTADO DE MENDOZA: Obras en prosa..... | 1 |
| QUEVEDO: Obras satíricas y festivas..... | 1 |
| — Obras políticas é históricas..... | 2 |
| — Política de Dios..... | 1 |
| QUINTANA: Vidas de españoles célebres..... | 7 |
| DUQUE DE RIVAS: Sublevación de Nápoles..... | 1 |
| ALCALÁ GALIANO: Recuerdos de un anciano..... | 1 |
| MELO: Guerra de Cataluña..... | 1 |
| VARIOS: Antología de poetas líricos castellanos, ordenada por Menéndez y Pelayo, con estudios críticos del mismo..... | 13 |
| COLÓN: Relaciones y cartas..... | 1 |
| FERNANDO DE ROJAS: La Celestina..... | 1 |

Clásicos ingleses.

| | |
|--|---|
| MACAULAY: Estudios literarios..... | 1 |
| — Estudios históricos..... | 1 |
| — Estudios políticos..... | 1 |
| — Estudios biográficos..... | 1 |
| — Estudios críticos..... | 1 |
| — Estudios de política y literatura..... | 1 |
| — Discursos parlamentarios..... | 1 |
| — Vidas de políticos ingleses..... | 1 |
| — Historia de la Revolución de Inglaterra..... | 4 |
| — Historia del reinado de Guillermo III..... | 6 |
| MILTON: El Paraíso perdido..... | 2 |
| SHAKESPEARE: Teatro selecto..... | 8 |

Clásicos italianos.

| | |
|---|---|
| MANZONI: Los Novios..... | 1 |
| — La Moral Católica..... | 1 |
| — Tragedias, poesías y obras varias..... | 2 |
| GUICCIARDINI: Historia de Italia..... | 6 |
| MAQUIAVELO: Obras históricas..... | 2 |
| — Obras políticas..... | 2 |
| BENVENUTO CELLINI: Su vida, escrita por él mismo..... | 2 |
| TASSO: La Jerusalem libertada..... | 2 |

Clásicos alemanes.

| | |
|--------------------------------|---|
| SCHILLER: Teatro completo..... | 3 |
| — Poesías líricas..... | 2 |

| | |
|---|---|
| HEINE: Poemas y fantasías..... | 1 |
| — Cuadros de viaje..... | 2 |
| GOETHE: Viaje á Italia..... | 2 |
| — Teatro selecto..... | 2 |
| HUMBOLDT: Colón y el descubrimiento de América..... | 2 |

Clásicos franceses.

| | |
|--|---|
| LAMARTINE: Civilizadores y conquistadores..... | 2 |
| BOSSUET: Oraciones fúnebres..... | 1 |

Clásicos portugueses.

| | |
|-----------------------------|---|
| CAMOENS: Las Luisiadas..... | 1 |
| — Poesías selectas..... | 1 |

Sánscrito.

| | |
|--|---|
| Panchatantra, traducido por Alemany..... | 1 |
|--|---|



La Ciudad de Dios

Revista Religiosa, Filosófica, Científica y Literaria

PUBLICADA POR LOS PP. AGUSTINOS DE EL ESCORIAL

Esta acreditada Revista, fundada en 1881, se publica los días 5 y 20 de cada mes, en cuadernos de 88 páginas: las subscripciones pueden empezar á principio de los meses Enero, Abril, Julio y Octubre, formando al año cuatro gruesos volúmenes de 528 páginas cada uno.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En España: Tres meses, 5 pesetas; seis meses, 9 pesetas; un año, 16 pesetas. Por corresponsal, 5,50, 10 y 17,50 pesetas, respectivamente. Fuera de España: Un año, 25 pesetas. Por corresponsal, 27,50 pesetas.

CENTROS DE SUBSCRIPCIÓN

En España: En nuestra Administración, *Real Monasterio de El Escorial*; en Valverde, 17, Madrid, y en las principales librerías católicas.

TARIFA DE ANUNCIOS

Por 24 inserciones. Cada inserción: Plana entera, 15 pesetas; media plana, 9; un cuarto de plana, 5.—**Por 18 inserciones.** Cada una: Plana entera, 18 pesetas; media plana, 11; un cuarto de plana, 7.—**Por 12 inserciones.** Cada una: Plana entera, 20 pesetas; media plana, 13; un cuarto de plana, 9.—**Por 6 inserciones.** Cada una: Plana entera, 22 pesetas; media plana, 14; un cuarto de plana, 10.

NOTAS. 1.^a Todo anuncio abonará por cada inserción 10 céntimos por derecho de timbre.

2.^a Los señores anunciantes tendrán derecho á recibir los números en que salga el anuncio.

Pidanse números de muestras, prospectos y tarifas de anuncios y serán remitidos inmediatamente.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA
EN LA ADMINISTRACIÓN DE
“LA CIUDAD DE DIOS”

Pesetas

| | |
|---|-------|
| P. ZACARÍAS MARTÍNEZ.—«Estudios Biológicos», tres volúmenes..... | 15,00 |
| — «Conferencias científicas acerca de la evolución materialista y atea»..... | 3,00 |
| — «Discursos y oraciones sagradas»..... | 6,00 |
| — «Isabel la Católica», discurso..... | 0,50 |
| — «La Cruz y el siglo XIX», discurso..... | 0,50 |
| P. PEDRO FERNÁNDEZ.— «Introduct. in Sac. Scripturam»..... | 10,00 |
| — «De Sacramentis et Novissimis»..... | 10,00 |
| P. C. MUIÑOS.—«Fórmula de la Unión de los Católicos», en rústica..... | 3,00 |
| Encuadernado en pasta..... | 4,00 |
| — «Simi la Hebrea»..... | 1,00 |
| — El «Decíamos ayer» de Fr. Luis de León..... | 0,50 |
| — «Horas de Vacaciones», edición para regalo de premios de Colegios y Escuelas, lujosamente encuadernado..... | 1,25 |
| — «El hijo de la lavandera», «Dos cielos» y «Ciento por uno». En rústica, cada uno..... | 0,25 |
| — «Caridad», «Las tonterías de Carlos». Cada uno... | 0,50 |
| — «¡Si yo tuviera madre!»..... | 0,75 |
| — «Semblanza del Ilmo. P. Cámara»..... | 1,00 |
| P. J. MONTES.—«Precursores de la ciencia penal en España.—Estudios sobre el delincuente y las causas y remedios del delito..... | 13,00 |
| — La pena de muerte y el derecho de indulto..... | 3,00 |
| — Estudios de antiguos escritores españoles sobre los agentes del delito..... | 3,00 |
| P. C. ARRIBAS.—«Estudio crítico sobre el Probabilismo» | |
| (1. ^a edición)..... | 1,50 |
| (2. ^a edición)..... | 2,50 |
| — Exposición documentada y completa del Decreto «Ne Temere»..... | 1,50 |
| P. M. GUTIÉRREZ.—«El Corazón de María y el corazón humano»..... | 2,00 |
| — «El misticismo ortodoxo en sus relaciones con la Filosofía»..... | 1,50 |
| P. F. UNCILLA.—«Urdaneta y la Conquista de Filipinas». | 4,00 |
| P. A. TONNA-BARTHET.—«Juana de Arco» (1. ^a edición). | 2,00 |
| — «Sancti Patris Augustini doctrina ascética», un tomo en tela..... | 4,00 |
| STO. TOMÁS DE VILLANUEVA.—«Opúsculos castellanos», encuadernado en tela..... | 0,75 |
| BEATO OROZCO.—«Vergel de Oración y Monte de Contemplación»..... | 3,00 |
| — «Memorial de Amor Santo»..... | 3,00 |

ADMINISTRACIÓN DE «LA CIUDAD DE DIOS»

| | Pesetas |
|---|---------|
| F. L. DE LA VEGA.—«El Escultor Pedro de Mena»..... | 0,50 |
| NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.—«Anales del Teatro Español anteriores á 1550»..... | 0,50 |
| — «Anales de la Escena Española correspondientes á los años 1551-1580»..... | 0,50 |
| — «Alonso de Olmedo»..... | 0,50 |
| P. B. FERNÁNDEZ.—«Antigua lista de Manuscritos latinos y griegos inéditos»..... | 1,00 |
| P. G. GIL.—«La Caja dotal»..... | 0,25 |
| HOMENAJE á San Agustín..... | 4,00 |
| — á León XIII..... | 2,00 |
| — á Felipe II..... | 2,00 |
| — al P. Florez..... | 2,00 |
| — á la Independencia Española..... | 2,00 |
| P. G. MANCEBÓN.—«Vida de Sor Juana de Guillén» .. | 4,00 |
| DR. PONGA.—«Estudios Psiquiátricos»..... | 0,50 |
| FR. LUIS DE LEÓN.—«Exposición del cántico de Moisés, del Eclesiastés y de varios Salmos» (en latin). — Un volumen de 550 páginas..... | 10,00 |
| — «Exposición del Cantar de los Cantares» (en latin). | 10,00 |
| — «Exposición y comentarios sobre Abdías y algunas Epístolas de S. Pablo» (en latin)..... | 10,00 |
| P. F. BLANCO.—«Fr. Luis de León».—Estudio bibliográfico..... | 4,00 |
| — «Historia de la Literatura Española en el siglo XIX; en rústica..... | 16,00 |
| Encuadernado en pasta..... | 20,00 |
| P. MUÑOZ CAPILLA.—«Tratado de la organización de las Sociedades»..... | 1,50 |
| — «Arte de escribir»..... | 2,50 |
| P. J. FERNÁNDEZ.—«Luz y Amor». Guía espiritual para todos los estados. En tela, cortes rojos..... | 5,00 |
| En piel fina..... | 7,00 |
| En chagrín..... | 7,50 |
| P. P. BLANCO.—«La Pasión de Ntro. Señor Jesucristo», por la V. M. Juana de la Encarnación, Agustina; en rústica..... | 3,50 |
| En pasta..... | 4,00 |
| P. A. RODRÍGUEZ.—«La Creación del mundo según San Agustín»..... | 2,00 |
| — «Elementos de matemáticas», tela..... | 7,75 |
| — «La Religiosa en soledad», en rústica..... | 4,00 |
| En tela..... | 5,00 |
| — «Metereología dinámica»..... | 3,00 |
| — «Movimientos de traslación de las depresiones barométricas en el S. W. de Europa»..... | 1,00 |
| P. J. RODRIGO.—«Las Virgenes Negras»..... | 3,00 |
| RMO. P. TOMÁS RODRÍGUEZ.—«Estudio sobre los escritos de S. Tomás de Villanueva»..... | 2,00 |
| P. T. RODRÍGUEZ.—«Problemas científico-religiosos» .. | 2,00 |
| — «Elementos de Física y Química» (4. ^a edición), tela. | 6,00 |

ADMINISTRACIÓN DE «LA CIUDAD DE DIOS»

| | Pesetas |
|---|---------|
| P. T. RODRÍGUEZ.—«La enseñanza en España»..... | 3,50 |
| — «La cuestión social»..... | 0,50 |
| — Estudios sociales. Dos vol. (En prensa). | |
| P. H. DEL VAL.—«Sacra Theologia dogmatica», 3 vol. | 33,00 |
| — «El Cardenal Sepiacci»..... | 0,75 |
| P. G. ANTOLÍN.—«Catálogo de los Códices latinos de la Real Biblioteca de El Escorial: vol. I..... | 25,00 |
| — II en prensa.—III en preparación. | |
| — «Un Codex Regularum del siglo IX»..... | 3,00 |
| — «Opúsculos desconocidos de S. Jerónimo»..... | 2,00 |
| — «Códice a. II-9 de la Real Biblioteca de El Escorial». | 5,00 |
| — «La Librería de D. P. Ponce de León, Obispo de Plasencia»..... | 0,50 |
| P. E. MANERO.—«Compendio de Historia Sagrada».— Libro de lectura para los niños..... | 1,50 |
| — «Gramática Castellana»..... | 1,25 |
| — «Nociones de Aritmética»..... | 1,00 |
| — «Nociones de Geografía»..... | 1,00 |
| — «Nociones de Geometría»..... | 0,50 |
| P. M. ARNÁIZ.—«Las Metáforas en las Ciencias del Espíritu»..... | 2,00 |
| — «Los fenómenos Psicológicos». Cuestiones de psicología contemporánea. Un volumen en 4.º..... | 5,00 |
| — «Origen de la Psicología contemporánea», por el Cardenal Mercier, traducción castellana. Un volumen en 4.º..... | 6,00 |
| — «Percepción visual de la extensión».—Un volumen en 8.º..... | 1,50 |
| — Elementos de Psicología fundada en la experiencia». I. La vida sensible. Un volumen en 4.º..... | 4,00 |
| P. E. URIARTE.—«Estética y crítica musical», con la bibliografía del autor, por el P. Luis Villalba. Un volumen en rústica..... | 5,50 |
| — «Manual de Canto gregoriano»..... | 1,50 |
| P. R. DEL VALLE.—Mis Canciones, en rústica..... | 2,00 |
| — En tela..... | 3,00 |
| — «Estudios literarios», en rústica..... | 3,00 |
| — En tela..... | 4,00 |
| P. T. CÁMARA.—«Vida de la Ven. Sacramento»..... | 7 y 10 |
| P. C. DÍAZ.—«Segunda parte de la Conquista de Filipinas»..... | 8,00 |
| MAURICIO.—«Música prohibida»..... | 0,50 |
| — «La inocentada»..... | 0,50 |
| ROJAS.—«El Ave María explicada»..... | 1,50 |
| P. L. VILLALBA.—«El P. Honorato del Val»..... | 0,50 |
| — «El primer Congreso nacional de Música Sagrada». | 1,00 |

OBRA MUSICALES

DEL

P. LUIS VILLALBA

O. E. S. A.

Maestro de Capilla en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Pesetas

| | |
|---|------|
| Gozos á la Virgen de la Consolación, á cuatro voces ó coro al unísono y solo, con acompañamiento de órgano..... | 2,00 |
| Trisagio Mariano, á tres voces iguales y órgano..... | 1,00 |
| Tantum ergo, á tres voces desiguales y órgano..... | 1,00 |
| Dos Santo Dios, á tres voces y órgano..... | 1,00 |
| Villancico al Nacimiento de N. S. Jesucristo, por el P. Aranaz y Vides (solo y coro) | 0,25 |
| A la presentación de Nuestra Señora. Solos y coros (á una ó dos voces) y órgano..... | 0,50 |
| Himno á Santa Rita (coro y á cuatro voces)..... | 1,50 |
| Letania de Nuestra Señora (coro unísono y solo).... | 0,75 |
| Dos colecciones de cuatro Ave Marias y un Gloria Patri (solo).—Cada colección..... | 2,25 |
| Gozos á la Virgen del Carmen (dos voces y coro)... | 1,00 |

BERNARDI OLIVERII AUGUSTINIANI

EXCITATORIUM MENTIS AD DEUM

NUNC PRIMUM AD FIDEM

CODICIS ESCURIALENSIS EDITUM

Á

P. BENIGNO FERNANDEZ

Ejusdem Ordinis

Precedido de una breve advertencia preliminar y de la biografía del autor, acaba de publicarse este precioso opúsculo latino, que es sin duda alguna el más exquisito, el más afectuoso y elocuente libro que se conoce en toda la literatura mística española de la Edad Media. Así por las fuentes en que se inspira como por el plan metódico con que en él se suceden los coloquios y las meditaciones sobre los asuntos más importantes de la vida espiritual, puede conceptuarse este librito como uno de los devocionarios más excelentes que se han escrito para religiosos y sacerdotes.

Forma un tomito en 16.º, 130 × 90 mm., de xxxii-232 págs., que se vende en esta Administración y en las principales librerías religiosas nacionales y extranjeras. Precio de los ejemplares: En tela granulada, con plancha y rótulos dorados, **2, 50**. En tela inglesa, con plancha y rótulos dorados, **3 pesetas**.

IMPORTANTE

La renombrada CASA ANDERSON, de Roma, ha confiado á la Administración de la LA CIUDAD DE DIOS la representación exclusiva en El Escorial para la venta de sus ADMIRABLES FOTOGRAFÍAS.—Los nombres de los autores de los cuadros y los asuntos que representan, son los siguientes:

BOSCH.—1. Jesús, coronado de espinas.—2. Los pecados capitales (tríptico).—3. El Paraíso terrenal (1.^a puerta del tríptico).—4. Parte central del tríptico.—5. Cabalgata.—6. Parte inferior de la 1.^a puerta.—7. El infierno (2.^a puerta del tríptico).—8. Parte inferior de la 2.^a puerta.—9. Tríptico con escenas del infierno.—10. Primera puerta.—11. Parte central.—12. Segunda puerta.—CLAUDIO COELLO.—13. La Santa Forma.—LUCAS JORDÁN.—14. Embriaguez de Noé.—15. Job.—16. Penelope.—GRECO.—17. San Pedro.—18. San Eugenio, Arzobispo de Toledo.—19. El sueño de Felipe II.—20. San Mauricio y sus compañeros.—GUERCINO.—21. Lot y sus hijas.—PATINIZ.—22. San Cristóbal.—RIBERA (ESPAÑOLETO).—23. Jacob guardando el ganado.—24. La cabeza de Jacob.—25. San Onofre, ermitaño.—26. San Francisco.—ESCUELA ALEMANA.—27. Hechos de la vida de la Santísima Virgen.—ESCUELA FLORENTINA.—28. La Sibila Eritea.—29. El profeta Isaías.—SÁNCHEZ COELLO (ALONSO).—30. Retrato del P. Sigüenza.—TINTORETTO.—31. El nacimiento de Jesús.—32. El Lavatorio de los pies.—33. Jesús en el sepulcro.—34. Jesús y la Magdalena.—35. La Magdalena en oración.—36. Ester delante de Asuero.—TICIANO.—37. San Jerónimo.—38. La cena.—39. Jesús crucificado.—40. Jesús en el huerto.—VACCARO.—41. La familia de Lot.—VAN DER WEIDEM.—42. El descendimiento.—43. Cabeza de la Virgen.—44. Media figura de una de las Marías.—45. Media figura de una de las Marías.—46. Cabeza de Nicodemo.—VELÁZQUEZ.—47. Los hermanos de José presentando la túnica á su padre Jacob.—48. Dos cabezas de los hermanos de José.—VERONÉS (PABLO).—49. La Anunciación.—VISTAS DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL.—50. Vista del Real Monasterio.—51. El Real Monasterio á vista de pájaro.

El tamaño de las fotografías es 20 por 26 centímetros. Al hacer los pedidos indíquese el número de orden de la relación anterior. También se venden fotografías, procedentes de la Casa Anderson, del cuadro de la Sagrada Forma de Claudio Coello; gran tamaño, 40 × 30 centímetros.

De venta en la Administración de LA CIUDAD DE DIOS, en las Salas Capitulares y porterías del Real Palacio y Biblioteca. Real Monasterio de El Escorial.

Además de las fotografías de la Casa Anderson, en la Ad.

ministración de LA CIUDAD DE DIOS hay una colección completísima y variada de

VISTAS DEL REAL MONASTERIO

tanto interiores como exteriores, incluyendo entre las primeras

LOS PANTEONES Y REAL BASILICA:

MINIATURAS É ILUMINACIONES

de la riquísima colección de libros corales y de rezo que existen en la Biblioteca y coro, bellísimas todas ellas, de un colorido admirable, trabajadas por excelentes artistas del siglo de oro, españoles la mayor parte, y monjes Jerónimos.

Los asuntos son religiosos y correspondientes á las principales festividades

Un ALBUM 22 X 16 c/m. con 24 Fototiplas.

hechas en los talleres de la acreditada Casa Hauser y Menet, Ballesta, 30, Madrid: una

COLECCIÓN DE 60 TARJETAS POSTALES

hechas en la misma Casa; y una primorosa reproducción de la

SAGRADA FORMA Y CUSTODIA

tamaño 13 X 18 y 18 X 24 c/m.

Las fotografías de todo esto están hechas por el Hermano Fr. Eleuterio Manero, Agustino.

Finalmente, ponemos en conocimiento de las personas *eruditas* y que se dedican á investigaciones literarias que nos encargamos de la reproducción fotográfica de los Códices latinos, griegos y árabes que existen en esta Biblioteca, por el nuevo procedimiento, llamado en España

BLANCO SOBRE FONDO NEGRO

Lo mismo decimos de las muchas ilustraciones de todo género que adornan los Mss.

Para tratar de precios dirigirse al Administrador de LA CIUDAD DE DIOS, Real Monasterio de El Escorial, Madrid.

HISTORIA

DE

La Sagrada Forma de El Escorial

POR EL

R. P. EUSTASIO ESTEBAN

O. E. S. A.

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL

P. MARIANO GUTIÉRREZ Y CABEZÓN

de la misma Orden

En una serie de artículos publicados en LA CIUDAD DE DIOS, aparecieron por primera vez los cinco primeros capítulos de este libro.

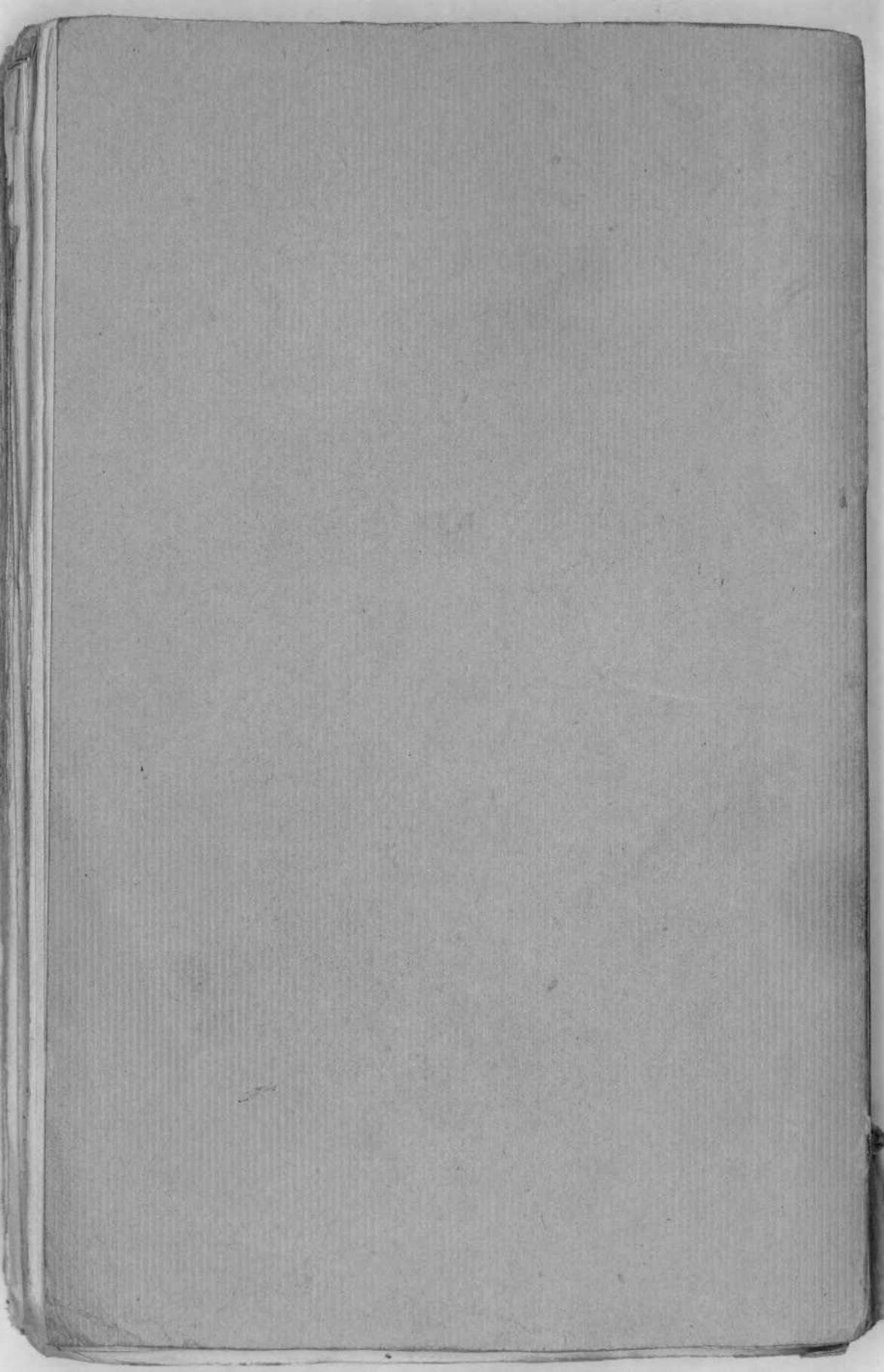
En ellos hizo el Rvmo. P. Eustasio Esteban la primera y única historia completa de la Sagrada Forma de El Escorial, una de las grandes maravillas eucarísticas del mundo, y en cuyo honor, uno de nuestros reyes hizo que el arte rindiese muy hermoso tributo, levantándole dentro del magnífico Monasterio de El Escorial, un riquísimo y precioso altar.

Tanto por el lado religioso como por el artístico, el asunto era merecedor de particular historia, y ese fué el motivo de publicar el presente libro.

En proyecto lo tuvo el autor de los artículos publicados en LA CIUDAD DE DIOS y hasta los dió forma para el caso; pero en proyecto quedó entonces, por circunstancias especiales. Al decidirnos á publicar la *Historia de la Sagrada Forma de El Escorial*, hemos utilizado aquellos artículos, reproduciéndolos, y ya que no hemos podido tener á mano el arreglo que el autor de ellos hizo para adoptarlos á la forma de libro, se les ha dispuesto del modo más á propósito para dicho fin, sin otras modificaciones que la división en capítulos y alguna que otra nota aclaratoria. Esta brevísima revisión ha corrido á cargo del P. Mariano Gutiérrez y Cabezón, quien, para rematar el asunto, ha añadido en último capítulo la descripción del admirable cuadro de Claudio Coello.

LA CIUDAD DE DIOS espera que será bien recibida tan interesante historia, y que los amantes del culto eucarístico y del arte español la leerán con gusto.

Un elegante volumen en 8.º alargado de VIII \times 132 páginas, con seis fotograbados de la renombrada Casa Hauser y Menet, de Madrid, y un fotograbado. Precio, en rústica, **2 pesetas**. Encuadernado en tela inglesa, con viñetas alegóricas, escudos y rótulos en oro, **3 pesetas**. — Los pedidos al Administrador de LA CIUDAD DE DIOS. — Real Monasterio de El Escorial.





P. MANUEL
F. MIGUÉLEZ



LA
INDEPEN-
DENCIA
DE
MÉXICO



PRECIO
3 pesetas.

